Mi hilo rojo

Misslady

Image not found.

Capítulo 1

Abrí los ojos y allí estaba yo, un día más con la misma rutina de siempre, planificando mi día desde la cama, eran las 7:16 y aún no había sido capaz de levantarme.

"Elegir modelito que ponerse, maquillarse, arreglarse un poco el pelo, desayunar algo rápido, en la cocina creo que hay algún croissant de chocolate y en la cafetera igual queda café. Revisar redes sociales, coger el coche e ir a trabajar, a ver qué mierda me espera hoy. Volver a casa y hacer algo de comida, hoy me prometo comer algo de comida hecha por mí, no voy a comprar nada del chino, pero que pereza, llegar y tener que cocinar, ¡buah! retiro mi promesa."

Miré el reloj y ¡DIOS SANTO! eran las 7:43, mis únicos pensamientos eran "no llego, no llego, la bronca que me va a caer es monumental, madre mía verás cuando me vea llegar Juan, que bronca me va a caer, Dios mío"

Terminé de abrocharme el pantalón a la vez que salí corriendo para el baño, buscando el maquillaje, cuatro pinceladas en la cara y listo, me pongo los zapatos y salí a toda prisa de casa, pero aquel era mi día, me encontré con un atasco de narices. Al parecer en plena avenida había dos coches cruzados y dos taxistas discutiendo, el claxon lo iba a desgastar pero ellos ni se inmutaban, seguían a lo suyo, pues nada, tocaría esperar a que llegase la policía.

Mientras me desesperaba en mi coche miré a los otros conductores, todos estaban tan exaltados como yo, había un chico con la música a todo trapo que parecía sentirse en una discoteca, lo estaba dando todo, pero a la vez gritaba como un loco por la ventanilla, una mujer con 3 niños en los asientos de atrás que no paraban de agitarse, mientras la mujer les regañaba una y otra vez al mismo tiempo que tocaba el claxon desesperándose cada segundo más. Y había un chico, justo a mi izquierda que parecía que era el único al que le daba absolutamente igual el atasco, miraba hacia delante y sonreía como si no pasara nada, irradiaba felicidad, me miró y me sonrió yo le devolví la sonrisa para no parecer borde aunque mis ganas fueran mínimas, lo único que quería en ese momento era llegar cuanto antes al trabajo y que la bronca fuera lo más leve posible.

No tenía otra cosa que hacer, asique me distraje observándolo. El chico era guapo, tenía una sonrisa de anuncio, creí apreciar que tenía los ojos oscuros, tenía el pelo castaño oscuro, la piel un poco bronceada, la nariz parecía habérsela esculpido Bernini, sus cejas estaban perfectamente depiladas, un poco de barba, una barba de 3 o 4 días un poco desordenada por la cara, los labios eran gruesos y carnosos y creo que

llevaba un par de piercing, uno en la nariz, un arito pequeño, y el otro en la oreja derecha era como una pequeña dilatación.

La verdad es que lo estaba examinando mejor que un médico, no se me iba a escapar ni un lunar. Lleva una camiseta de manga corta negra, la manga deja al descubierto parte de un tatuaje en el bíceps, creo que eran unas flores o algo similar, era un chico de gimnasio, seguro que tenía novia o incluso estaba casado, no creo que un chico así pudiera estar solo. Tampoco quisiera un chico de gimnasio para mí, la experiencia me dice que no, ahora no es el momento de un chico de gimnasio.

Yo era de ese tipo de chicas que no quería comprometerse con nadie pero que resultaba muy fácil de impresionar, aunque a veces fuera borde y testaruda.

Capítulo 2

Al fin comenzó a reanudarse el tráfico, llegué al trabajo, tarde, como ya había prevenido, Juan me estaba esperando, después de recibir la bronca oportuna, ocupé mi puesto de trabajo y dejé pasar las horas pero hubo algo que no me podía quitar de la mente en todo el día, el chico del coche, el chico de gimnasio, fantaseaba con un sinfín de posibilidades absurdas en las que me imaginaba con él.

Miré la pantalla del ordenador por vigésimo quinta vez, por fin eran las 3, salí del trabajo como un día más, exhausta, no es que me dejara los cuernos en mi trabajo, porque no era un trabajo de mucho esfuerzo, pero ya me resultaba algo aburrido. Cogí el coche y de camino a casa, en un semáforo, allí estaba de nuevo él, el chico de gimnasio, me quede absorta mirándolo, incrédula de volverlo a encontrar en una ciudad como esta, me volvió a sonreír y esta vez estaba tan atónita que no era capaz de devolverle la sonrisa, el semáforo abrió el tráfico y lo perdí de vista entre el tumulto de los coches a esa hora. Por unos segundos me quedé paralizada pensando en las casualidades de la vida, los coches que pitaban tras de mi me hicieron volver a la realidad.

Aquella tarde decidí ir al gimnasio, si me lo había encontrado un par de veces hoy, ¿Por qué no podía ser la tercera en el gimnasio? Tras una hora en el gimnasio intercalando la búsqueda absurda con unos minutos en la cinta, que al menos me sirvieron para quemar alguna caloría, me fui a casa regañándome a mí misma. Una parte de mi imaginaba que se lo volvería a encontrar y empezaríamos una bonita historia, algo que a la otra parte de mi le provocaba nauseas.

¿Y si no es un chico de gimnasio? ¿Para que buscas a alguien que tan solo has visto 2 veces 5 minutos? ¿A caso crees que vas a encontrarlo en una ciudad de 540.000 habitantes? Y si lo encuentras ¿qué? ¿Qué le piensas decir? ¿Qué lo has visto en un semáforo y te has enamorado de él?

Llegando a casa me llamó María, quería que saliéramos a tomar algo y ponernos al día, tras 8 minutos de llamada intentando convencerme, lo consiguió. Suele conseguir siempre hacer lo que quiere conmigo, o ella es muy persuasiva o yo soy muy fácil de convencer.

María es mi mejor amiga, pero nuestra amistad no es convencional, no somos de esas amigas que nos llamamos todos los días o que nos mensajeamos cada minuto para contarnos nuestra vida, no, de vez en cuando la una se acuerda de la otra y nos llamamos con la obligación de convencer a la otra para quedar en vernos y ponernos al día, aunque casi siempre me llamaba ella, yo no suelo tener ganas nunca de salir, prefiero

quedarme en casa viendo una peli o tomándonos algo, pero en casa.

La conozco desde que teníamos 3 años, entramos al colegio juntas y a partir de ahí hemos tenido una relación que se la desearía a cualquier persona. Sé que en cuanto le cuento algún problema tiene la solución perfecta, sabe cuando alegrarme el día y cuando tirarme de las orejas porque no voy por el buen camino.

Es bajita pero tiene un cuerpazo, cuando hablo de cuerpazo no me refiero a el típico 90-60-90, nada que ver, es una chica real, con curvas y bastante bien puestas, tiene unos ojazos que no se le resisten cualquiera, son entre gris y verde aguamarina. Yo no le llego ni a la suela del zapato, soy algo más alta que ella, tengo los ojos de un color extraño, yo siempre he dicho que me vomitaron dos gatos en los ojos cuando nací y tomaron este color raro entre verde y marrón, no encuentro ninguna curva en mi cuerpo, tengo culo de carpeta, y mi pecho brilla por su ausencia… y si siguiera con mis defectos no terminaríamos nunca. Lo único que me gusta de mí es mi pelo, largo, liso, castaño, y bien cuidado. Es de lo único que me suelo preocupar más, mi madre me lo había marcado tan a fuego desde pequeña, que cuidabas más mi pelo que mi cara.

Capítulo 3

Habíamos quedado en el bar de siempre, un bar que llevaba abierto más de 20 años, tenía una terracita muy mona en la entrada con 8 mesas, entrabas y justo a la derecha estaba la barra, qué ocupaba una cuarta parte del bar. Había una zona en la que se encontraban 3 mesas bajitas y cada una acompañada de 1 sofá blanco y 2 sillones y al fondo habían 5 mesas de billar, entre la zona de los sofá y los billares había un par de dianas y 3 o 4 mesas altas con taburetes. Nuestro sitio era el billar que se encontraba más a la izquierda, era inconcebible quedar sin jugar al billar mientras nos poníamos al día, ya que salía y me arreglaba, no me iba a quedar sentada en una silla como un muermo, al menos me divertía.

Tras 3 partidas al billar y una larga charla, sobre trabajo, familia y amores llego el momento de hablarle del chico del coche, del chico de gimnasio. Estaba emocionada por hablarle sobre él, pero a la vez me daba un poco de vergüenza, era una tontería de adolescentes y seguro que me regañaría.

- Tía, he visto hoy a un chico que me ha dejado pillada, era un bombón pero era un chico de gimnasio, o al menos tenía pintas de eso. – Dejé caer esa última frase, para que no se notase tanto la emoción.
- ¿Lo has visto en el gimnasio? – Parecía intrigada, por un momento creía que no me iba a soltar la misma chapa de siempre, sobre que parezco una cría de 15 años.
- No tía, lo he visto en el coche esta mañana en un atasco y luego lo he vuelto a ver a la vuelta en un semáforo, pero tenía todas las pintas de ser un chico de gimnasio. – Intenté quitarle importancia, mirando hacia otro lado y bebiendo un poco de refresco.
- Vamos a ver Vicky, ¿te has quedado pillada de un chico que has visto 5 minutos? – Dejó el vaso en la mesa y me estaba mirando incrédula por lo que estaba escuchando, sabía que se aproximaba la bronca.
- Si – Mi cara de vergüenza era casi épica – es que tenía algo que me ha dejado impactada. – Intenté justificarme con esa frase.
- Lo tuyo ya no tiene arreglo, ¿y de 5 minutos has deducido que va al gimnasio y que es el hombre de tu vida? Y casi seguro lo has buscado. – Sabía que me estaba muriendo de vergüenza, así que me quitó la mirada de encima y golpeó una de las bolas, estaba tratando de que no me sintiera más incómoda.
- A ver, no exageremos que tampoco he dicho que es el hombre de mi vida, sino que me ha dejado pillada, porque tenía algo especial en la mirada, en la sonrisa, y su cuerpo, al menos su brazo era de gimnasio. – La miraba intentando encontrar alguna palabra de aprobación, o al menos una mirada.
- ¿A qué adivino algo? – Levantó la mirada del billar y me miró sonriendo, detrás de esa sonrisa venía algo que me iba a avergonzar aun más.
- Sorpréndeme. – Nos conocíamos demasiado así que no la quise ni mirar.

- Tú lo has buscado en tu gimnasio. – Sabía que me iba a avergonzar, pero a la vez me resultó gracioso el hecho de que me conociera tanto.
- No me puedes conocer tan bien, esto no puede ser normal. – Las dos nos reímos al darnos cuenta de que lo que había dicho era verdad.
- Te conozco mejor que tu madre. Bueno, quítate los pajaritos de la cabeza porque es un capricho de una cría de 15 años. Trata de conocer a Paolo, está loco por ti y cada vez que quedamos Esteban y yo con él no deja de preguntarme por ti. Y él si es real y, además, le falta tumbarse en el suelo para que pases sobre él. – De nuevo aparecía el dichoso Paolo en nuestras conversaciones, pero estaba vez tenía razón, necesitaba bajar a la Tierra y poner los pies en el suelo. Realmente Paolo estaba loco por mí, era un chico por el que cualquiera mataría, pero creo que al insistirme tanto con su nombre me habían aburrido y no quería saber nada de él, aunque podía darle una oportunidad, al menos para que María me dejara en paz, por una vez.

- Tienes razón, voy a intentar conocerlo aunque no prometo nada. – Con eso me la quitaría de encima un tiempo.

Capítulo 4

Pasaron al menos 2 semanas hasta que me digne a mandarle a Paolo un mensaje, soy demasiado indecisa y me da pereza salir de mi zona de confort, para que vamos a engañarnos. El pobre Paolo, seguro que llevaba esperando alguna noticia mía desde el día que había quedado con María, era tan chismosa que seguro que aquella misma noche lo informó de que había aceptado quedar con él.

"Hola. Soy Victoria la amiga de María, no sé si te acordarás de mí. Te hablo porque mi amiga me dio tu número de teléfono y había pensado en preguntarte si te apetecería tomar algo esta noche. Un saludo."

Cuando lo había enviado me sentía absurda, pero bueno, ya no había retorno. Al minuto obtuve su respuesta, como suponía era afirmativa, me invitaba a cenar en uno de los restaurantes más chic del barrio, le acepte la invitación y seguí con mi trabajo.

Llegaba la hora, me arreglé un poco, tampoco nada especial, mi entusiasmo no era el de un niño en Navidad, yo no quería quedar con él, tan solo lo hacía porque me dejaran en paz durante un tiempo, pero bueno, María había insistido tanto que aunque tan solo fuera por ella tenía que tener al menos una cita y no ser tan borde como le había comentado que sería. Bueno, una cita, por llamarlo de alguna forma, porque ¿Qué se supone que es una cita? yo dividiría el concepto de cita en dos. Las citas con ganas y las citas a desganas.

Las citas con ganas son encuentros entre dos personas para los cuales necesitas una preparación previa, meticulosa y detallada para que todo salga realmente perfecto, tienes empeño, ganas ilusión por ver y disfrutar de la otra persona, de su conversación, de sus historias, de su compañía…

Y luego están las citas sin ganas, son encuentros a los que tienes que asistir casi por obligación, para los cuales usas lo primero que pillas, y estas deseando que terminen cuanto antes, que lo fácil sería cancelarlas, pero no, no puedes porque tienes cierto compromiso que te "obliga" a asistir. Y este es mi caso, habría cancelado esa cita en ese mismo instante, si no fuera por María, pero bueno, al fin y al cabo una vez pasada esta noche ya no me dará más la lata para que quede con él, y tendré como excusa esta cita, para que no me presente a más conocidos o amigos.

Cuando llegué al restaurante ni siquiera estaba allí, para colmo, a pesar de las pocas ganas que tenía de verlo, no estaba allí. El camarero amablemente me acompañó hasta la mesa reservada y me tomó nota de

la bebida, no podía afrontar esa cita sin una buena copa de vino.

Mientras esperaba que el camarero me sirviera el vino, me dedique a observar mi alrededor, estaba en una sala al fondo del restaurante donde solo había 3 mesas y me encontraba allí sola. La pared era de un blanco neutro, a juego con el suelo, sin embargo el techo era negro azabache, había cuadros en 3D bastante extraños, no llegue a entenderlo por mucho que los mirara, mientras estaba absorta observando los cuadros, intentando saber que eran aquellas figuras tan extrañas, llegó el camarero con mi copa de vino, le di las gracias y me dispuse a beber el primer trago esperando que el alcohol del vino me hiciera la noche más llevadera.

Casi veinte minutos después apareció Paolo, gracias a Dios, porque si llega a tardar cinco minutos más no me hubiera encontrado allí. Era realmente atractivo, pero nunca me había caído del todo bien. Era alto, pero no demasiado, tenía un cuerpo entrenado, a pesar de trabajar bastantes horas al día, sacaba tiempo para hacer deporte. Nunca lo había entendido, yo estaba apuntada en el gimnasio para pasar las tardes de aburrimiento, pero si yo tuviera su vida, poco deporte haría, la verdad. Su cara era cuadrada, pero no estaba exageradamente marca, unos ojos marrones, no muy grandes aparecían tras unas gafas de pasta negra, de esas que están de moda, que se quitó al darse cuenta de que me estaba fijando en ellas.

Llevaba un vaquero oscuro, una camisa azul cielo con el último botón desabrochado acompañada de una americana azul marino. Su pelo estaba algo alborotado, con un poco de gomina y estaba perfectamente afeitado.

Era de esos chicos que cae bien a todo el mundo, a todo el mundo menos a mí. Siempre iba con una sonrisa en la cara, te trataba de una manera especial, dulce y cariñosa aunque a penas te conociera, era de esos chicos que cualquier madre hubiera querido para su hija, era médico, cardiólogo, vivía solo en un ático en el centro de la ciudad, tan solo me sacaba 3 años, era un chico guapo, pero no guapo de modelo, sino guapo de esas personas que te apetece mirar. Tan solo había tenido 2 novias en su vida y no era de los que iba de flor en flor, follando de esquina en esquina. El chico era todo un partidazo, pero a mí no me terminaba de encajar todo ese rollo de vida “happy”. No le molestaba, que no le desagradara nada, cualquier tipo de conducta o frase, según él, tenía su lado bueno. No me suele caer bien ese tipo de personas, creo que esconden algo demasiado oscuro detrás de toda esa felicidad.

Capítulo 5

Un par de copas de vino después de su llegada, y ya no era tan borde y cortante con él, me empezaban a resultar hasta graciosos sus chistes sin gracia, empezaba a entusiasmarme por lo que me contaba. ¿La verdad? Ni yo misma daba crédito, me estaba empezando a gustar.

Cuando el camarero trajo el postre, él le hizo un gesto con la mano y a los pocos segundos tenía delante de mis narices un ramo enorme de rosas. Casi vomito con tanto empalagamiento, pero le di las gracias y lo deje a un lado, la cena había ido bien, por una cagada no se lo iba a tener en cuenta, además el vino hacía que no me pareciera tan malo todo.

Tras una cena que terminó mejor de lo que había imaginado nos fuimos a un pub cercano a tomarnos una copa, ya que estaba en la calle, me daba igual ocho que ochenta, total, me encontraba hasta a gusto. Allí terminé hasta bailando con él, y he de decir que él era el que no quería bailar, no daba crédito de lo que estaba pasando. Con ayuda del alcohol le propuse subir a mi piso a tomarnos la última, pero no aceptó, al principio hasta me cabreó la negativa, después de todo el coñazo que me había dado María con que estaba coladito por mí y no sé cuantos más rollos de eso, ahora viene y me dice que no sube a mi casa, tócate los cojones. Se justifico con la excusa de que estaba bastante perjudicada y que no quería que me arrepintiera de lo que pudiera pasar esa noche, en parte llevaba razón, estaba bastante perjudicada, me daba vueltas todo y me costaba trabajo mantenerme en pie, no creo ni que pudiera servirle una copa en mi estado. Me acompañó hasta la puerta de mi bloque, me dio un beso en la mejilla y se fue, pensé que al menos me daría un buen morreo, ya que la noche se había animado, esperaba que se lanzara, pero nada, me quedé con las ganas. En la cama me daba vueltas la habitación, como si estuviera subida en las tazas esas de la atracciones que dan vueltas, con suerte no vomité, la melopea que había conseguido esa noche no era normal, pero en ese momento no estaba como para pararme a analizar aquella noche.

Por la mañana me encontré un mensaje de él: *"Gracias por una noche fantástica, espero que quedemos pronto de nuevo. A las 7:30 te llegará a casa un repartidor con el desayuno post resaca, que pases un buen día Victoria."*

No sabía si aún me duraba el efecto del vino o realmente me estaba pareciendo adorable y encantador. Efectivamente, a las 7:30, como había leído en el mensaje, estaba sonando el telefonillo, abrí la puerta del edificio y lo espere en el pasillo junto a mi puerta, estaba impaciente, la ilusión de una niña pequeña en Navidad estaba haciéndose hueco en mí, la espera se me hizo eterna. Al fin el ascensor llegó a mi planta y salió el repartidor, traía una bandeja con un globo de un emoticono sonriente,

metí la bandeja en casa mientras intentaba descubrir atreves del papel transparente que contenía, pero apenas se podía apreciar nada, le firme al repartidor y le cerré la puerta en las narices, acto seguido salí corriendo hacía la mesa, como una niña el día de Navidad, abrí el papel y me encontré todo un surtido de productos Kinder, había productos que no había visto nunca en ninguna tienda, junto con el lote de calorías había un capuccino aún caliente.

Cogí el capuccino y un par de paquetes de lo primero que pille y me fui a trabajar, cuando salí le conteste al mensaje agradeciéndole el desayuno, era sido un detalle que nadie había tenido conmigo nunca y eso me dejo pensativo durante unos días, la verdad es que ese detalle mi había animado no solo la mañana, sino el día, que fue más llevadero con su desayuno, a pesar de mi resaca.

A la semana volvimos a quedar y la cosa ya no iba tan mal, ya no eran citas sin ganas, tenía ilusión por verlo, por saber que me esperaba en cada cita, cada día había un detalle nuevo, hasta que al fin deje de ser borde y estrecha y terminé besándolo y dejándome llevar por lo que realmente estaba sintiendo, llevaba días que no dejaba de darle vueltas a eso que se estaba creando dentro de mí, un sentimiento que, por un lado rechazaba y que por el otro quería dejarme llevar, había pensado provocarlo hasta que él se decidiera, pero no esperé a que se lanzara, me apetecía probar sus labios, todo este tiempo había estado incrementando mis ganas de hacerlo, gradualmente y la verdad que fue una sensación bastante agradable, incluso tuve miedo de que el beso fuera rechazado.

Cuando me separé de sus labios y lo miré, tenía una mirada tan tierna, tan penetrante, transmitía tanto, y a mi ese beso me hizo vibrar, me gustó el sabor de sus labios más que el sabor del chocolate. Realmente yo le gustaba y él a mi me estaba gustando más de lo que yo hubiera imaginado.

Me agarró la cintura con su brazo izquierdo y con la mano derecha me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla, fue un momento bastante pasteloso, pero me gustaba, aquello me estaba gustando de verdad, iba sintiendo el recorrido que sus dedos hacían por cada centímetro de mi cara hasta llegar de nuevo a la boca, una vez allí terminé perdida entre sus labios, me hice pequeñita entre sus brazos, me volví vulnerable por primera vez en mi vida. Yo, la chica que nunca había buscado nada serio, porque decía que todos son iguales, que si no te la dan en la entrada te la dan en la salida. Estaba allí, rendida ante los brazos de un hombre tras 2 meses siendo una petarda con él.

Separamos los labios y los dos sonreímos como idiotas, aquella tarde fuimos al cine, pero sinceramente, no puedo contar de qué iba la película porque no deje de mirarlo, tocarlo y besarlo, ¿Quién me lo diría?

Capítulo 6

Y este hubiera sido un buen momento para decir y comieron perdices y vivieron felices, pero esto no es un cuento y como no, las cosas se tenían que torcer, tras 6 meses de una vida de película llego ella, Melissa.

Melissa era una abogada que Paolo conocía desde hace años, y la conocía tanto que resultó ser su exnovia. Era rubia, alta, 1,75 quizás, esbelta, ojos azules y con buenos atributos. Estaba claro que poco tenía que hacer yo ante ella. Resultó que se había mudado a la ciudad por motivos laborales y volvió a contactar con él para tomarse algo y ver qué tal le iba la vida tras 5 años.

Paolo aceptó encantado, yo tampoco le encontré al principio ningún tipo de problema, veía en él un chico tan sincero y con las ideas claras, puse mi confianza plena en él, no creí que pudiera pasar nada, ya eran mayorcitos como para andarse con juegos de adolescentes. A pesar de mi confianza no terminaba de estar del todo tranquila con respecto a ella, estaba segura de él, pero ¿y ella? ¿para qué había vuelto a buscarlo?

Quedaron aquella misma tarde y a mí, desde casa, se me estaban comiendo los demonios, confiaba en él, pero tenía un cierto recelo con esa quedada, no dejaba de darle vueltas a suposiciones absurdas de un futuro inmediato, por su culpa. Cuando las cosas empiezan a encauzarse en tu vida, cuando empiezas a salir de la oscuridad de tu rutina, llega algo que lo revuelve todo, y en este caso no era para bien.

Decidí ir al gimnasio en un intento absurdo de quitarme de la cabeza el dichoso reencuentro.

El gimnasio al que iba estaba a 20 minutos andando de casa, y aquella tarde necesitaba que me diera el aire, así que prescindí del coche y me fui andando. Camino del gimnasio, iba inmersa en mis pensamientos, abstraída del mundo, mientras iba revisando mis redes sociales sin prestarle mucha atención a lo que estaba viendo en mi móvil, mis preocupaciones ahora eran otras. *"¿Y si ahora vuelve a ver en ella lo que vio en su momento? ¿Por qué nunca me había hablado de ella? ¿Cuál habría sido el motivo de la ruptura? Paolo nunca me haría daño ¿o quizás si? Victoria, a penas lo conoces, no sabes que trasfondo puede llegar a tener."* Justo en ese momento mi hombro chocó con algo o alguien, y mientras levantaba la mirada, estaba deseando con todas mis fuerzas que fuera una farola.

Pero no, era un chico, el chico del coche el chico de gimnasio, estaba paseando a un perro, supuse que sería suyo. Era un pastor alemán, precioso, tenía un pelaje entre marrón avellana y color caramelo. El chico levantó la mirada y me volvió a mostrar esa sonrisa que ya había podido

apreciar un par de veces desde mi coche, hace ya algunos meses. Una sonrisa que había olvidado. Una sonrisa que aceleraba mi pulso. Yo no había sido nunca una chica de emociones a flor de piel, por un mínimo gesto, y mucho menos por un chico como él. Al cruzar las miradas, con una intención de pedir disculpas, mi cara de idiota era latente, estaba embobada, no era capaz de articular ni media palabra. Al fin él se disculpó:

- Lo siento, iba entretenido con el móvil y no me había fijado.

Nada, ni por esas, no era capaz de articular ni un *"yo también"*. Allí estaba yo, inmóvil, mirándolo, le devolví la sonrisa y comencé a andar, la vergüenza hacía que aligerara cada vez más el paso, mi mente, ahora sí iba a mil por hora.

"Soy imbécil. Habrá pensado que soy una maleducada o una borde, o las dos cosas. Y encima me lo encuentro con estas pintas. Pero ¿Por qué no me salían las palabras del cuerpo? Dios, esto no puede ser normal. ¿Se habrá acordado de mí después de este tiempo? No creo. Habrá visto a mil personas, no creo ni que se fijara aquel día en mí, sería absurdo. ¿Vivirá cerca? Si estaba paseando al perro por esta zona, no creo que viva muy lejos. ¿Y si lo vuelvo a ver? Me muero de la vergüenza, y más después del espectáculo, bochornoso, de hoy. Si es un chico de gimnasio, el más cercano es este, pero nunca lo he visto, también sea dicho que yo no soy de ir todas las semanas al gimnasio, así que la probabilidad de encontrármelo allí es bastante baja. Pero no tiene porqué ir a este gimnasio, podría coger el coche e ir a otro, o simplemente puede que no sea ni un chico de gimnasio y se mantiene en forma saliendo a correr o yo que sé."

Salí de mis pensamientos con ayuda de un claxon que insistía para que cruzara el paso de peatones. Un par de horas en el gimnasio y volví a casa. Intenté ocupar mi mente en otros asuntos, empecé a redactar unos informes del trabajo, la intención era buena, pero mi concentración era nula, así que lo deje como misión imposible y llamé a María.

Capítulo 7

En mi llamada notó la desesperación por despejarme y salir de casa, no le quise adelantar nada, ni de Paolo y del chico, así que se vio medio obligada a quedar conmigo si quería saber más.

En 30 minutos habíamos quedado en el bar de siempre, por lo tanto tenía el tiempo justo para ducharme, vestirme, arreglarme un poco y salir pitando. Cuando llegué al bar ya me estaba esperando en la mesa de billar de siempre.

- María, me lo he vuelto a encontrar.
- Hola, ¿Cómo estás? Yo bien. Y esas cosas que se suelen decir cuando ves a una amiga después de un tiempo. A ver, vamos por partes. ¿A quién?
- Al chico de hace unos meses el del coche, el que te conté, el chico de gimnasio. Me lo he encontrado en la calle, él iba paseando un perro y yo iba para el gimnasio y nos hemos chocado, íbamos los dos mirando el móvil y no nos hemos dado cuenta.
- Bueno y ¿le has dicho algo? O ¿él te ha dicho algo?
- Él si se ha disculpado, yo me he quedado embobada y no he sido capaz de decirle ni "adiós". He entrado en trance o algo, me he quedado inmovilizada, quería decirle "yo también, discúlpame" o algo, pero no he sido capaz y me he ido, casi corriendo. He pasado la mayor vergüenza de mi vida, ha sido horrible, quería que la tierra me tragara.
- ¿Tú eres tonta no? Tía al menos le tenías que haber pedido disculpas. Pero bueno, no creo que el muchacho se haya ofendido tras haberte visto la cara de pasmada, porque te estoy imaginando, y habría sido para grabarte. Bueno, fuera de bromas, y con Paolo ¿qué? Ya me he enterado que estáis saliendo ¿no?
- No, no, no, relaja la raja maja. Nos estamos conociendo, pero nada formal, aunque hoy estoy un poco mosqueada, he vuelto Melissa a la ciudad y le ha escrito para quedar con él, y ahora mismo están juntos poniéndose al día. Nunca me había hablado de ella, y me siento un poco absurda estando con él tras haber estado con ella. ¿Tú la has visto? No tengo nada que hacer a su lado, no sé que le habrá gustado de mí después de haber estado con ella. ¿Por qué rompieron?
- ¿Melissa ha vuelto?
- Sí, creo que ha sido por motivos laborales y se queda aquí a vivir.
- Te voy a ser sincera porque eres mi amiga, ten cuida con ella, no es trigo limpio.
- Mmmm, gracias por preocuparme más de lo que estaba. ¿Me quieres decir ya, de una vez, porqué rompieron?
- Ellos tenían una relación un poco rara, estuvieron juntos 5 años. En esos 5 años ella le fue infiel una infinidad de veces pero él la seguía perdonando, hasta que un día él le pidió matrimonio y ella aceptó prometiéndole que nunca más le sería infiel, una semana antes de la boda

ella lo dejó y se fue al extranjero. Allí se casó con un chico que llevaba conociendo un año a espaldas de Paolo e iba a visitarlo con excusas de viajes laborales. Por eso me ha extrañado tanto que volviera.
- ¡¿Qué?! – Mi cara se desencajaba por momentos, no sabía si llorar, cabrearme o reírme. Sentía una impotencia y una rabia que sentía como me aumentaba la temperatura en mi cara. – Y ahora explícame ¿qué narices tengo yo que hacer ante esta situación?
- Si lo sé, no te cuento nada, mírate, te has puesto hasta roja, del cabreo que has pillado. Yo pensaba que esto te lo habría contado él, aunque fuera por encima, pero ya veo que no. Lo que tampoco entiendo es como él sigue quedando con ella, para mí una persona que me hace tanto daño, está de más en mi vida. Pero Paolo después de eso cambió mucho, no lo he vuelto a ver como está ahora, de ilusionado y entusiasmado contigo. Estoy segura de que no ha pasado nada, ni va a pasar nada. Hazme caso y, por favor, relájate, que ya verás que solo ha sido una simple charla entre viejos amigos.
- El problema es que no son simples amigos. Y para colmo, ella lo ha manejado como ha querido en 5 años, ahora puede hacer lo mismo.
-Ha pasado mucho tiempo desde eso, él ya estaba recuperado,lo tenía superado desde hace tiempo, anda vamos a cambiar de tema que te vendrá mejor.

A pesar de que no se me iba de la cabeza la imagen de Paolo pidiéndole matrimonio, seguimos con conversaciones banales sobre ropa, complementos, futuros viajes y trabajo.

Capítulo 8

Tras nuestra quedada al dirigirme a casa no pude evitar rodear un par de calles más para comprobar, al menos desde fuera, la famosa cita entre Paolo y Melissa. Llegué a la esquina y empecé a notar como mi pulso se aceleraba.

Por una parte me daba un poco igual, tampoco estaba tan enamorada de Paolo como para que me importara tanto aquel encuentro, pero, por otro lado, era inevitable sentir celos, sentir que algo te enciende por dentro, que no puedes aguantar que estén ni un minuto más cerca.

De la misma forma que mi cuerpo avanzaba gracias a mis pasos, mi corazón iba acelerando tan rápidamente que estaba sintiendo como ascendía hasta mi boca. Cuando conseguí llegar a la puerta, no tenía valor de abrirla por el simple miedo a qué me pudiera encontrar tras ella, eran ya las 23:37, no era una hora para tomar un café, igual ni estaban ahí. Me armé de valor y a pesar del temblor de mis manos conseguí girar el pomo y abrir, pero para mi sorpresa no estaban allí, le pregunte a uno de los camareros y me dijo que se habían marchado de allí hacía ya como media hora y que iban algo tomados. Salí de allí y mis celos y temblor se convirtió en un cabreo monumental, saqué el móvil del bolso y llamé a Paolo, los segundos hasta que descolgó el teléfono se me hicieron eterno, notaba como me iba faltando el aire ligeramente.

El móvil dejó de dar tono de llamada y escuche como alguien descolgaba, supuse que era él y no pude evitar gritar un:

-¿! Dónde cojones te has metido ¡? – No creo que Paolo me hubiera escuchado nunca tan cabreada como estaba en ese momento, igual incluso lo había asustado. Al notar que alguien respiraba al otro lado del móvil pero no contestaba, mi cabreo disminuyo un grado al pensar que le podía haber pasado algo, y más al saber, gracias al camarero, que llevaba una buena melopea. Mi tono cambió.

- Oye, ¿estás bien? ¿Dónde estás? Me tienes preocupada. – En ese momento me contestó una voz femenina, mi cara se desencajó al escucharla, me quedé paralizada, mi cuerpo iba perdiendo fuerza y yo noté que a mi cara no llegaba la sangre, me estaba quedando blanca.

- Está bien. Ya está en casa, lo he traído yo, llevaba mucho tiempo sin beber. – Mi cabreo llegó a niveles extremos, notaba poco a poco como me iba subiendo la temperatura de mi cuerpo, la sangre me fluía con más velocidad de lo normal, la tensión me aumentó de una manera peligrosa, notaba como la vena del cuello palpitaba más rápido de lo normal. Había

estado cabreada antes, pero ni había llegado a este punto, siempre había sido un poco pasota con todo.

Capítulo 9

Colgué al segundo de escuchar aquellas palabras y me dirigí a casa, casi corriendo. Cuando entré a casa, encontré a Melissa, desnuda sentada en mi sofá blanco medio dormida y a Paolo sobre su regazo, desnudo también, abrazado a su cintura. Yo nunca había imaginado que mi cabreo pudiera aumentar de nivel, pero sí, aún le faltaba un grado más, el que alcancé al ver esa escena. No pude evitar coger a Melissa del brazo, con tal fuerza que, posiblemente, al día siguiente tendría algún hematoma de la fuerza de mis dedos, la levante del sofá, obligando a Paolo a soltarse de ella y la eché al pasillo de la planta de mi piso, tal y como estaba, ya que no le di tiempo ni a recoger su ropa. Cerré la puerta y me fui a buscar las cosas de Paolo, las metí como pude en la maleta que encontré bajo la cama mientras mi cabreo se tornaba en impotencia. Impotencia por no poder haber hecho nada, por sentirme vacilada en mi cara y en mi casa, por haber creído que no era como los demás. Sentí tal impotencia que acabé llorando y rasgando un par de sus camisetas al derrumbarme imaginando la escena minutos previos a mi llegada. Cuando terminé la maleta la saqué al pasillo, donde había dejado a Melissa, la cual ya no estaba allí, desperté a Paolo de dos bofetadas, y entre lágrimas conseguí gritarle una lista de adjetivos e insultos que en ese momento le venían como anillo al dedo, lo saqué de casa de la misma forma que había hecho con Melissa.

Cuando cerré la puerta, no pude evitar derrumbarme apoyada en la puerta, tras volver a mi mente aquella escena y recordar lo que me podía haber encontrado. No podía dejar de llorar, sentía como se resquebrajaba algo en mi interior, no sé que era, nunca he sabido describir esa sensación, era esa sensación de tener algo entre las manos y sentir que te lo quitan sin poder pelear por él. No puedes agarrarlo con fuerza ya que sientes como te pesan los brazos y no puedes luchar porque no te lo arrebaten. Y lo peor de todo esto no era que me lo habían arrebatado, lo peor de todo esto es que él se había dejado llevar y era consentido. Y yo era una mera espectadora de todo esto, de la cual no se había acordado nadie, en la cual nadie había pensado, ni habían recordado que tengo sentimientos. Realmente no estaba locamente enamorada de él, pero sí que estaba empezando a sentir algo por él, y creía que él por mí también.

Pero, por lo visto, estaba equivocada, yo era un nuevo escape para esa relación tortuosa que había tenido, una más, la número X en su lista, porque ni siquiera eso sabía de él. De pronto me estaba dando cuenta de que me había dejado llevar por lo más fácil, por lo primero que se me había puesto delante y que él si se había interesado en conocerme, pero que yo no sabía mucho sobre él.

Capítulo 10

Durante toda la noche no pude dejar de darle vueltas a aquella escena y cada vez era más fuerte el sentimiento de impotencia y rabia, era inevitable llorar, al menos era lo único que me desahogaba.

A las 4 de la mañana decidí levantarme, ya que mi mente había vencido a Morfeo por completo y me había resignado con la idea de que no iba a dormir. Cogí el ordenador para buscar alguna película con la que distraerme hasta que llegara la hora de ir a trabajar y por mi mente pasó un idea fugaz, una locura, pero que pensándolo bien, a mi no me parecía tanta locura, me vendría bastante bien para despejarme.

Busqué apartamentos en Roma, y encontré uno muy cuco en el barrio de Trastevere, no llegaba a ser apartamento, era más bien un estudio, o una mini casa, término que está muy de moda últimamente. Por lo que estaba comprobando en las fotos era una pequeña sala de color blanco, el suelo parecía mármol blanco, a la derecha, justo en la mitad de la pared, había un balconcito por que solo se podría asomar una persona, era algo estrecho, pero bastante alto, lo cubrían unas cortinas de un bonito encaje blanco, ya me estaba empezando a imaginar asomada todas las mañanas a ese balcón, con mi café en la mano y especulando sobre la gente que vería y que estarían comenzando su día.

A la izquierda del balcón había un pequeña mesa de color negro y dos sillas blancas, tenían un diseño bastante moderno pero parecían algo incómodas, estaba colocadas una en frente de la otra. A la izquierda de la mesa se encontraba un frigorífico metalizado, no era muy grande pero bastaría para una persona, continuaba con 4 muebles de cocina que iban formando una esquina, en uno de los muebles estaba la cocina de gas y abajo el horno, a su derecha un microondas. A la derecha del balcón había un sofá-cama de color negro, frente a un televisor anclado a una pared, para mi gusto demasiado grande en proporción al poco espacio del estudio, pero me resultó curioso.

Justo a la izquierda de la puerta de entrada había una puerta corrediza de cristal opaco en la que se encontraba el baño, pequeñito, pero era algo obvio teniendo en cuenta las dimensiones de la mini casa. Pero lo que más me gustó de todo fue el precio, para que engañarnos, tenía algunos ahorros, pero la vida en Roma no esperaba que fuera barata, pero para mi sorpresa aquel apartamento me costaría 300 euros al mes, era todo un chollo. Investigué los comentarios del barrio y no eran malos, tan solo que no estaba bien comunicado por el metro, pero por lo demás era perfecto.

Llevaba 3 años sin tomarme unas vacaciones, por lo que tenía días acumulados en el trabajo, no me resultaría difícil conseguir un mes de vacaciones, además en esa época apenas había trabajo, a Juan no le importaría que me fuera una temporada.

Capítulo 11

Cuando me quise dar cuenta estaba en la cola para facturar mi equipaje en el aeropuerto, lo única que se había enterado de mi destino y mis vacaciones era María, y obviamente mi jefe, no me apetecía publicarlo a los cuatro vientos, así no habría posibilidad de que nadie me molestara. Habían pasado, al menos quince días desde que me encontré a la escena en casa. No era algo que pudiera eliminar de mi mente fácilmente, pero gracias al viaje había podido mantener mi mente ocupada.

Al pisar el aeropuerto de Fuimicino no me lo podía creer, estaba allí, había cometido esa locura. Sentí un poco de recelo y miedo de que me pudiera pasar algo estando en un país diferente y sola, lejos de mi ciudad y mi gente, pero por otro lado me sentí liberada, sentí que incluso podría ser una oportunidad para darle un giro de 180 grados a mi vida. Una vez allí, busque un taxi que me llevara a Roma, le indique la dirección exacta en un italiano un poco extraño, el hombre, de mediana edad, moreno, con una mandíbula marcada, un típico italiano, sonrió y comenzó la marcha. Mientras nos acercábamos a Roma me iba dejando llevar por los paisajes verdes que observaba por la ventanilla, muy diferentes a los de España, y por la infinidad de banderas de Italia que qué había en los laterales de la autovía, mientras sonaba en la radio “La differenza tra me e te” de Tiziano Ferro.

Conforme avanzaba la canción con nosotros mi cara empezaba a irradiar felicidad, me empezaba a sentir eufórica, algo que pensaba que no llegaría nunca, tras haber tocado fondo por culpa de Paolo.

Al fin llegamos a la puerta del edificio, baje del taxi, y frente a mí había un edificio de, al menos, cinco plantas, de color tierra, la fachada no era plana, le sobresalía un relieve de piedras simulando las piedras de los castillos, también había un par de medio relieves de algunos dioses latinos, la puerta llegaba a medir más de 2 metros de alto y unos 3 de ancho. Llamé al telefonillo y contesto una mujer en español preguntando si era yo. Me alegró saber que al menos me entendería con la dueña del piso.

Amablemente me abrió la puerta y me indicó que el estudio estaba en la última planta, supuse que tendría unas vistas fabulosas, con las que podría relajarme cada día. Las puertas se iban abriendo mediante un mecanismo automático. Mi impaciencia hizo que no pudiera esperar a que estuvieran abiertas por completo y me colé en cuanto calcule que mi cuerpo y mi maleta entraban, parecía una niña al llegar a casa el último viernes de clase antes de las vacaciones de verano. Me encontré un pasillo bastante amplio adornado con macetas y al fondo podía divisar un bonito patio interior, al cual no le entraba luz a penas, eran las 9 de la mañana,

igual a lo largo de la mañana entraría algún rayito de sol.

Antes de llegar al patio estaba el ascensor a mi izquierda, las escaleras, algo antiguas en contraste con el pasillo, rodeaban al ascensor. En ese momento no podía darme el lujo de subir por las escaleras, algo que me hubiera encantado, pero mi maleta no pesaba precisamente un kilo e iba a la última planta, y después del madrugón que me había tenido que pegar ese día para coger el vuelo, no creo que las fuerzas me respondieran.

Tomé el ascensor y pulse el número de la última planta, conforme el notaba que íbamos pasando de planta mi corazón se iba acelerando, estaba realmente emocionada, iba a cambiar de vida, bueno, al menos por un mes. Me prometí allí mismo que durante todo ese mes no pensaría en nada de lo que me había dejado en España.

Cuando salí del ascensor me encontré con una mujer de mediana edad asomada a una de las puertas que había en el pasillo, parecía risueña y contenta, supuse que sería aquel el estudio y que ella sería la dueña.

Buenos días Victoria, encantada de conocerte, soy Mara la dueña de la mini casa, te estaba esperando.
Buenos días Mara, sí, soy yo. Encantada. – En ese momento sentía que todo era real y que no era un sueño, mi cara reflejaba bastante bien lo que sentía, era inevitable dejar de sonreír como una tonta. Mara era una mujer de unos cincuenta y tantos con el pelo rizado moreno, delgada y con unos ojos preciosos grises.-
Creo que le echarías un ojo por internet, y verás que no cambia nada. Bueno si, una cosilla. – Se dirigió a un hueco que había justo a la derecha de la puerta del baño, algo que no había visto en las fotos. Por un momento me asusté y empecé a pensar que ahí estaría el porqué del precio del estudio. Abrió una puerta algo baja, que a pesar de que ella y yo no fuéramos altas nos costaría agacharnos para pasar por allí.- Esto es lo que no está colgado en las fotos de internet.
¿En serio? ¿Esto forma parte de la mini casa? ¿Esto no es compartido con los demás vecinos? – Era una impresionante azotea, llena de enredaderas y flores, con vistas al Vaticano y al castillo de Sant'Angelo, el protagonismo lo cobraba, a parte de las vistas, una mesita de forja blanco y un par de sillas a conjunto. Sonreí al saber, automáticamente, donde desayunaría todas las mañanas. – Mara, esto es precioso, no tengo palabras, es increíble.
Esto es solo tuyo durante tu estancia, así que disfrútalo. Para lo que necesites aquí tienes mi número, háblame a la hora que sea. Aquí abajo, a la vuelta de la esquina tienes un supermercado bastante grande, en el que encontraras de todo. " Benvenuta a Italia".

Muchas gracias Mara. Encantada de conocerte y gracias por todo.

Capítulo 12

¡Joder, estoy aquí! , esas fueron las primeras palabras que me vinieron a la mente cuando despedí a Mara. Empecé a registrarlo todo, cajones, armarios, abrir el sofá-cama para ver cómo funcionaba. En uno de los muebles encontré un equipo de música, al que le conecté mi móvil y a ritmo de Michael Buble iba colocando toda la ropa que había en mi maleta, adaptando el piso a mi gusto, cambiando la mesa y las sillas de lugar, etc.

Bajé a comprar algo a la tienda que me había comentado Mara, cuando me quise dar cuenta era las 12, salí pitando de casa, con una alegría que no era muy común en mi últimamente. En casa, bueno, no era mi casa, pero lo sería durante un mes, asique a partir de ahora la llamaría casa, encontré un mapa de Roma, pero aquel día no era para guiarme por rutas marcadas, aquel día era para perderme en las calles de Trastevere, para oler a la cucina Italiana por cada rincón, para llegar a casa con dolor de pies y encandilada por algún italiano zalamero.

Calle tras calle llegué a Santa María de Trastevere, era una plaza mediana, con una fuente central en la que estaban sentados varios jóvenes escuchando a un bohemio cantar versiones de Frank Sinatra a lo Michael Buble, al escucharlo aligeré el paso hasta le fuente, busqué un hueco en la escalera que había alrededor de la fuente y me senté a dejarme llevar por la música. Me sentía genial, aquel sitio me estaba gustando, y tan solo era el primer día, Roma me hacía sentir diferente, me hacia sacar lo mejor de mí. Dejé de pensar y empecé a evadirme con aquellas notas que tanto me gustaban.

Poco a poco se iban llenando todas las terracitas que había alrededor de la plaza y me iba invadiendo un olor a nata evaporada mezclada con especias que no me resultaban muy conocidas, se intercalaba con un olor a viñedos fermentados. Mi estomago también parecía que lo estaba identificando y me hizo una señal para que moviera el culo y buscara algún lugar donde enamorar a mi paladar de ese lugar también. Me adentré en una de las callejuelas que había en la plaza y encontré un restaurante que no parecía muy caro, tampoco quería tirar la casa por la ventana el primer día.

Eran tan solo las tres de la tarde cuando ya parecía que faltaban pocas horas para perder al sol de vista, no era como en España que, en esta época, no anochece hasta las siete o las ocho de la tarde, por la iluminación parecía que solo que me quedarían un par de horas de sol. No iba a desaprovechar el sol así que me senté en la terraza que había justo en la entrada del restaurante, al momento llego un chico bastante atractivo, rubio, rapado por los lados y llevaba una especie de moñito, al que estaba muy de moda, tenía unos ojos azules intensos, deje de

embobarme en la cara del chico ya que estaba empezando a ser algo incomodo e intenté explicarle, en el italiano básico que sabía, que quería vino de la casa para beber, y unos espagueti a la carbonara para comer, ni siquiera había mirado la carta, lo tenía tan claro que mirarla haría que dudara bastante, algo muy común en mi, y para una cosa que tenía clara y que podía evitar dudas.

A los 2 minutos apareció el mismo chico con el vino, y empezó a interesarse por mí, preguntas del tipo "¿De dónde eres?" "¿Has venido sola?" empezaron a sucederse una tras otra, entre mi medio italiano-español y su medio español- italiano nos entendíamos, aunque pareciera increíble. Era un chico bastante simpático, y guapo, tenía una labia que ni siquiera Paolo podría alcanzar algún día. Entre risa y risa me vino esa comparativa a la mente y mi cara se transformó, no sé si llamarlo cualidad o defecto pero todo lo que me pasa por la mente se me refleja en la cara, y en ese momento no fue diferente, al acordarme de él mi rostro cambió.

- Ho detto qualcosa mal?
- No, no hai detto nada mal, es solo que ho ricordato una persona.

Creo que me había entendido, sonrió y me dijo algo así como que sería muy fácil olvidar en Roma.

Capítulo 13

Llamaron al chico desde dentro del restaurante para que sirviera una mesa, me había parecido escuchar que se llamaba Leonardo, pero entre el bullicio de la gente no estaba muy segura de si había sido a él. Al ratito volvió con mi plato de pasta.

- No me hai detto il tuo nome.

- Ni tu el tuyo. Mi chiamo Victoria e tu?
- Leonardo – En su cara estaba notando, que algo estaba pensando, y no era algo común en una relación cliente camarero, debido a la cara de niño travieso que estaba poniendo en ese momento, no pude evitar reírme, hizo caso omiso de mi risa, ya que creo que supuso a que venía mi risa- ¿quieres che ti mostri più tarde la città de Roma?

Por una parte estaba loca porque ese rubio me enseñara esta ciudad, visitar cada rincón, pisar los mejores lugares que solo un autentico romano conoce, pero por otro lado me daba miedo, y si era un violador o yo que sé solo había hablado con él un ratito en la terraza del restaurante donde trabajaba. Pero, como se dice, hemos venido a jugar, le dije que sí, algo que en España no hubiera hecho ni loca.

Creo que me dijo que salía de trabajar a las 8 ¿o que a las 8 habíamos quedado en la puerta del restaurante? Yo le ponía empeño, pero a veces me enteraba de poco, ese pensamiento me hizo reír a carcajadas al pensar en lo divertida que sería mi cara al tratar de entender al chico. Cuando me di cuenta de que la gente me miraba con cara extraña, la risa tornó en rubor, y mi cara lo exteriorizó. Le pedí la cuenta a Leonardo y le repetí que nos veríamos a las 8 para así certificar mi error o no.

-Si , qui spero.

Eso parecía confirmar que lo había medio entendido, la cuestión era que habíamos quedado allí a las 8 y ya está. Mis planes para esa tarde eran seguir paseando por el barrio y seguir conociendo Roma, pero tenía que buscar algo decente que ponerme, lavarme el pelo y al menos arreglarme un poco esta cara de, no haber pegado ojo en toda la noche. Pues nada, cambio de planes, me fui a casa a buscar algo que ponerme, y viendo que no había nada decente y que me quedaban aún 3 horas para ver a Leonardo, me duche, me arreglé un poco el pelo y cogí un taxi para que me llevara al centro para comprarme algo. Miles de tiendas se sucedían en una sola calle eterna, no tenía tanto tiempo, como para parame a verla una por una, me fui a lo seguro, pregunté por la tienda de ropa Zara.

Me compré un par de vaqueros y una camiseta blanca con los que irían genial una chaqueta de cuero negra que tenía en casa y unos botines

negros. Me quedé con mal sabor de boca al no poder perder la tarde entrando y saliendo de tienda y tienda, pero bueno, otro día sería.

Las 19:30 y a aun me quedaba vestirme y terminar de maquillarme un poco, aceleré el ritmo de tal forma que solo tarde 10 minutos más en salir por la puerta de casa, cuando iba en el ascensor mirándome en el espejo, me estaba dando cuenta de que no me había maquillado muy bien con las prisas, me extendí con los dedos como pude el maquillaje y salí con mi mapa a buscar la plaza de Trastevere ya que esa mañana había llegado allí por casualidad.

Gracias a que me había perdido un par de veces, llegué quince minutos tarde, entre calleja y calleja iba pensando qué porque narices no nos habríamos dado los números de teléfono, hubiera resultado más fácil para mí mandándole mi ubicación, pero al fin llegué y allí estaba Leonardo esperando, no se había ido, a pesar de mi retraso, ya no llevaba el uniforme del restaurante, aunque sí el moñito, estaba dejado caer en una Vespa que llevaba los colores de la bandera italana, todo muy típico, me resultó gracioso.

Conforme avanzaban mis pies hacia él me iba recorriendo unas cosquillitas por todo el cuerpo, supuse que eran nervios de no saber que iba a pasar.

Ciao Victoria. Sei preparada?
Si, andiamo.

Me ofreció un casco de color rojo, se puso él uno blanco y nos subimos a la moto. Dejamos atrás el barrio de Trastevere e íbamos por uno de los laterales del río, sorteando los coches que acompañaban en la misma dirección.

Capítulo 14

Juraría que parecía una escena de Federico Moccia. Iba agarrada a su chaqueta con una mano y con la otra la parte de atrás de la moto, tampoco quería abrazarme a él como una adolescente. Cruzamos un túnel en mitad de la ciudad, algo que era la primera vez que veía.

Llegamos a la entrada de un parque y dejamos la moto aparcada en la puerta, íbamos charlando en nuestro idioma particular entre italiano y español, intentando gastarnos bromas, cuando me quise dar cuenta habíamos cruzado el parque y estábamos frente al Coliseo.

Me quedé boquiabierta, la inmensidad de ese monumento hizo que me quedara sin aire, siempre había imaginado que sería enorme, pero mi imaginación nunca podría hacer honor a lo que mis ojos veían. Bajamos hasta los pies del Coliseo, íbamos rodeándolo mientras me contaba la historia del Coliseo, las leyendas y alguna anécdota. Miles de fotos se iban sumando a nuestra memoria del móvil. Caminábamos por la Via Sacra cuando me iba contando que no era romano al cien por cien, que la familia de su madre era de Sicilia y que él se había criado allí. Había venido a Roma a encontrar trabajo ya que al terminar la carrera allí no lo había encontrado.

De buenas a primeras empieza a reírse y me dice en un español casi perfecto:

Vale, voy a dejar de hacer ya el chulito italiano, he estudiado historia del arte y estuve más de un año viviendo en España y haciendo un Master allí, y bueno, mi madre no es de Sicilia, es española. Pero siempre he vivido aquí así que me considero italiano y no español.

Obviamente me cabree, me sentí vacilada, no entendía muy bien porque había hecho eso, qué sentido tenía mentirme con eso. Y si me había mentido con eso, ¿qué me podría creer de todo lo que me había contado? Inevitablemente mi mano fue a su cara en forma de bófeta y salí de allí corriendo, buscando un taxi, ya que no tenía ni idea de cómo llegar a casa. No había llegado ni al Coliseo cuando una mano me agarró la chaqueta, empecé a sudar, un sudor frío recorría mi cuerpo, no quería mirar ni quién era, intente tirar y soltarme pero fue imposible, en el mismo forcejeo me agarró con la otra mano la cintura y la taquicardia aumentaba por momentos.

Shhh, soy Leonardo, no iba a dejar que te fueras así de enfadada y sin comer, anda perdóname, ha sido una bromilla, por eso de que a las españolas os encanta los italianos.

Empecé a respirar con normalidad, la tensión d mi cuerpo poco a poco desaparecía.

Es que no entiendo porque te costaba tanto decirme "oye que soy mitad español pero he vivido toda mi vida aquí y no me considero español". Con eso has hecho que no crea nada de lo que me has contado, yo lo hubiera entendido. Lo he visto absurdo.
Es que quería gustarte, y todos mentimos un poco cuando nos gusta alguien para agradarle. Si has venido a Italia no es, precisamente, para ligar con un medio español.
No he venido a Roma buscando un romance, ya he tenido suficiente en España, como para venir aquí a complicarme la vida.
Vale, lo siento mucho, no te volveré a mentir con nada. De verdad. Perdóname por favor. Para compensártelo te voy a invitar a cenar al mejor restaurante de toda la ciudad.

La cara de pena que me estaba poniendo propulsó una carcajada y el perdón automático, acepté la cena y nos fuimos a buscar la moto, de vuelta me iba contando que su madre era de Sevilla pero que había conocido a su padre en Roma y que se había venido a vivir aquí.

Entonces, volviendo al tema de antes ¿me has dicho que yo te gusto? ¿o me lo he imaginado?
No te lo has imaginado, lo he dicho, me gustas. Eres una chica bastante guapa y muy simpática y bastante fuerte – se acariciaba la mejilla que había sido abofeteada mientras yo me reía al recordar el momento- Es mejor no meterse contigo. O si lo van a hacer que se aseguren de que tienes las manos bien lejos.

Cuando nos subimos a la moto quería taparme los ojos, pero le recordé que yo no era una de sus conquistas de Roma y que no me conocía ni la calle principal, que me podría llevar donde quisiera que no iba a recordar ni el trayecto ni el lugar. No llevaba ni 24 horas en Roma. Sonrió y me insinúo que no eran tantas las conquistas a la vez que arrancaba la moto.

Capítulo 15

Recorríamos las avenidas a una velocidad que yo nunca cogería en una ciudad como Roma, poco a poco íbamos por calles más estrechas, hasta que llegamos a un barrio donde apenas había vida, empecé a asustarme y a mirar como una loca para todos los lados para ver si encontraba alguien normal en ese barrio, alguien a quien pudiera pedirle ayuda, en caso de que me pasara algo. Mientras iba pensado en la amplitud de posibilidades de situaciones que se me podían suceder y qué hacer en cada caso, Leonardo paró la moto junto a un edificio. No sé si llamarla manía, pero acostumbro siempre a ponerme en lo peor, y por si acaso buscar soluciones antes de que pase nada, que la mayoría de veces no pasa nada y cuando realmente me pasa algo no se gestionarlo, porque suele ser cuando menos me los espero o de quien menos me lo espero, como lo de Paolo. En resumen, que la manía me resulta poco útil.

Me ayudó a bajar de la moto y me cogió el casco.

¿Dónde me llevas? Aquí no veo muchos restaurantes.
Dame tu mano, anda. Deja de hacer preguntas y sígueme, que no te voy a violar ni a descuartizar y vender a trocitos.

Mis nervios desembocaron en risa, esa risa nerviosa que no puedes controlar, y él, al verme así también se contagió. Entramos en un edificio, el cual no tenía mucha pinta de ser un restaurante, así que supuse que iríamos a su casa. Subimos al ascensor y me tapó los ojos con la mano, mientras, con la otra, pulsaba un botón en el ascensor, yo iba escuchando como se cerraba la puerta del ascensor e íbamos subiendo piso por piso. Creo que conté 7 cuando sentí que se abrían las puertas y Leonardo me destapaba los ojos. No era su casa era un restaurante muy cuco y con una decoración típica italiana, manteles de cuadros rojos, el suelo eran losas de barro, la pared era blanca y había cuadros de fotos en blanco y negro.

Al momento vino a buscarnos una chica morena, bajita, con el uniforme que llevaban todos allí y le dijo a Leonardo algo así como que nuestra mesa estaba lista. Seguimos a la chica que iba atravesando el restaurante hasta llegar a una escalera de forja negra que nos llevaba a un piso más arriba. Una terraza aun más encantadora que mi terracita era lo que nos estaba esperando, las mesas eran iguales que las de la zona de abajo, había plantas que cubrían todas las paredes que eran dos, y dos barandillas, de al menos un metro y algo terminaba de rodear la terraza del restaurante, no había mucha gente en la terraza, el restaurante si estaba bastante lleno para mi sorpresa. Nunca había imaginado que existieran sitios así.

¿Prefieres estar aquí o nos bajamos al restaurante?
¿Estás loco? Estoy encantada. – Me acerque a una de las barandillas para

comprobar las vistas, y casi se podía ver toda Roma. - ¿Tú estás viendo todo esto? Es impresionante, cualquiera, en su sano juicio, pagaría lo que fuera por estar aquí.
Vale, vale. Nos quedamos aquí. Si tienes frío avísame que llamo a la camarera para que nos ponga algún calefactor de esos externos.

La innumerable lista de monumentos e iglesias que se veían desde esa terraza me estaba fascinando como nunca nada lo había hecho. Era impresionante, me quedaría a vivir allí. Leonardo me miraba y se reía divertido con mi reacción ante algo que, él ya estaba acostumbrado a ver.

Gracias por traerme aquí, por un momento pensé que me llevarías a tu casa a descuartizarme o algo parecido.
Ya lo he notado, estabas bastante tensa – reía divertido recordando lo nerviosa que estaba hace unos minutos en la puerta.
Gracias de verdad, es increíble, has compensado con creces tu mentira. – Me fui corriendo hacía donde estaba y lo abracé.

No era un abrazo de amor, era un abrazo de agradecimiento, el que le puedo dar a un amigo, un abrazo para alguien que me había alegrado después de que solo me hubieran dado disgustos últimamente.

En ese momento me vino a la cabeza Paolo. No había recibido ni una sola llamada ni un solo mensaje de él. No le importaba ya que no se había preocupado por mí en este tiempo, ni siquiera me había pedido perdón o me había dicho por ahí te puedes ir a la mierda que yo me quedo con Melissa. Nada, no sabía nada de él. Cuando se lo conté a María, le prohibí que me contara de él absolutamente nada, igual había hablado con ella.

Capítulo 16

Leonardo notó que algo me pasaba, que algo estaba recorriendo mi mente a toda prisa y no era uno de los mejores pensamientos de todo el día y me abrazó con más fuerza. Con ese abrazo sentí que había alguien que me protegía, al que le importaba aunque solo fuera en ese instante y me dejé caer en sus brazos. Al momento me separó de sus brazos.

Basta y de pensar cosas feas. Has venido a Italia a divertirte y a cambiar de aires. Lo que te haya pasado en España allí se queda. Aquí hay que vivir momento nuevos y si me dejas ser tu amigo yo me encargaré de que sean geniales, como este que he visto que te ha gustado bastante. Realmente solo he venido a Roma, me quedaré un mes aquí y sí te dejo ser mi amigo, después de traerme a este lugar tengo que aprovecharme de ti y conseguir que me lleves a más sitios como este. Y tienes razón, no voy a pensar en lo que dejé en España. – Mi cara cambio, y emití una leve sonrisa. Imaginaba los días tan espectaculares que me quedaban por vivir gracias a este chico tan magnífico, que a pesar de ser italiano, no me estaba tirando la caña constantemente, algo que le estaba agradeciendo aunque él no tuviera ni idea.
Vamos a cenar ¿no?

La cena fue perfecta, parecía que nos conocíamos desde hace tiempo, teníamos una conexión increíble, nos hacíamos bromas, contábamos cosas de nuestra vida y nuestro trabajo, anécdotas, sueños por cumplir…etc. Todo fue como la seda. Eran las once de la noche cuando salimos del edificio y volvimos a subir a la moto. Pensaba que ya iríamos a Trastevere, pero no, llegamos al centro, lo reconocí porque era donde me había dejado el taxista esa misma tarde, cuando vine a comprarme los vaqueros que llevaba puestos. Aparcamos la moto en el primer lugar que pudimos, y caminando íbamos adentrándonos en calles llenas de restaurantes y tiendas de suvenires, hasta que escuché la caída del agua y empecé a emocionarme como una niña pequeña, a tirarle del brazo e intentar que certificara lo que creía que estábamos a punto de ver.

¿Es la Fontana? ¡venga di! ¿he acertado? ¿ Es la Fontana di Trevi? Venga, dime la verdad.

No decía ni una palabra, tan solo sonreía divertido. Lo cogí de la mano y empecé a acelerar el paso hasta que llegué a una multitud con la que no podía ver nada, intenté hacerme hueco e ir pasando atreves de la gente hasta que pude llegar a una barandilla y levante la cabeza. Tenía razón, por eso se reía, estábamos frente a la Fontana di Trevi, y si el Coliseo me había parecido increíble, esto no se quedaba atrás, era más grande de lo que me había imaginado, era impresionante, era inmensa, quería bajar a sentarme en el borde y tocar el agua pero Leonardo tiró de mi y salimos

rápidamente de la multitud.

¡Oye, ya te vale! Quería bajar, ¿Por qué no me has dejado?
Ya tendrás tiempo de bajar cuando haya menos gente, tiraremos la moneda y beberás de la otra fuente. Ahora vamos a otro sitio.
Es que para esto, deberías haberte ahorrado la gasolina de la moto. – Estaba bastante molesta, me habían quitado la ilusión demasiado pronto.
No te enfades, que esto te va a gustar.

Fuimos a buscar la moto e íbamos dirección a Trastevere. Que pronto se había acabado el día, se me había hecho muy corto. Dejamos la moto donde me había recogido e iba siguiéndolo calle tras calle hasta llegar a una heladería-cafetería que estaba cerrada.

Muy bien, ¿y ahora qué?
¿Quieres dejar de protestar?

Hizo una llamada y a los pocos minutos nos abrió la puerta un hombre de mediana edad, vestido con un uniforme blanco, entramos y la heladería me pareció algo pequeñita, tan solo tenía seis mesas. Seguimos al hombre, que parecía conocer bastante bien a Leonardo, pasamos por detrás de de la barra y al pasar un arco, nos encontramos en la cocina de la cafetería, el hombre estaba haciendo los helados y los postres para el día siguiente.

¿Quieres probar los helados recién hechos?
Sí. – Dije con bastante vergüenza.
Mejor aún, vas a crear tu propio sabor.
¿Qué dices? ¿Estás loco?

Le preguntó al hombre si podíamos crear un helado y asintió bastante amable. Me agarró de la mano y me dijo que se llamaba Roberto, que lo siguiera que me iba a explicar los sabores. Como no lo entendía muy bien, cada vez que me decía algo miraba a Leonardo, que se estaba partiendo de risa, y él me lo traducía. Se estaba divirtiendo él más que yo con la situación.

Capítulo 17

Roberto me había explicado los sabores uno por uno los sabores con mucho entusiasmo, el mismo que le había puesto durante los 40 años que llevaba con el negocio, por la forma que nos hablaba se notaba que quería más que a nada este negocio y que lo cuidaba mucho, había dedicado su vida a este local. Pero yo por mucho empeño que pusiera no me enteraba de las cosas, Leonardo, divertido me las explicaba poco a poco, yo iba cogiendo los sabores que me parecían que estaban buenos al gusto y que podía quedar bien juntos, kínder, nata, vainilla, caramelo, no sé muy bien que más le eche, pero cuando la máquina termino de hacerlo y lo probamos, estaba buenísimo. Decidimos entre los tres ponerle trozos de barquillo y volver a moverlo, y cuando lo sacamos estaba aun mejor.

Roberto decidió ponerle mi nombre a ese helado, yo, roja como un tomate, le insistía a Leonardo para que le dijera que no podría aceptar eso, que le pusiera cualquier otro nombre, que entre los tres pensaríamos uno. Pero los dos insistían en que yo lo había y que tendría que llevar mi nombre. A regañadientes acepté y me hicieron hacerme una foto con mi creación. Roberto nos dio una cajita con un poco de nuestro helado a cada uno para que nos lo lleváramos a casa, le dimos las gracias y salimos de allí.

- ¿De qué conoces a Roberto?
- Es mi padrino, es como otro padre para mi, aunque no sea de mi sangre, lo quiero incluso más, que a personas de mi familia.
- Me ha caído genial, sé nota que su trabajo le apasiona.
- La heladería la heredó de su padre, y su padre a la vez de su abuelo, la heladería tiene más de un siglo, pero no tiene a quien dejársela cuando se jubile, sus hijas estudiaron y están trabajando en Milán. Más de una vez me ha insinuado que quiere que me quede yo con ella, pero es mucha responsabilidad y no sé si podría.
- Claro que sí, porque no, con lo poco que he conocido de ti, he visto que eres un poco alocado pero un chico muy responsable y bueno, estoy segura de que podrías llevar perfectamente la heladería. Y, además, tendrías más clientela, las chicas vendrían a por helado y dulces solo por verte.
- Qué tonta eres ¿no? Entonces te voy a contratar a ti como dependienta para que vengan los chicos a comprar helado.
- Creo que si haces eso tendrás que cerrar el negocio porque no vendrá nadie.
- Qué modesta eres, no lo entenderé nunca. Bueno, dime ¿dónde vives? Para que te acerque en la moto.
- Pues si te soy sincera, no tengo ni idea. – Saqué el mapa del bolso, mientras me reía por lo absurdo que era no saber ni donde vivía. – Aquí, creo que no está muy lejos de aquí, puedo ir andando.
- No iba a dejar que te vayas andando teniendo la moto aquí, sube que

nos vamos.

Cuando llegamos a mi edificio, me ayudó a bajar de la moto, cogió mi casco y se quitó el suyo, pensaba que en ese momento me besaría, las piernas me temblaban, realmente tenía ganas pero por otro parte no me quería complicar más la vida. Notaba como se iba acercando a mí, pero noté como su cara se desviaba y no iban a mis labios, me dio un beso en la cara y me abrazó. Sentí alivio, así no me complicaría aquí con nadie, pero al mismo tiempo me sentí un poco frustrada. Podría haberme lanzado yo, pero eran ganas de tirarme al cuello de alguien para un mes y enredar más mi situación actual, así que lo abracé yo también, le di las buenas noches, y entré al portal.

En la cama ya empecé a recordar cada minuto de mi primer día en Roma y había sido genial, nunca lo hubiera podido imaginar tan perfecto. Miré el móvil para revisar las fotos que nos habíamos hecho y no pude evitar acordarme de Paolo, mire su conversación en Whatsapp y me extrañó que no saliera su última conexión, cuando en ese momento caí que aquella noche lo había bloqueado de todos los sitios posibles y no podría contactar conmigo de ninguna forma. Decidí desbloquearlo, ya no tenía nada que perder, estaba lejos, no podía venir a mi casa a suplicar perdón y si no quería, no le cogería las llamadas ni contestaría sus mensajes, desde Roma lo tenía más fácil para pasar de él.

Capítulo 18

A la mañana siguiente desperté y aún no me creía que estaba en Roma, comprobé la hora que era en el móvil y me encontré un mensaje de Paolo.

"Buenas noches Victoria. He visto que ya me has desbloqueado, gracias. Quería que supieras que todos estos días he intentado contactar contigo, no me he atrevido a ir a tu casa por miedo a que me dieras con la puerta en las narices, aunque debería haberlo intentado. Hablé con María pero me dijo que le habías prohibido que te hablara de mí. Quiero pedirte disculpas por la situación que encontraste, no es lo que parecía, había vomitado sobre mí y sobre Melissa y toda la ropa estaba manchada, Melissa me quitó la ropa para lavarla y traerme otra y ella se quitó la suya para ponerse algo mío, pero se encontró mal, cuando se disponía a ir a la habitación y se sentó en el sofá, yo estaba bastante mal y me dejé caer en el primer lugar que encontré que fue en el sofá y poco a poco termine encima de ella. Pero te juro que no pasó nada entre nosotros dos. Sé que te tenía que haber contado sobre mí relación con Melissa, pero no lo encontraba apropiado, era recordar algo que ya no tenía importancia en mí vida y lo omití. Lo siento, de verdad, fue un error por mí parte. Que me hayas desbloqueado significa que estás abierta al menos a escucharme. Haré lo sea para que me perdones. Esta tarde me pasaré por tu casa para que podamos hablar con persona. Siento todo lo ocurrido, de verdad. Te quiero."

Aquello me paralizó, no podía creerlo, estaba intentando enredarme para que lo perdonara, pero era imposible que no se hubiera acostado con ella, ¿qué sentido tenía que estuvieran completamente desnudos? Si la historia que me había contado era cierta, al menos tendrían puesta la ropa interior. Encima de que me había mentido, ahora me estaba tratando como una idiota, lo suyo era increíble. Con lo bien que me había acostado anoche y ya estaba de mal humor gracias al dichoso mensaje.

Intente ignorarlo y empezar el día tal y como lo tenía previsto, salí a mi terraza a desayunar y a disfrutar de mi primer despertar en Roma con aquellas vistas, resultaba algo difícil evitar recordar el mensaje, me había resultado tan hipócrita lo que había hecho, tenía la cara tan dura que no podía creerlo. En un intento de distraer la mente con otra cosa, busqué el mapa y tracé una ruta para empezar a visitar Roma y enamorarme de sus monumentos, que eran lo único que merecía mi amor ahora mismo.

Como ya había estado en el Coliseo y Leonardo me había contado muchísimas cosas sobre el monumento, decidí empezar por ahí, además no estaba muy lejos y podría ir andando.

Dentro era aún más imponente que desde fuera, pasee por cada pasillo y planta de ese gigante de piedra, acompañada de mi audio guía. Estaba empezando a echar de menos a Leonardo, algo que no me terminaba de hacer gracias, ya que solo lo conocía de un día. Supongo que sería porque él había sido quien me había traído aquí por primera vez y, de una forma u otra, lo relacionaba con él. En ese momento hubiera querido que estuviera allí, conmigo, contándome las batallas de los gladiadores, y sus anécdotas con sus amigos y sus ligues. Me había divertido tanto con él, que necesitaba más momentos así. Él y Roma habían conseguido que me olvidara de Paolo por momento, que no me afectara tanto la situación, había conseguido que me riera a carcajadas, ese chico era increíble.

Ni corta ni perezosa me fui a buscarlo a su trabajo, con la absurda excusa de tomarme algo. No nos habíamos dado el número el día de antes, estuvimos tan entretenidos que ninguno de los dos nos acordamos y no tenía otra forma de contactar con él sino ir a su trabajo.

Cuando llegué al restaurante, me sirvió otro chico, por un momento pensé que era él, pero bueno estaría dentro sirviendo otras mesas. La noche anterior me había dicho que hoy entraba pronto a trabajar porque habría mucha clientela. Llegó la hora de pagar y aun no lo había visto, así que decidí preguntarle al chico que me había servido por él. Creo que no lo estaba entendiendo bien, o yo no quería entenderlo, pero me estaba diciendo algo sobre él hospital. En ese momento empecé a agobiarme y a preocuparme, no sabía qué hacer, realmente quería saber donde estaba, no sabía si había ido al hospital o estaba allí, ¿qué la había pasado? ¿Cómo contactaba con él? Entre tanta pregunta asomó una respuesta: Roberto.

Capítulo 19

Le pregunté en mi medio italiano, que si sabía algo sobre Leonardo y me dijo que la última vez que lo había visto era conmigo. El no tenía ni idea, así que no lo iba a preocupar, si no le habían dicho nada, sería porque no era tan grave, ese pensamiento me tranquilizó un poco. Le pedí el número de Leonardo, me lo dio encantado. Le faltó tiempo para entrar a buscar su bolsito y sacar el móvil para darme su número. Al salir de allí y alejarme un par de calles, para evitar preocupar a Roberto lo llamé. El teléfono emitía mi llamada sin ninguna respuesta, probé de nuevo.

- Ciao. Qui siete?

Al escuchar su voz, tranquila, relajada, mi preocupación empezó a disminuir, si me había cogido el teléfono no sería tan grave. Su voz era diferente por teléfono, menos dulce, me gustaba más escucharlo en persona.

- Soy Victoria. Vine al restaurante a tomarme algo y a saludarte y al no verte le pregunté a uno de tus compañeros y me dijo algo del hospital y me preocupe.
- Eres demasiado tierna, no tenías porque preocuparte por mí. Yo estoy bien, tranquila. Ha sido mi madre, ha resbalado y se ha fracturado la pierna, como mi padre estaba trabajando he tenido que llevarla yo al hospital y por eso no he ido hoy a trabajar. Voy a tener que darte clases de italiano, así no te preocuparás en exceso cuando no entiendas le preguntes a alguien por mí. Ha, ha, ha, ha.
- Que graciosillo, pues me había preocupada bastante, y no sabía qué hacer para saber de ti.
- Oye y, ¿Cómo has conseguido mi número, si en el restaurante solo tiene mi número el jefe y hoy no estaba por allí?
- Me lo dio Roberto. Me acordé de él cuando me enteré de lo del hospital, y se lo pedí a él.
- ¡Guao! Chica lista. ¿Te apetece que nos veamos? Ya que no tengo que trabajar al pedirme el día libre por lo de mi madre, podemos aprovecharlo.

- Pero, ¿tú no tienes que cuidar de tu madre?
- No, ya está aquí mi padre y mi tía, no te preocupes, puedo escaquearme.
- Si es así, por mí vale. Es más, tenía ganas de verte.
- ¿De verdad? Anda dime dónde estás, que voy a recogerte.
- Si, de verdad. Pero no sé donde estoy, te mando mi ubicación por whatsapp ¿ vale? Y me quedo quietecita hasta que llegues en tu super moto.
- Venga graciosilla, ahora nos vemos.

Me senté en un banco que había cerca y me puse a revisar los mensajes, volviendo a topar con el mensaje de Paolo. No podía creer como podía ser tan cerdo, después de que lo había pillado con las manos en la masa, me mentía de esta manera, ¿pretendía, a caso, que me creyera a pies juntillas, todo ese cuento del vomito y el cambio de ropa? No se merecía ni que le contestara, reprochándole lo hipócrita y mentiroso que era, es que no se merecía ni una sola palabra de mi parte. Mientras estaba sumergida en la enumeración de adjetivos nuevos que le estaba atribuyendo a Paolo llegó Leonardo. Yo nunca había sido de cuentos de hadas, pero en ese momento me pareció un príncipe azul, que venía a sacarme de la espiral de mierda en la que me estaba volviendo a meter, al releer el mensaje.

- Sube que vamos a seguir con el tour de anoche.

Íbamos mezclándonos con el tráfico de la ciudad, intercalando avenidas con callejuelas. Nos bajamos de la moto y continuamos quince minutos andando hasta llegar a la Piazza Navona. Era una plaza rectangular, rodeada de edificios de no más de cuatro plantas. A uno de los laterales destaca una basílica con fachada cóncava. Las esculturas que adornaban las tres fuentes, que sucedían la plaza, eran más grandes de lo que me hubiera podido imaginar, me acerque a cada una, incrédula por su magnitud.

Eran perfectas, no tenían ni un desconchón, causa de gamberradas, ni banderas atadas al cuello de ninguna escultura. El respeto por los monumentos era impresionante, fue algo que me había marcado realmente. En los dos días que llevaba en Roma no había visto ni un papel de un chicle en el suelo y mucho menos una pintada en una escultura. Me acerqué a la fuente central, la diferencia de tamaño en comparativa con las otras dos, era bastante abismal. Era la famosa fuente de los cuatro ríos de Bernini. A parte de la magnitud de la plaza me dejo fascinada el aire bohemio que se respiraba allí, con la multitud de pintores que rodeaban el final de la plaza. Dejando atrás a Leonardo corrí hasta ellos, paisajes, monumentos y momentos estaban plasmados en los cuadros que tenían expuestos cada uno de los pintores.

Me llamó la atención uno en concreto, era un atardecer desde un lugar alto, como el restaurante la noche anterior, pero se veía una plaza a los pies y de fondo la cúpula del Vaticano. Llamé rápidamente a Leonardo.

- ¿Me podrías llevar ahí?

- Claro que sí, en cuanto comamos vamos para allá. Tenía pensado llevarte otro día, pero ya que lo has visto y me lo has pedido, cambiaremos los planes.

Capítulo 20

Mi impaciencia hizo que terminámos comiendo en el Mc Donald más cercano, necesitaba estar allí arriba cuanto antes.

Las 15:38 y estábamos aparcando la moto cerca de la plaza que había memorizado en la pintura. La plaza en sí, era preciosa, tenía dos miradores, uno frente al otro, y dos basílicas gemelas que desembocaban en tres calles, cruzando la plaza estaba la basílica de Santa María del Popolo, lo que coronaba la plaza era un obelisco egipcio que delimitaba el centro de la plaza, según Leonardo, había sido traído ahí desde el Circo Máximo. Tras las correspondientes fotos y haber hecho un poco el tonto subimos a uno de los miradores. Estaba tan emocionada, todo me parecía tan bonito y perfecto que no me estaba dando cuenta de la pendiente que estaba subiendo y a la velocidad que lo hacía, hasta que mi respiración se iba acelerando progresivamente.

Al llegar arriba, antes de poder alucinar con la vista que nos ofrecía Roma, tuve que tomar aire un par de veces hasta recuperarme.

- Qué condición física más mala tenemos ¿no? Ha, ha, ha, ha. Vamos a tener que dejar un ratito todos los días para salir a correr. ¿Tú qué crees?
- Voy al gimnasio de vez en cuando, listillo. Es solo que me lo he tomado demasiado a la ligera y había más pendiente de la que esperaba.
- Sí, claro. Vamos señorita deportista, allí están las mejores vistas.

Me llevaba de la mano, ya que yo necesitaba algo más de tiempo para poder recuperarme. Llegamos al mirador que se veía desde la plaza, era el punto más alto de esta, desde allí la vista era perfecta, tal y como la había pintado el hombre de la plaza Navona.

Me podría quedar eternamente aquí, contemplando las vistas, y sobre todo, con esta compañía.

- Por cierto, puedes llamarme Leo, ya hemos cruzado la línea de la cordialidad, así que ya nos podemos llamar amigos ¿no crees?
- Sí, yo también lo creo. Y tú me puedes llamar Vicky.
- ¿Sabes qué? Eres una chica increíble, diferente a todas las que he conocido. Eres muy atenta con todo el mundo, le pones mucho interés a cualquier cosa, aunque no te interese, porque habrá cosas que te haya contado que no te importarán un pepino, pero aún así le pones interés. Eres fácil de impresionar, con cualquier vista, ya te tengo encandilada para un rato, rebosas diversión y energía. Eres increíble Victoria.
- Vas a conseguir que me ponga roja con tanto elogio. No es para tanto, también tengo mi parte mala. Soy muy cabezona e indecisa, la única decisión que tomé sin pensármelo mucho fue la de venir a Roma, y no me arrepiento. Ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi

vida.
- ¿Qué te hizo tomar esa decisión?
- Es una historia larga, y algo enrevesada.
- Tengo toda la tarde, te escucho.

Terminé contándole todo, desde cómo había conocido a Paolo hasta lo del mensaje de aquella mañana. Ya que me estaba sincerando con él, también le conté que era la única persona que conseguía abstraerme de ese problema y que lo había ido a buscar expresamente por eso.

Conforme iba contándole el mal de amores se iba mostrando más cercano, me agarraba la mano, me acariciaba. Pasaba su brazo por mi espalda y me la acariciaba mostrándose cercano y cariño, parecía que quería protegerme, quería que no volviera a estar mal. Cuando terminé mi historia sobre el famoso médico español me dio un abrazo, un abrazo que llevaba necesitando desde ese momento en mi casa cuando me encontré a Paolo y Melissa, un abrazo que llevaba tiempo sin darme nadie. No era un abrazo de amor, pero tampoco era solo de amistad, era protección y alivio lo que estaba sintiendo en sus brazos.

Paseamos por el parque, mientras dejábamos correr la tarde.

- Estoy yo pensando que ese Paolo es un poco gilipollas, solo un poco ieh! Cambiarte por algo que no funcionó y que se la jugó cuando más creía en ella. Eso es de ser un completo idiota, para que nos vamos a engañar.
- Ha, ha, ha. Gracias por la parte que me toca.

Capítulo 21

Tras una tarde perfecta, a pesar de lo negro que había empezado el día volvimos a casa. Le invité a subir y cenar, al principio se negó pero tras quince minutos de insistencia aceptó la cena con una condición, ser él el cocinero, a regañadientes tuve que aceptar, sino no se quedaría a cenar y me apetecía pasar más tiempo con él. Al subir a casa y comprobar mi nevera, Leo tuvo que volver a bajar al supermercado, había comprado algo de comida, pero había sido sobre todo para el desayuno y como aún no había estado en casa para comer ni cenar, no había echado en falta la comida. Mientras él estaba en el supermercado, recogí un poco la casa, no era muy grande y yo no había traído muchas cosas, pero creo que estaban todas por mitad de la casa.

Cuando no tenía ni la mitad de las cosas organizadas llegó Leo con un par de bolsas, parecía que me iba a llenar la nevera. ¡Por Dios, qué vergüenza!

Tomate, queso, aceite, orégano, sal, pasta, nata, champiñones, huevos, algo de carne y de pescado, cuatros tarritos que parecían salsas, de diferentes colores y una botella de vino tinto.

- Necesitaba llenarte la nevera, por si me quedo algún día más a cenar, que sepa que no me vas a envenenar.
- ¿Siempre eres así de gracioso con todo el mundo? Que sepas, listillo, que soy una cocinera de primera. Pero te has pasado, no tenías que haber comprado tantas cosas.
- Una cocinera de primera de microondas ¿no? Ha, ha, ha, ha.
- Sinceramente, me has pillado, no soy fanática de la cocina, para que engañarte.
- Si se te ve en la cara, que usas poco la sartén y las ollas.

Cuando terminé de colocar la compra con ayuda de Leo, le enseñé el secreto de la casa, la terraza, se quedó tan maravillado como yo.

Me abrazó por detrás y disfrutamos durante un rato de las vistas y de la compañía. Ese abrazo me estaba haciendo sentir de nuevo mariposas en el estomago y esta vez no eran nervios, estaba a gusto, tranquila, me hubiera quedado ahí eternamente. De pronto me dio la vuelta y quedé frente a él, mordiéndome el labio, evitando lanzarme a su boca. Me agarró la barbilla y tiró de ella hacía arriba, hasta que mis ojos quedaron clavados en los suyos a pocos centímetros de distancia. Abrió levemente la boca, yo hice lo mismo en una esperanza de que allí y entonces fuera el momento del primer beso. Pero desvió su trayectoria, sus labios no iban a mi boca, sino a mi oído.

- No voy a permitir que nadie te vuelva a hacer daño, aunque me cueste mudarme a España y dejar mi amada Italia.

Aquellas palabras me llegaron a lo más profundo del alma, había sido todo tan rápido y tan intenso, que realmente podía llegar a creerme lo que me estaba diciendo, ¿Por qué no? Pero, ¿ y si era algo que le decía a todas para llevárselas a la cama? Dejé de comerme la cabeza y me dejé llevar por el momento, lo hubiera besado, pero cambié el beso por un abrazo eterno. Un abrazo de esos que agarras a la otra persona con tanta fuerza y, a la vez, con tanto cariño, que resulta complicado querer despegarse.

Yo creo que en esos abrazos se conectan tanto las personas que llegas a sentir lo que el otro está pensando o sintiendo en ese momento, no sé si será por la fuerza, por la posición de las manos o de la cabeza, no sé porque, pero cada vez que dio uno de esos abrazos siento que conectamos la parte más honda de nosotros.

Entramos a casa y Leo empezó a cocinar mientras yo servía un par de copas del vino que había traído y buscaba los manteles y cubiertos por los pocos cajones que había en la cocina. Mara me había dicho donde estaba cada una de las cosas de la casa, pero en ese momento era tal la ilusión y la emoción de estar en Roma que no le había prestado mucha atención.

Empezó a hacer pizza, pizza italiana, hecha por un italiano, me iba a chupar los dedos, seguro. Mientras movía la masa de un lado a otro yo estaba sentada en la mesita que había al lado, embobada en su cuerpo, en su cara, en su pelo, fantaseando con historias imposibles.

Capítulo 22

- Lista! Vamos a comer, que se enfría.

Salí de mi mundo de rosa y volví a la realidad. La pizza estaba buenísima, ni en el mejor restaurante italiano de España había probado una pizza así de bueno, este chico tenía unas manos que necesitaban ser bendecidas.

- ¡Esta buenísima! No he comido mejor pizza en mi vida.
- Gracias, es todo un alago, pero eso es porque aun no has pisado más de un restaurante por aquí.
- No creo que superen esta pizza, pero aun así, me tienes que llevar.
- ¡Hecho!

Disfrutaba cada bocado de ese delicioso manjar preparado por ese maravilloso hombre, en mi boca podía sentir el sabor de la mozzarella fresca, de alguna especia de la carne, del tomate recién triturado y frito.

Cuando terminamos de comer nos fuimos al sofá a ver un rato la tele, bueno, la estaba viendo él, porque como yo no me estaba enterando de nada, me estaba dedicando a admirar sus facciones, su pelo, cada lunar de su cara, de su cuello, de cada parte del cuerpo que la ropa había dejado al descubierto. Al momento me sorprendió mirándolo, notaba como el calor se apoderaba de mi cuerpo y sobre todo de mi cara que se iba tornando color amapola.

Poco a poco veía que su cuerpo se inclinaba hacia mí, su cara iba buscando la mía, no quería hacerme ilusiones, porque ya había tenido suficiente con lo de la terraza, pero esta vez estaba claro, iba directo a mis labios, y yo me dejaba llevar, no iba a impedírselo, moría de ganas de conocer el sabor de sus labios. Tan solo nos distanciaban un par de centímetros, nuestros labios se estaban deseando. Nuestras frentes chocaron, dándose cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Casi podía sentir la piel de sus labios, casi podía saborear el gusto de su boca, cuando sonó mi móvil, sobresaltándonos a los dos al mismo tiempo y haciendo que nos separáramos bruscamente.

Cuando miré en la pantalla era un número desconocido, tenía que cogerlo, ¿y si le había pasado algo a alguien de mi familia? Empecé a preocuparme antes de tiempo, como solía hacer siempre. Leo lo notó, se acercó a mí y me abrazó.

- Cógelo. Ya verás que no es nada preocupante.

Lo miré con cara de "*ojalá tengas razón*" y

descolgué.

- ¿Sí? ¿Quién es?
- Hola, te llamo de este número porque mi móvil lo he dejado en casa, este es el nuevo número del trabajo por si quieres guardarlo.

Al otro lado escuché una voz masculina, no podía ser nadie de Italia, puesto que la única persona que tenía mi número, en Roma y en toda Italia, estaba conmigo, además me estaba hablando en español, no podía ser italiano. De pronto caí en la cuenta de quién podía ser: Paolo. Habría estado en mi apartamento y al comprobar que no estaba allí me había llamado. Volví a preguntar quién era, ya que aún no me había sacado de dudas.

- Soy Paolo, he llegado a tu casa y no estabas, he ido al gimnasio, al bar que sueles ir con María y tampoco estabas, finalmente me he acordado de que igual tenias el turno cambiado y podrías estar trabajando pero tu jefe me ha dicho que te habías tomado unas vacaciones, y ya no sabía donde más buscarte, asique te he llamado.

Al confirmar mis sospechas, comencé a ponerme tensa, no quería escucharlo, no quería hablar con él, no quería saber de su existencia y menos ahora, que estaba empezando a estar bien, a divertirme, y no era gracias a él. Mi tensión se tornó en cabreo y mi voz salía de mi cuerpo seria y tenaz.

- Mira Paolo, no quiero hablar contigo. No me creo ese cuento del mensaje de esta mañana, un niño inventa mejor que tu las mentiras, realmente ha sido patético por tu parte. Por otro lado, sí, estoy de vacaciones, necesitaba descansar y desconectar, y con desconectar me refiero a no saber absolutamente nada de lo que ocurra allí, a no ser que le suceda algo a mi familia, eso sería diferente. Pero como tú no formas parte de mi familia, no quiero saber absolutamente nada, y repito, nada de ti. Espero que te haya quedado clarito y que dejes de molestarme con mensajes y llamadas. Que te vaya bien con Melissa.

Capítulo 23

No dejé margen a replicas, colgué el teléfono al segundo de decir la última palabra. Leo había estado escuchando todo, cuando volví la cara para mirarlo esperaba que su expresión fuera más impactante, pensaba que le podía haber resultado algo incomoda la situación, y que estaría tenso, pero por el contrario, tenía la misma cara alegre que tenía siempre, sonreía ligeramente y me miraba con dulzura. Le besé la mejilla y me disculpé por haber interrumpido ese momento. Ni corto, ni perezoso me besó.

Ni él se lo había pensado, ni yo me lo esperaba. Sus labios tocaron los míos con una fuerza y una pasión con la que jamás nadie lo había hecho. Me encantó ese beso, ese y todos los que vinieron detrás. Aquella noche nos comimos a besos hasta que llegó la hora de separarnos, le había pedido de una y mil formas diferente que se quedara a dormir, pero él me insistía en que hoy no podía ser.

Esa palabra me dio, para estar toda la noche dándole vueltas.

"¿Porqué hoy no se podía quedar? ¿Mañana si? ¿Tendrá novia? ¿Habrá quedado con otra? Total, sabe que yo me iré en un mes, puede que sea eso. Que tonta me siento ahora mismo.

Y pensar que podíamos vivir una historia juntos, donde fuera, aquí o en España. A veces tienes pensamientos de crías de quince años, tienes que empezar a espabilar Victoria, sino te pasará como con Paolo. Pero lo de Paolo fue diferente, yo apenas tenía interés en él, hasta después que me fui encaprichando. Tu lo has dicho, encaprichando, realmente no te dolió la traición, realmente te dolió la vacilada de que lo hicieran en tu casa y que te mintieran."

Tras dos horas dándole vueltas a lo mismo, el sueño se iba adueñándose de mí poco a poco hasta caer rendida.

Pasamos la primera semana de mi estancia en Roma viéndonos todos los días, cuando el salía de trabajar o antes de entrar al trabajo, paseábamos por los rincones más bonitos de la ciudad, pisé lugares que no salían en los folletos de las agencias de viajes, porque estaban tan escondidos que solo los propios romanos sabían de su existencia. Uno de los días vimos amanecer en la Fontana di Trevi, me había prometido que iríamos con menos gente y cumplió su promesa. Solo estábamos él y yo a esas horas, vimos amanecer desde allí, tiramos la famosa moneda y estuvimos investigando la fuente, de punta a punta. Esa semana fue una sucesión de sorpresas, una más increíble que la anterior, nos hicimos tantas fotos inmortalizando miles de momentos que cada día al llegar a casa tenía que descargarlas en el ordenador porque finalizaba el día con la memoria del

móvil llena.

Leo me había comentado que los lunes no tenía que ir a trabajar, era su día de descanso así que íbamos a aprovechar el día para salir de picnic a las afueras de Roma. El día fue perfecto, pero cuando volvimos a Roma, él me tuvo que dejar un par de calles más lejos de mi edificio, porque me calle estaba en obras, tampoco me importaba, ya me estaba acostumbrando a la zona, y no tenía por qué tener miedo. Pero cuando me iba acercando a mi edificio veía un hombre en la puerta con un macuto, me pareció que era Paolo, pero pensé que sería imposible y que seguramente estaría alucinando gracias al vino que había estado bebiendo en el picnic.

Cuando llegué a la puerta saqué las llaves, y me dispuse a abrir, estaba algo tensa por el hombre, al cual aun no le había visto la cara, pero he de confesar que el vino hizo que no me asustara.

- Buona sera signor.
- ¿Victoria?

Al escuchar mi nombre, me giré rápidamente, se confirmaron mis sospechas, era él, era Paolo, pero ¿qué cojones hacía aquí?, la alegría que traía, efecto del vino, desapareció al segundo. Mi cabreo se iba haciendo latente en mi cara.

- ¿Tú? ¿Qué coño haces aquí? Te dije que me dejaras en paz, que entiendes por eso ¿búscame? ¿O cómo va la historia? Porque yo no me estoy enterando. Y lo mejor, ¿Quién cojones te ha dado mi dirección y te ha dicho que estoy aquí?
- He venido para que me perdones, en un intento de recuperarte inventé esa mentira, que no salió nada bien, al contrario, empeoró las cosas.
- ¿Te ha dicho alguien alguna vez lo patético que eres?
- Vicky, lo siento de verdad, estaba borracho y no era consciente de lo que hacía.
- No se te ocurra volver a llamarme Vicky. Que no era consciente dice. Te juro que no puedo contigo, me superas. ¿Me vas a decir quién coño te ha dicho donde estaba?
- Vale, lo siento, de verdad Vi… Victoria. No sabía qué hacer, necesitaba saber de ti, y hablar contigo y tras cuatro días suplicándole a María, me dijo dónde estabas y me dio esta dirección.
- Yo la mato, te juro que la mato. Paolo, lo que te tenía que decir ya te lo dije por teléfono, no hacía falta que vinieras aquí, porque mis ideales están claros, y no voy a cambiar de opinión.
- Me hospedo en el Hotel Relais Fontana di Trevi, si cambias de opinión estaré un par d semanas aquí.
- Buenas noches Paolo.

Capítulo 24

Entre al portal lo más rápido que pude, quería haberle cerrado la puerta en las narices, pero era automática y no podía, subí por las escaleras, necesitaba soltar tensión, era eso , darle dos bofetadas o gritar hasta quedarme sin voz, así que, la mejor opción era la que había elegido. Cuando llegué a casa la impotencia se apoderó de mi, empecé a llorar, me senté en el suelo, apoyada en la puerta y derrame todas las lagrimas que llevaba aguantando casi un mes. Pensaba que no me afectaría volver a ver a Paolo, porque creía que no sentía nada, pero esas lágrimas mostraban lo contrario.

Me acosté y entre llanto y llanto me quedé dormida gracias a que mis ojos pesaban más progresivamente. Mañana sería otro día, y si no quería no tenía porque verlo.

Dejé pasar un par de días sin saber nada de nadie, ni de Leonardo ni de Paolo, apagué el móvil y me fui a un hotel a las afueras de Roma, así ninguno de los dos podría buscarme. Necesitaba aclarar todas las dudas que me habían surgido al ver a Paolo. Al volver a casa me encontré una nota bajo la puerta y en el portal un ramo de rosas, supuse que serían de Paolo así que ni la abrí, directamente la tire a la basura. A pesar de los dos días que había pasado desconectada del mundo, no había terminado de aclararme. Encendí el móvil y encontré una cantidad desmesurada de mensajes. La mayor parte de estos eran de Paolo, con diferentes formas de suplicas de perdón, lo que me extrañó es que no encontré ninguno de Leo, eso me demostraba que yo era una más que no le importaba y que si yo no lo buscaba, él no lo iba a hacer.

Al plantear la situación, me di cuenta de que Paolo realmente estaba arrepentido y que si había venido hasta aquí a por mí sería por algo, se había preocupado de averiguar hasta mi dirección, creí que era el momento de ir a buscarlo y perdonarlo. Fui al hotel a buscarlo.

- ¿Hola? Soy Victoria, ¿me puedes abrir?
- Voy, voy. – Me abrió la puerta algo desaliñado, en pijama, no solía estar así, ni aunque estuviera en casa, me extraño mucho su aspecto, tenía los ojos hinchados, como de haber estado llorando.
- ¿Qué te ha pasado? ¿Has llorado? – Fui bastante directa, pero es que ese estado era muy inusual en él, realmente lo estaba pasando mal por nosotros, por el futuro de la relación, porque quería estar conmigo.
- No te preocupes, ahora estoy bien. ¿Has venido a mandarme a la mierda definitivamente? Lo sé, es lo que me merezco.
- No, he venido a darte las gracias por las rosas y por preocuparte. Bueno, también he venido para que hablemos las cosas. No vengo a la defensiva, hoy estoy dispuesta a escucharte. – Al nombrar las rosas le noté un gesto en su rostro de extraño, creo que las rosas no eran de él y debería haber

leído la nota antes de tirarla.
- No ha sido nada, busqué una floristería y te las llevé. Gracias a ti por venir, y permitir que aclaremos las cosas. – Se estaba atribuyendo el mérito de las rosas, pero realmente creía que no eran de él.

Hablamos durante un par de horas, los reproches y las disculpas iban y venían como los vuelos en un aeropuerto, finalmente lo solucionamos y quedamos en volver a repetir nuestra primera cita cuando yo volviera a España y así empezar todo de cero, pero con la condición de sacar a Melissa completamente de su vida. Aceptó y decidió marcharse al día siguiente, quería dejarme mi espacio los días que me quedaban en Roma.

Cuando volví a casa rápidamente busqué la nota en la basura, y efectivamente, no era de Paolo, sino de Leo.

"Hola Victoria.

He ido a tu casa durante dos días y no estabas, al ver que tu móvil tampoco tenía conexión he pensado que quizás te habías cansado de mí y habías desaparecido al menos hasta que te dejara en paz, por eso no he querido colapsarte el móvil con mensajes, no quiero ser pesado.

Me has hecho disfrutar de mi ciudad como nunca lo había hecho con nadie en todo el tiempo que llevo viviendo aquí, eres realmente increíble. Gracias por este tiempo a mi lado, me has hecho muy feliz, creo que incluso he llegado a sentir cosas por ti.

Espero que, si no vuelves, Mara te haga llegar esta nota al menos.

Si vuelves, te estaré esperando para seguir haciéndote sonreír, ya que tu sonrisa me da la vida.

Un beso, Leonardo."

Capítulo 25

Después de leer eso, se me calló el alma al suelo, no es que no le importara, al contrario. Me había dejado mi espacio al pensar que no quería saber nada de él. Pero me extraño algo, ¿cómo sabía el nombre de mi casera si yo nunca se lo había dicho? Igual se lo había referido en alguna conversación, así que no le di mayor importancia.

Me martiricé durante horas con lo idiota que había sido, tenía que haberle contado que Paolo estaba en Roma y que necesitaba pensar, este chico era diferente a los demás, lo hubiera entendido, o no, ya no sé si lo hice bien o mal. Y lo peor, ahora no sabía si buscarlo o no. Le había prometido a Paolo que volveríamos a replantearnos la relación, que no estaba todo perdido, pero me había vuelto a mentir. Por otra parte, no quería perder a Leo, pero tampoco quería hacerle daño. No podía ser egoísta y seguir con este juego.

Recogí mis cosas, avisé a Mara de que me iría antes. Se sorprendió con mi pronta vuelta a España, me excusé con temas laborales, y ella me devolvió el dinero que correspondía al resto de la estancia sin que yo se lo pidiera, vino a casa a despedirse de mí.

- Quiero que sepas que aquí tienes tu casa para cuando quieras volver a Roma, y si necesitas algo seguiré estando por Whatsapp, aunque esté lejos.
- Muchas gracias Mara, si vienes a España tienes casa donde quedarte, gracias por todo. Prometo que volveré.

Cuando estaba en el aeropuerto esperando mi vuelo, me entretuve en mirar la conversación que había tenido con Leo durante estos días por Whatsapp, pulsé su foto y me quedé mirándolo fijamente, de pronto le saqué parecido a alguien, pero no podía ser, mi mente ya estaba desvariando, le estaba empezando a sacar parecido a Mara. ¿Y si Mara era familia de Leo y por eso sabía su nombre? No podía ser, Roma era inmensa, y tenía que ser una casualidad bastante grande, que fueran familia. Aunque mirando bien la foto de Mara, parecía que tenían los mismos ojos.

Seguí dándole vueltas a las comparativas de las dos fotos durante todo el vuelo, incluso estaba empezando a arrepentirme de haber cogido el vuelo, cuando empezamos a aterrizar.

Fui directa a casa con la intención de dejar la maleta en la cama, sin deshacerla, e irme directamente a comer algo en el gimnasio, pasar allí la tarde era mi mejor plan, al menos no estaría en casa comiéndome el

tarro.

Tras comer, una ensalada y un plato de pasta, me subí a la sala donde estaban las máquinas, y ¡SORPRESA! Él chico del gimnasio estaba allí. Como aquel día me daba igual todo y la vergüenza, al parecer, me la había dejado en Roma, me fui a la cinta paralela a la del chico. Marqué la inclinación, la velocidad y comencé a andar junto a él.

- Hola ¿qué tal?

No obtuve respuesta así que me sentí algo absurda, subí la velocidad y comencé a correr.

- Perdona, ¿has dicho algo? Es que llevaba los cascos puestos y no te he escuchado. – dejó caer desde sus orejas hasta su pecho los cascos que los llevaba debajo de la camiseta.
- Nada, solo había saludado.
- ¡Guay! ¿llevas mucho en este gimnasio? Me suena tu cara.
- Llevo bastante tiempo apuntada, pero suelo venir poco. Falta de tiempo. – bajé un poco la velocidad ya que me estaba dando cuenta de que me costaba hablar. – Igual nos hemos cruzado por el barrio. ¿Vives cerca?
- Sí, a unas cuatro calles del gimnasio. ¿Y tú?
- En la calle del supermercado y el banco.
- ¡Entonces somos vecinos! Es raro que no nos hayamos encontrado antes. Realmente, yo llevo viviendo por aquí un par de meses, pero me extraña que no hayamos coincidido nunca en el supermercado.
- Bueno, he estado un tiempo en Roma, igual por eso no hemos coincidido.
- ¡Qué guay! ¡Roma!, me encantaría ir algún día. – Paró la cinta. - Bueno ya nos vemos por el barrio o por aquí, yo ya he terminado.
- ¡Nos vemos!

Cuando perdí al chico de vista, me bajé de la cinta, no quería que fuera tan descarado, aunque aquel día me daba todo igual. Me fui a una de las clases que había programadas de spinning, necesitaba quemar los kilos que traía de más del viaje. No es que me hiciera falta deshacerme de esos kilitos de más, al contrario, me habían sentado bien, pero mi autoengaño para sacar de mí, lo que aun me quedaba de Roma.

Capítulo 26

Estaba tan motivada aquel día, que me coloqué en una de las bicicletas de la primera fila, era una sala oscura, no entraba luz natural, se iluminaba mediante luces LED y focos de colores, siempre me había dado la sensación de estar en una discoteca. La combinación entre el olor corporal y los diversos olores de desodorantes y colonias, hacían que más que una sala de spinning o una discoteca, pareciera un prostíbulo. Me limité a seguir las indicaciones de la monitora y, a la media hora, ya estaba desesperada porque la clase acabara. Mis piernas parecían flanes, me había dejado toda la fuerza y la energía en aquella bicicleta. Siempre había sido negada para el deporte, a pesar de que le pusiera todas las ganas del mundo solía terminar desmayada o con agujetas durante tres días seguidos.

Aquella noche, mientras cenaba una pizza que había pedido, me lo merecía, había estado en el gimnasio y no había ido solo a pasearme, me imaginaba la cara de María cuando le contara todo lo que me había pasado, posiblemente me llevaría alguna que otra colleja por ser tan cortada y tonta en algunas ocasiones.

No podía esperar a verla en persona, así que intuía que estaría dormida, le envié un par de audios de tres y cuatro minutos respectivamente. Me iba a matar cuando viera siete minutos de audio, pero iba a flipar con el contenido.

Por culpa de los audios empecé a recordar a Leo.

"Pobre, lo he dejado más plantado que una flor, pero es lo mejor, era imposible tener un futuro juntos. Además, pronto encontraría otra italiana con la que olvidar este tiempo, tampoco había sido tanto, podría olvidarme fácilmente. Posiblemente, ya este en la cama de otra, algo que nosotros ni llegamos a probar, el sexo. ¿Cómo habría sido con él?"

Seguí repasando mentalmente mis últimos días, habían estado demasiado cargados de información, de emociones y de sentimientos encontrados. Llegando al día de hoy, me di cuenta de que no había avisado a Paolo de que había vuelto, pero no sabía si hacerlo, si lo avisaba, mañana mismo lo tendría aquí y necesitaba margen para pensar. ¿Por qué me había vuelto a mentir? ¿Quizás tenga miedo de perderme y por eso me mintió? Puede que sea eso.

Poco a poco, con el paso de los días iba olvidando a Leo, mi vida con Paolo se empezó a estabilizar, me contaba absolutamente todo lo que le sucedía en su día a día, incluso los mensajes más tontos que le enviaban sus compañeras de trabajo. El chico del gimnasio resultó llamarse Hugo, nos veíamos a menudo en el gimnasio, aunque resulte raro, cogí como habito

ir al gimnasio a diario. Hugo y yo nos llevábamos genial, parecía que nos conocíamos de toda la vida, empezó a ser mi entrenador personal y aunque al principio me pareciera el chico más impactante que había visto en mi vida y mirarlo con otros ojos, creamos poco a poco una relación de amistad parecida a la que tenía con María. Ya no veía a ningún chico más atractivo que a Paolo, me estaba enamorando de él hasta la médula.

Capítulo 27

Llegó nuestro aniversario y decidí hacerle algo especial, fuera de la rutina. Me compré ropa interior sexy, de color vino, su color favorito. Buqué la receta de su comida y su postre favorito en internet, lubina al horno y profiteroles de crema y nata, bajé al supermercado a por una botella de vino y decoré la casa con cortinas rojas, cojines rojos, pétalos de rosa y velas. Todo parecía salido de una película.

Un ambiente romántico inundaba la casa, esperé a que faltaran quince minutos para que Paolo llegara a casa y saqué la lubina del horno para colocarla en la mesa, que previamente había sido decorada. El vino estaba enfriándose en una cubitera junto a una de las esquinas de la mesa y las velas danzaban al ritmo de Michael Bublé, que sonaba de fondo.

Cuando Paolo llegó a casa, una luz tenue, gracias a las velas, lo sorprendió. Al segundo me vio aparecer desde la cocina, vi en su cara como iba reflejando la incredulidad del momento, nunca me había visto así. Llevaba un vestido negro ajustado, marcando cada curva y cada línea de mi cuerpo, dejaba ver las rodillas, el escote llegaba al abdomen, sin dejar mucho margen a la imaginación ya que se veía parte de la lencería superior. Dos tirantes, cubrían por completo mis hombros y en los pies, complementando a la lencería, unos tacones del mismo tono.

Al ver que no me quitaba ojo de encima y que estaba examinando, como si de un paciente se tratara, cada detalle de mi cuerpo, poco a poco iba notando que el rubor se apoderaba de sus mejillas, el calor se apoderaba de él poco a poco, se estaba excitando al verme.

- ¡Guau! ¿Y esto? ¿A qué viene todo esto?
- ¡Feliz aniversario, cariño! ¡Ven! Te he hecho tu comida favorita.
- ¡Es verdad! Era hoy, espera un momento.

Se dirigió a nuestra habitación, escuchaba como abría y cerraba cajones rebuscando entre ellos. Volvió al salón al segundo de cerrar un cajón.

- ¡Feliz aniversario a ti también, cielo! – Me dio un beso, mientras escondía algo tras su espalda, con su mano derecha. – Quería hablar contigo sobre un tema.
- No, no, no. Ahora no. – Me venía venir lo que le seguía a esa frase. – Vamos a cenar, que se enfría la lubina.
- ¿Has hecho lubina? Pero si se te da fatal la cocina. Pensaba que sería algo del chino o precocinado.
- ¡Qué bruto eres! Eso no es tu comida favorita ¿no?
- Ya, ya. Pero te conozco ya un poco, como para saber que no tienes ni idea de cocina. ¿cuándo has aprendido?
- Youtube, un gran amigo. Ha, ha, ha.

- Habrá que probarla al menos. Pero ya en serio, necesito decirte algo. – Se arrodilla delante de mí y me coge una mano – Victoria, ya tenemos una edad, no somos unos críos. Hemos superado muchos problemas juntos, también hemos convivido juntos, esas dos son las pruebas más dura que tiene que pasar una pareja y en este tiempo me he dado cuenta de que quiero seguir superando toda mi vida contigo. Quería preguntarte si ¿quieres casarte conmigo?

Lo que escondía era una cajita negra con un anillo que me mostró al pronunciar esas últimas palabras. Me lo había imaginado, pero no es lo mismo imaginarlo que vivirlo. El corazón se me aceleró por momentos, no sabía que contestar, no sabía si estaba preparada para dar este paso. Yo quería y cada día ese sentimiento crecía, pero no sabía si estaba preparada para comprometerme con alguien, y atarme d por vida, no me sentía muy preparada. Pero tenía que darle una respuesta. Lo miré con cara de pena.

- ¿Tengo que contestar ya?
- Estaría bien, solo tienes que decirme si o no.
- Dame de margen hasta después del postre. – Lo miré pícaramente, dándole a entender lo que le esperaría.
- Solo por esa cara y por todo lo que has preparado para hoy, te lo has ganado, tienes hasta después del postre.

Paolo era muy comprensible, me conocía, sabía que era muy indecisa y que no me gustaba atarme a nada, entendió que necesitara un ratito para pensarlo.

Capítulo 28

Era increíble, pero la lubina estaba fantástica, de los profiteroles no podíamos decir lo mismo, pero le sacamos una utilidad al relleno de crema y nata que tenían.

Al ver que la masa de los profiteroles era incomible, abrí uno relleno de nata y empecé a lamerlo lentamente, recorriendo cada rincón de aquella pequeña bolita de masa dura. Mientras disfrutaba de la nata miraba a Paolo con cara de deseo, él no pudo resistirse e hizo lo mismo. Viendo como su lengua llegaba hasta la profundo del dulce, buscando la última gotita de crema, empezó a darme calor. Había llegado la hora de jugar.

Desabroché un par de botones de su camisa y le tendí la mano, con la intención de que me siguiera. Con la otra mano, cogí la bandeja de los profiteroles duros y rellenos. Nos dirigíamos a la habitación. Dejé los dulces en la mesita de noche y terminé de desabrocharle el resto de botones de la camisa, él se dejaba hacer, con sus gestos me demostraba que siguiera. Cogí otro dulce, le saqué la crema con el dedo y dibujé en su pecho mi inicial. Empecé a lamer poco a poco el rastro de la crema hasta no dejar ni una pizca. Rápidamente me cogió de la cintura y al segundo me encontré bajo él.

- Es mi turno, señorita.
- Muy bien, a ver que sabes hacer.

Fue a mi armario a por un par de pañuelos.

- Cierra los ojos.

Al cerrarlos, los demás sentidos se volvían más agudos. Iba notando como el primer pañuelo cubría mis ojos y se apretaba a mi nuca con fuerza, para que no se cayera. Esperaba el segundo pañuelo en mis muñecas, pero no. Empecé a notar las manos de Paolo por mis nalgas, agarraban el vestido y lo deslizaban hacía arriba, arrugándolo conforme iba ascendiendo por mi cuerpo. Cuando el vestido ya no estaba en mi cuerpo, sentí un silencio, pero a la vez notaba la presencia de Paolo.

- ¡Jo –der!
- ¿Qué pasa?
- Esa lencería te queda demasiado bien, cariño.

Reí como una tonta, sin darle más importancia a sus palabras. Al momento de eso, percibí como se acercaba poco a poco a mí, hasta sentarse a horcajadas sobre mis caderas, sin dejar el peso caer. Noté que se inclinaba hacia delante, esperaba un beso, pero el beso no llegó. Me cogió la mano derecha y pasó el pañuelo alrededor de mi muñeca,

haciendo un nudo al terminar de rodearla, agarró la otra muñeca y la rodeo también, quedando las dos manos unidas. El resto del pañuelo lo ató a alguna parte de la cama, quedando así medio inmovilizada.

Notaba como iba deslizando sus manos por mis brazos, balanceándolos entre mis costillas, acariciando mi cintura, sobrepasando mis bragas, anclas a mis caderas. Al llegar a mis pies, note como sujetaba con delicadeza mis tacones y los quitaba con la misma dulzura con la que me había atado las manos.

Una vez descalza, sentía, nuevamente, como sus manos iban deslizándose sobre mi cuerpo hasta llegar a mi pecho. Sus manos buscaban el broche del sujetador, siguiendo la tela que, desde mis pechos, llegaban hasta la espalda. No le costó trabajo encontrarlo, ni deshacerse de él, al instante noté como mis pechos quedaban sueltos y se dejaban caer, ligeramente, hacia los lados. Sus manos volvieron de mi espalda hasta mis pecho, sueltos, pero cubiertos. Apartó el sujetador hacía arriba, dejándolo sobre el pañuelo de mis ojos. Al terminar esa maniobra sus brazos, apoyados en la cama a ambos lados de mi cuerpo, sujetaban parte de su peso. Sentí como se aproximaban poco a poco a la piel que acababa de ser descubierta. Sus labios empezaron a rozar mi piel y mi reacción involuntaria fue erizarme, sentí un escalofrío y a la vez una calor interior que parecían no ser compatibles, pero que iban de la mano.

Al notar que provocaba en mí ese efecto, siguió con la misma táctica durante unos minutos, hasta que mi cuerpo ya se estaba empezando a acostumbrar a esta sensación. Pasó al segundo nivel, notaba como ya sus labios, no pasaban casi omisos por mi piel, ahora ejercían una presión propia de los besos. Recorría centímetro a centímetro mi torso desnudo, desde mi cuello inquieto, por el calor interno que cada vez se hacía más intenso, hasta el borde mis bragas nuevas. El siguiente nivel fue la lengua, al notar que su boca se abría levemente y dejaba salir a ese músculo, caliente y mojado, mi cuerpo se tensaba de saber lo que me esperaba. Suave y lentamente iba paseando su lengua por mi cuello, mis pechos, mi abdomen… Haciendo hincapié en zonas más sensibles, propensas a provocar aun más el aumento de la temperatura.

Capítulo 29

Cuando el percibió que esa zona ya estaba lo suficiente húmeda y caliente, pasó a agarrar mis bragas con los dientes y ayudándose de las manos las fue bajando hasta dejarlas en mis tobillos. Volvió a mis caderas al momento y repitió el mis proceso por mi zona más íntima. Poco a poco iba introduciéndose en los rincones de mi cuerpo con su lengua, hasta sentirme más excitada que nunca. De un momento a otro noté que se separaba de mi, y bajaba de la cama, escuché como se deshacía de su ropa dejándola tirada por el suelo. Volvía a estar sobre mí, pero esta vez, desnudo. Estábamos piel con piel, a punto de fundirnos el uno en el otro. Poco a poco noté que se iba introduciendo en mí, que nos conectábamos por completo, un vaivén lento nos conectaba una y otra vez, los muelles de la cama se mezclaban con nuestros alientos entrecortados. El ritmo se incrementaba, de la misma forma que lo hacía nuestro pulso. Caímos exhaustos uno al lado del otro, nos mirábamos sin decir nada, hasta que, tras un par de minutos, rompí el silencio.

- Sí quiero.
- ¿Qué? ¿qué quieres ahora? En un par de minutos más, hacemos lo que quieras, pero déjame recuperarme. Ya estoy mayor para estos asaltos. Ha, ha, ha.
- A veces me pregunto ¿cómo llegaste a ser médico, con lo idiota que eres a veces? – giré sobre la cama, de tal manera que mi torso quedo sobre el suyo, mientras nos mirábamos.
- Estudiando mucho, listilla.

Paolo inició una guerra de cosquillas tras esas palabras, y tras rodar por toda la cama haciéndonos cosquillas, Paolo me bloqueó bajo él y decidí rendirme.

- Vale, me rindo, tú ganas.
- ¿Dónde está mi premio? He ganado, así que quiero un premio.
- ¿Te parece poco todo esto?
- La verdad es que no, pero quiero otro premio.
- Ya no hay más premios.
- Pues sigo haciéndote cosquillas, tú verás.
- No, no, no. Por favor.
- Entonces quiero, como premio, que me contestes a la pregunta que te hice antes de la cena.
- Imposible.
- ¿Cómo que imposible? ¿Eso es un “no”?
- No, eso es un “ya te he contestado a la pregunta y por eso no puedo volver a contestarte”.
- ¿Cuándo has contestado? Me está sonando a mentira para escaquearte.
- De verdad, que te he contestado. Qué te he dicho que sí, idiota. Claro

que quiero casarme contigo.

La felicidad que sentía en ese momento hizo que aquellas palabras salieran de mi boca sin ningún reparo.

- Hay que ir buscando fechas y organizando la lista de loso invitados, el lugar de la celebración…
- Chssss. – Mi mano tapó su boca e hizo que dejara de hablar. – Me estas agobiando ya, por favor, tómatelo con calma.

Me mordió la mano, ese gesto hizo que la quitara rápidamente, me agarró de la cintura y me beso con fuerza, creo que nunca me había besado así.

- Gracias por hacerme tan feliz Victoria.

Los días y los meses iban pasando y poco a poco me iba implicando más en la boda. Cuando le conté a Hugo lo de la boda, se entusiasmó casi más que yo, en ese momento me di cuenta de que esa reacción no era normal en un hombre heterosexual y se lo pregunté directamente. Me confirmó las sospechas. Por otro lado, al enterarse de la noticia María, tuvo la misma reacción que Hugo, me estaba dando cuenta de que todo el mundo estaba más emocionado que yo con la boda. María y Hugo me estaban ayudando con la elección de la variedad de cosas que eran necesarias para un solo día.

Un sábado, cuatro meses antes de la boda, me desperté a las nueve de la mañana, bastante tarde para la hora que solía levantarme, tampoco tenía mucho que hacer. No tenía que trabajar, ya que era mi día libre y hasta las 11:30 no había quedado con María y Hugo para ir de tiendas a probarme vestidos. Me senté en el sofá con mi taza de café y mi tostada y encendí la televisión. No había nada interesante así que comencé a zapear, hasta que paré en uno de los canales en el cual estaban dando noticias. Empezaron a hablar del nieto de una de las familias más ricas de Italia, dueñas de una marca importante de coches. El chico al parecer había tenido un accidente de tráfico y estaba muy grave en el hospital, mientras la noticia estaba siendo narrada, una sucesión de videos, de la familia y del chico, invadían la pantalla, finalmente una foto de la cara del chico me hizo escupir el café, incrédula por lo que estaba viendo.

Me había parecido reconocer a Mara entre los familiares de esa familia, pero como me había resultado un pensamiento tan absurdo, lo había desechado al segundo, pero la foto del chico me hizo confirmarlo todo. Era Leo.

Se paró el mundo, pensaba que ya tenía superado esa etapa de mi vida, cuando algo hacía que volviera a mí de una forma u otra. Apagué la tele al instante. Pero la voz de la presentadora retumbaba en mi cabeza una y otra vez con la idea de que Leo estaba muy grave debido a un accidente

de tráfico. Intenté distraerme arreglándome para ir de tiendas, pero no surtió efecto, mi mente estaba en otro lado.

Capítulo 30

Durante la mañana, con María y Hugo no era capaz de concéntrame en nada, desde que había escuchado esa noticia, había perdido interés en la boda. No había tenido, desde que me prometí con Paolo, interés en la boda, todo el mundo tenía más ilusión que yo, pero con el tiempo iba conectándome más con el acontecimiento y los preparativos. Pero aquella noticia me había bloqueado por completo, no podía avanzar. No era solo por la preocupación por Leo, sino porque realmente era otra persona totalmente diferente a la que yo había conocido. El Leo que yo conocía era un chico común, con un trabajo normal, con los ahorros justos para vivir sin lujos ni ventajas, simpático, sociable, cariñoso, y en ningún momento me había demostrado ser materialista o superficial. Sin embargo el chico de los videos, era altivo, antipático, excéntrico, llevaba ropa de alta costura e iba en un coche de alta gama.

¿A quién había conocido durante esos días? Había estado fingiendo todo el tiempo, para tener algo con una chica común, fuera de su estatus social. Me parecía imposible, para mí había sido todo tan real, que todo eso me resultaba surrealista. María se estaba dando cuenta de que algo no iba del todo bien.

- Vicky, ¿te pasa algo? Estás como en las nubes.
- Mmmmm, no. Es solo por los preparativos de la boda, aún queda mucho que hacer y creo que no nos va a dar tiempo.
- Esperemos que sea eso.

Los dos me conocían bastante bien ya, me iba a resultar difícil seguir engañándolos, así que cambié la mentalidad y me concentré en los preparativos de la boda y en la elección del vestido.

Tras 20 vestidos y 3 copas de champán, lo encontré. Era blanco, un blanco limpio. La falda era de tul, de estilo princesa, la parte de arriba era un top que se ajustaba al cuerpo con un lazo en la espalda, como si de un corsé se tratase, no llevaba mangas ni tirantes, tenía el escote con forma de corazón, esa forma hacía que mi poco pecho saliera a la luz. Nada de pedrería ni encajes en ninguna parte del vestido, era sencillo, liso, sin adornos. La dependienta, al conocer mi gusto, trajo un cinturón azul eléctrico con un dibujo de unas rosa con unas piedrecitas simulando los diamantes. Al colocarlo alrededor de la cintura me enamoré por completo del vestido. Sentí que era el vestido con el que quería dar un paso más en mi vida, con el que sería capaz de comprometerme para siempre.

Porque yo siempre he creído en los “para siempre”, en que si realmente te casas con una persona, es para toda la vida, creo en “el amor para toda la vida”, parece un pensamiento de una persona chapada a la antigua, y a pesar de no gustarme las pasteladas y todos esos rollos románticos, creo

en el amor. Aunque, he de confesar que, Paolo ha hecho que empiecen a gustarme las ñoñerías románticas.

Eran las 20:35 cuando estaba llegando a casa tras un día de compras, agotador. María y Hugo eran incansables a la hora de ir a tiendas, yo, por el contrario, a las cuatro estaba ya exhausta, suplicándoles que me dejaran volver a casa, pero nada, mis suplicas eran en vano.

Paolo había vuelto antes del trabajo y estaba esperándome en casa, al entrar por las puertas un olor a pizza me animó. Venía cansada, y no solo físicamente, por la caminata del día, sino también mentalmente, no había parado de fingir durante todo el día que nada me preocupaba, pero el nombre de Leo había estado retumbando en mi mente durante todo el día. Al oler la comida de Paolo, los recuerdos me abordaron al instante. Leo, en la cocina de mi apartamento en Roma, el restaurante de la terraza, los paseos en moto, los rincones donde nos besábamos como adolescentes…

- Hola, ¿vas a quedarte ahí toda la noche?

Por el umbral de la puerta de la cocina apareció Paolo con un plato en la mano, sonriendo, con esa sonrisa tan característica de él, esa sonrisa que me conquistó.

- No, idiota. – Lo besé y solté el bolso y las llaves.
- Estabas en otro mundo. ¿En qué pensabas?
- En nada, tonterías.
- Para ser tonterías estabas totalmente abstraída del mundo.
- Es la boda, me tiene bastante agobiada, hay que preparar aún muchas cosas y creo que no nos va a dar tiempo. - A pesar de todo, la boda era una buena excusa, para esquivar las preguntas de todo el mundo sobre mi estado de ánimo.

Soltó el plato con la pizza en la mesa y me agarrón con las dos manos por la cintura, su cara y la mía quedaron a pocos centímetros de distancia.

- No te preocupes por eso, que si quieres mandamos todo al traste, llamo mañana al cura y nos casamos sin necesitar nada más.
- ¿Quieres matar a mi madre de un disgusto? Pensaba que nunca me casaría, y le faltó tirar cohetes y colgar una pancarta en el pueblo anunciándolo cuando se enteró.
- Entonces dejemos todo como está, no quiero que me suegra me corte las pelotas. Ha,ha,ha.
- Mejor será.
- Ya en serio. Si estás muy agobiada con la boda, contrato mañana mismo a un preparador de bodas y nos quitamos de preocupaciones.
- No te preocupes, ha sido solo la salida de hoy con María y Hugo, me han

saturado. En cuanto coma un trozo de esa pizza, estaré genial.

- Entonces, no sé que estamos esperando. Vamos a cenar.

Capítulo 31

Sacó a relucir esa sonrisa que me fascinaba, no sé que tenía, pero a pesar de llevar juntos más de un año me seguía eclipsando. Me acompaño hasta mi silla y la retiró para que pudiera sentarme, como hacía siempre que íbamos a comer.

Esos gestos eran los que había hecho que me enamorara de él, eran detalles tan insignificantes pero, a la vez, tan poco comunes que lo hacían especial.

La pizza estaba deliciosa y me estaba sentando genial, tras la mañana agotadora de compras, habíamos ido a comer algo a un bar, pero la calor y mi saturación desembocaron que mi estomago se cerrara y apenas había comido dos patatas desde esta mañana. Me disponía a recoger la mesa cuando Paolo me agarró la muñeca, extraña por la reacción lo miré intentando averiguar qué pasaba.

- ¿Estás agotada no? – Me miraba y sonreía de tal manera que dejaba entrever que algo más había preparado y que no iba a dejar de ninguna de las maneras que fregara los platos.
- Sí, pero los brazos no me los han quitado esos dos, con lo único que han acabado hoy es con mi paciencia, así que puedo fregar los platos. – Con aire de chulería y vacilona volví a recoger el plato que me había hecho soltar al agarrarme la muñeca y me giré en dirección a la cocina.
- Creo que no te ha quedado claro que no vas a fregar hoy, señorita. – Risueño y picarón me agarro de la cintura y me quitó el plato de la mano, con la mano que le había quedado libre.

Noté su pecho pegado a mi espalda y su olor tan cerca que se estaba impregnando en mi camiseta, medio sudada y que ya había perdido el olor a mi perfume.

- Muy bien señor mandón, pues me voy a la ducha. – mi gesto era de niña pequeña enfada, cambié mi dirección pero también me lo impedía.
- Vete al sofá un ratito, pronto podrás ducharte. Déjame que te mime, por favor, últimamente no dejas que haga nada por ti. – Me agarró de los hombros y me redirigió hasta el sofá. Lo notaba demasiado contento, su sonrisa no había cambiado en toda la noche.

Una vez sentada en el sofá, encendió la televisión, aun estaba el canal que había dado la noticia de Leo esa mañana, me quitó los zapatos, mis pies lo agradecieron, sentí alivio y libertad al separar de mi aquellos tacones. Por la mañana no había pensado en la caminata que me esperaba, sino, mi calzado habría sido diferente. Se llevó los tacones a la habitación y se dirigió al baño, encendió la música, supuse que se estaría duchando, no le

habría dado tiempo.

Diez minutos después se abrió la puerta del baño y solo dejo ver la cabeza, como si de un caracol se tratase. Sonreía pícaramente, parecía que la noche iba a ser animada, pero yo estaba demasiado cansada para jueguecitos.

- Ya puedes venir a ducharte.
- ¿Ya tengo permiso? – Mi desgana hizo eco en mi voz. Percibí como levantaba una ceja extrañándole mi actitud.
- Hoy estas muy rara, anda ven. - Mientras me dirigía a la puerta iba abriéndola lo justo para que pudiera entrar sin que me adelantara ningún detalle de la sorpresa.

Supuse que estaría desnudo y quería que nos ducháramos juntos, no solíamos hacerlo, nuestros horarios en el trabajo no eran muy compatibles, y cada uno se duchaba a una hora diferente.

Cuando crucé el umbral de la puerta, estaba oscuro, tan solo cuatro velas, alrededor de la bañera, alumbraban la habitación, pasaron algunos segundo hasta que mis ojos se acostumbraron a esa iluminación, en ese tiempo noté un olor a rosas mezclado con un olor dulce que no pude reconocer que era, pero no me resultaba familiar. Escuché como Paolo cerraba la puerta y se situaba a mi espalda agarrando suavemente mi camiseta, trataba de deshacerse de ella, lo noté con dificultades y tras un par de carcajadas le ayude a quitarla, la dejó caer al suelo. Al subir su mano, fue a mi cintura, agarrándola e impulsándola para volverme y quedar así, frente a él. Estaba completamente desnudo, en la penumbra se podía diferenciar cada parte de su cuerpo, un cuerpo esculpido por los dioses, nunca antes me había fijado tanto en él, igual era porque la noticia de Leo me estaba cambiando la forma de verlo todo.

Me estaba dando cuenta que él único chico que creía que no me había mentido, era el que había creado una nueva vida para conquistarme, la mentira más grande que jamás había vivido. Seguramente esa idea hizo que algo en mi cabeza diera la vuelta, y cuando Paolo cerró la puerta del baño me di cuenta de la suerte que tenía con él. Había llegado cansado del trabajo y se había preocupado de preparar la cena y esta sorpresa en el baño.

Capítulo 32

Estaba apreciando cada musculo de su torso, dibujando con mi dedo cada línea percibida, su pecho, sus abdominales, sus oblicuos… no solo me estaba dando cuenta de la perfección de su cuerpo sino que cada vez que lo miraba me parecía más guapo, más atractivo, los hoyuelos que se le formaban al sonreír siempre me habían gustado, pero aquella noche me resultaban más sexy, el flequillo se dejaba caer a un lado de la cara de niño bueno, debido a la humedad que se estaba concentrando en la habitación. No tenía unos ojos que fueran especialmente destacables, eran marrones, pero a me estaban pareciendo más bonitos que cualquier ojo de otro color menos común. Su voz, dulce, cálida y varonil, hizo que dejara de embobarme en el que, en un tiempo, iba a ser mi marido.

- ¿En qué piensas? Hoy te noto distraída. – estaba agarrado a mi cintura y su boca se había pegado a mi oreja para susurrarme esas palabras.
- Pensaba en ti, en nosotros. – Separé su cabeza de mi cara, quedando el uno frente al otro y así poder mirarnos a los ojos, llegaba el momento de ser sincera y contarle lo que había vivido en Roma. Tenía miedo, no sabía cómo se iba a tomar aquella noticia, había pasado casi dos años de mi viaje, pero iba a ser mi futuro marido, no podía ocultarle una información así. - En que tengo que contarte algo que pasó hace tiempo.
- Me estas asustando. – su cara mostraba preocupación, a través de la penumbra podía percibir como fruncía el ceño, intrigado por la información que iba a recibir.
- No te asustes, es algo que quería contarte desde hace tiempo, pero no he encontrado el momento. – Hice una pausa para separarme de él, cogerlo por las manos y poder mirarlo con una mayor perspectiva. – Y ahora, estaba mirando lo perfecto que eres y lo fantástico que eres conmigo y necesitaba sincerarme contigo.
- Eres demasiado exagerada, además, llevamos ya un tiempo juntos como para que tengamos confianza el uno en el otro. – Me soltó una mano y se dirigió a la bañera guiándome tras él, estaba llena de agua caliente, la cubría una capa de espuma y pétalos que no dejaban ver el agua. Desabrochó el botón de mi pantalón, y agarrando las bragas junto al vaquero, acompañó hasta el suelo ambas prendas, mientras él se encargó de la parte inferior yo me desabroche el sujetador para quedar completamente desnuda. Metió un pie en el agua y me tendió la mano para que hiciera lo mismo. – Venga, no creo que sea algo tan urgente que no pueda esperar a que nos demos un baño.
- Tienes razón. – Le agarré la mano que me había tendido y nos metimos en el agua.

Estaba caliente, casi quemaba, pero no me importaba, a pesar del calor que había pasado esa mañana, necesitaba un baño de agua caliente.

Nos sentamos en la bañera, el estaba detrás de mí, su pecho estaba en contacto con mi espalda, sus brazos me rodeaban y abrazaban, me estaban abrazando con fuerza, notaba el miedo que había dentro de él. No le había dado importancia a mis palabras, pero sus gestos y su silencio decían lo contrario.

Soltó mi cintura e inclinó mi cuerpo hacia delante, notaba como sus manos se deslizaba por mi cuello apartando el pelo de mi espalda. Poco a poco sentía como sus dedos hacían presión en mis hombros, mi cuello y mi espalda, era una presión agradable, un poco molesta a veces, pero al momento volvía a ser relajante. Mientras masajeaba mi espalda, mi mente era un avión a punto de despegar, iba tan deprisa que no sabía ni por dónde empezar a contarle la historia. Decidí romper el silencio que se había creado empezando por el principio.

Capítulo 33

- Cuando pasó lo de Melissa y me fui a Roma, fui con la intención de olvidarme de ti, necesitaba distraerme y perderme, vivir experiencias nuevas para así no estar comiéndome la cabeza. Allí conocí a un chico. – noté que sus manos dejaron de ejercer presión sobre mi cuerpo por un momento, se estaba concentrando en lo que le estaba contando. – ese chico me hizo olvidarte por un tiempo, me enseñó Roma, me llevó a los rincones más especiales de la ciudad…

- ¿Te lo tiraste? – No me dejo acabar la frase.

- No me lo tiré, Paolo, nos dimos unos cuantos de besos. – Me molestó que me hiciera esa pregunta y mi tono de voz hizo eco de mi desaprobación. Noté como su pecho se destensaba y expulsaba el aire que había contraído desde que le nombré al chico. – Pero no hubieras podido reprocharme nada, tú lo hiciste con Melissa, por lo tanto, estaríamos en empate. Pero no, no me lo tiré, ni siquiera dormimos juntos. – Sentí más alivio tras mi espalda. – Pero sí sentí algo por él. Esos días fueron increíbles, y me enseñó muchísimo sobre mi misma que no conocía. – De nuevo la tensión volvió a su cuerpo.

- Y ahora me vas a decir que "no puedes casarte conmigo porque te has dado cuenta de que estas enamorada de él". – Ese comentario me cabreó tanto que cambió mi tono de voz, denotando el cabreo que me había provocado con esa frase.

- No, sabelotodo. Cállate y déjame terminar.

- Ok. – me relajé de nuevo y seguí con la historia.

- Pensaba que ya te había superado y me estaba pillando por él, pero no, apareciste tu, en el portal y se me calló el mundo, aquella noche no dejé de llorar, por la impotencia que me seguías provocando. – me abrazó con fuerza, se sentía culpable de aquellas lágrimas. – me fui un par de días fuera de Roma para que ninguno de los dos me pudierais localizar y cuando volví fui a buscarte, te necesitaba.

- Yo también te necesitaba, por eso fui a buscarte y pedirte perdón, no podía esperar a que volvieras, me pedí los días en el hospital y me fui a

buscarte. – Infinitos besos recorrían mi cabeza, podía notar el calor de sus labios atravesar mi pelo.

- El ramo, traía una nota, la tiré antes de ir a buscarte, pero cuando volví, busqué entre la basura, y supe que el ramo no era tuyo. – Tragaba saliva, sabía que lo había pillado.

- Pensaba que te lo habrían llevado ya, encargué un ramo a recepción, pero al parecer, ese no era el mío. – Puede que fuera verdad lo que me estaba contando, Mara me envió un mensaje a los dos días de estar en España, diciéndome que había llegado otro ramo, pero esta vez, sin nota.

- Da igual, la cuestión es que nunca más supe del chico hasta hoy. – La tensión llegaba ya hasta sus pies, no dejaban de moverse, sus muslos, alrededor de los míos, estaban duros, tensos. – Hoy en las noticias, ha salido ese chico, resulta que no es nada de lo que me contó, no era un chico común de Roma, sino que se había creado toda una vida para contarme a mí, el chico es de una de las familias más ricas de Italia. Me he sentido engañada, como cuando tú me engañaste, bueno, lo tuyo no sé si fue peor. En resumen, tras enterarme de esto, me he dado cuenta de la suerte que tengo de tenerte y quería confesarte el único secreto que te escondía. Si tú tienes algo que contarme, es el momento. – Pensaba que al escuchar esas últimas palabras se relajaría, pero seguía tenso, me daba la sensación de que él también me ocultaba algo.

- Te quiero Victoria, no quiero que te separes más de mí. – No era tensión, sino miedo, miedo de perderme, de que lo dejara por Leo.

- Yo también te quiero, y he de decirte que al principio tenía dudas sobre la boda, pero hoy me he dado cuenta de que quiero una vida contigo, confío en ti, y espero que no me mientas nunca más. – Mis pechos quedaron apretados entre sus brazos y mi cuerpo, me estaba abrazando tan fuerte que parecía el fin del mundo.

- Nunca más te volveré a mentir. Yo también tengo que serte sincero. – Cogí sus brazos y los separé de mi pecho, estaba empezando a temblar, volví a recordar aquella escena, él y Melissa en el sofá. – No me tiré a Melissa, teníamos intención de hacerlo, pero yo me quedé dormido debido a la borrachera que acarreaba ese día, volví a quedar con ella al día siguiente pero ya no la veía con los mismos ojos. – volví la cara para

mirarlo.

- ¿En serio? – Pensaba que aquello había quedado ahí, en aquel día, pero no.

- Sí, en serio. Pero no sentía deseo por ella, había sido el alcohol lo que me había confundido. Cuando volví aquel día a casa, sentí impotencia de no tenerte, de que hubieras tenido que presenciar esa escena. – Recordaba cada minuto de ese día y me imaginaba lo que podía haber pasado, la rabia se estaba apoderando de mí. – No podía buscarte porque me sentía sucio, rastrero y no creía que mereciera tu perdón.

- Deberías haber venido a buscarme, esperaba que lo hicieras. – Me acariciaba el pelo mientras me contaba lo que había sentido, eso gesto me había relajado desde que era pequeña.

- No creas que no lo pensé, pero tenía miedo, por eso solo te escribía. Y cuando decidí venir te habías ido. Ni te imaginas la de noche que me quedaba dormido llorando, pensando que te había perdido para siempre. – Esas palabras hicieron que se me encogiera el corazón. - Te quiero Victoria, de verdad de que te quiero, no te separes jamás de mí. – Su voz temblaba al decir esas palabras, realmente estaba sacando sus sentimientos a pasear, estaba desnudando su interior.

Me giré en la bañera, como pude, y me arrodille entre sus piernas frente a él. Lo besé dulcemente, quería trasmitirle en ese beso, que estaba allí con él y que no me iría, que no era necesario que tuviera miedo a perderme, que me quería quedar con él para siempre.

Capítulo 34

El agua de la bañera se había enfriado mientras habíamos perdido la noción del tiempo entre besos, caricias y susurros. Salí de esa bañera, divertida y animada por la canción que estaba sonando, *Today is Yesterday's Tomorrow* de Michael Bublé, realmente esa alegría no se debía a los acordes de la canción, sino a que me sentía aliviada por haber descargado la mochila del remordimiento por no habérselo contado en su momento.

Él compartía actitud conmigo, y en cuando salió de la bañera, a los pocos segundos de mi, se acercó a mí, me agarró de la cintura y convertimos nuestro cuarto de baño en una pista de baile, divertidos, girábamos, movíamos las caderas, los pies… Después de ese día, tan agotador con aquellos dos, me estaba divirtiendo, a pesar de mi cansancio. Cuando la canción dejó de sonar y continuó una más lenta, más suave, Paolo, me acercó más a él, quedando así, mi pecho pegado al suyo. La actividad y la energía que nos había producido la canción anterior, disminuyó progresivamente, seguíamos riéndonos, pero este baile era más dulce. Me agarraba de la cintura de una forma tan delicada que parecía que en cualquier momento me podía partir, yo me dejaba llevar tras sus pasos, eran lentos, elegantes, pausados. No dejé acabar la canción cuando me separé de él y me dirigí a la puerta para abrirla.

Yo lo miraba divertida, juguetona, incitándole con mi mano que me siguiera. Desnudos y aún bastante mojados nos dirigimos al dormitorio, donde hicimos el amor durante un par de horas. Podía disfrutar plenamente de mi futuro marido, ya que los miedos habían desaparecido y no había ningún secreto entre nosotros. Al fin, éramos libres para querernos, sin ningún peso que sujetar, ambos habíamos decidido continuar con nuestra relación y nuestros planes tras haber sido sinceros.

A la mañana era como empezar una nueva relación con él, podía poner todos los sentidos en nuestra relación, ya no había nada que temer, no volvería a empezar un nuevo día con remordimientos y miedo, pensando en el "¿y si se entera hoy?". Mi piel desprendía energía, positividad, alegría… Quería casarme en ese mismo instante con él, no quería esperar más, la conversación de la noche de antes había servido para darme cuenta de lo que quería en realidad, a pesar de las dudas que me había surgido durante todo el día.

Había pensado en tirar una moneda al aire para aclararme, y dejarlo en manos del azar. Dicen que cuando tiras una moneda al aire para tomar una decisión, justo antes de que caiga la moneda al suelo ya has tomado la decisión, es ese preciso instante, en el que le moneda da vueltas por el aire antes de marcar una de las dos opciones, en el que en tu mente ya sabes lo que quieres que salga, pero el problema surgía en el momento en

el que yo no quería saber el resultado de ese juego.

Cuando me levanté de la cama, tarde como siempre, me dirigí a la cocina con la intención de coger cualquier pieza de bollería o fruta, o lo que fuera para ir comiéndomelo por el camino y para mi sorpresa me encontré el desayuno hecho, un zumo de naranja y una tostada, que aún estaba templada, estaba acostumbrada a que Paolo tuviera gestos como ese conmigo, pero un simple desayuno había hecho que me emocionara, sentí como mis ojos acumulaban lágrimas que poco a poco caían sobre mis mejillas. ¿Por qué estaba llorando? Por un momento pensé que podría ser la culpabilidad, pero era imposible, ya me había liberado de esa carga. En ese momento me convencí de que había sido una forma de liberar toda la tensión acumulada.

Me fui al trabajo sin darle más importancia e intentando pensar la forma de adelantar la boda, no solo era porque había aclarado mis sentimientos y me sentía más segura que nunca de casarme con él, sino también por los preparativos, me estaba sacando de quicio, estaban empezando a afectarme demasiado, tenía los nervios a flor de piel, vivía en una tensión constante de la que no iba a fluir nada bueno si la situación duraba mucho tiempo.

Capítulo 35

Esa tarde había quedado con María y Hugo para seguir con los preparativos de la boda, nada más llegar, les propuse mi idea, aún desconocida por Paolo, de adelantar la boda, sabía que iban a poner el grito en el cielo y estaba algo nerviosa por comunicarle mi intención.

- Llevo todo el día dándole vueltas a la idea de que debería adelantar la boda, siento que, si esto dura mucho más, no llegaré al día de la boda para contarlo. – mi risa nerviosa se hacía presente, necesitaba su apoyo con esta idea, pero conociéndolos, me tratarían de loca.
- ¿Qué mosca te ha picado? – La cara de María estaba totalmente desencajada, nos conocíamos desde pequeñas y nunca había tomado una decisión de esa envergadura a la primera. Estuve 3 meses decidiendo la carrera que estudiar, y ella, la pobre, estuvo dándome consejos en todo momento sobre las opciones que me gustaban, hasta que finalmente me decidí. Por lo que no me extrañaba su reacción.
- Tendremos que darnos más prisa con todo, pero si tú quieres adelantarla, es tu decisión. – La reacción de Hugo no era la que había esperado, pero agradecí ese apoyo que me había brindado.
- Es que me he dado cuenta de que no quiero esperar más, de que yo no tengo dudas y los preparativos me están saturando. – En ese momento mis ojos se volvieron a inundar de lágrimas, el labio me temblaba, quería seguir explicándoles los motivos, pero la voz se resistía a salir de mi cuerpo.
- Oye, ¿Qué te pasa? Tú no estás bien, ¿verdad? – Al segundo tenía a Hugo abrazado a mí y acariciándome el pelo.
- Ya decía yo que todo esto era muy raro, ¿te ha hecho algo Paolo? Te aseguro que esta vez lo mato con mis propias manos. - María me agarró las manos y me las apretaba conforme iban saliendo esas palabras de su boca, su voz era de rabia e impotencia, una impotencia que estaba yendo directa a mis manos, me las estaba agarrando con tanta fuerza que podía sentir su rabia. Quité rápidamente las manos de entre las suyas, me estaba empezando a hacer daño, sentía como mis dedos se quedaban sin circulación debido a la presión que estaba ejerciendo sobre mí.
- ¡Aaauuu! Qué bruta eres, no es nada con Paolo, con él está todo perfecto, es solo que necesito quitarme ya toda esta tensión de encima, nada más. ¿Me ayudareis? – Los miré a los dos con carita de pena, era mi último recurso, aunque en el fondo sabía que me ayudarían.

Y así fue, los dos aceptaron ayudarme para poder adelantar la boda y poder casarnos en 3 semanas.

Cuando llegué a casa Paolo aun no estaba allí, por una vez me gustó que no hubiera llegado antes que yo, así podría preparar la forma de enfrentarme a como decirle la idea que había tenido, no creía que su respuesta fuera a ser negativa pero aún así temblaba como si un

terremoto se hubiera apoderado de mi, de mi boca, de mi cuerpo.

Al fin escuche que una llave se introducía en la puerta y al instante se abría. Acostumbrado a ser el primero en llegar no saludo. Yo me encontraba en la habitación a oscuras, dándole mil vueltas a la forma en la que iba a contarle todo lo que había pensado, por lo tanto tampoco tenía ninguna pista que le pudiera indicar que había alguien en casa. Escuchaba como soltaba las llaves en la mesa y a continuación sus pasos se dirigían firmes hacía el dormitorio. Conforme el ruido de los pasos se hacía más sonoro más se aceleraba mi pulso, había ensayado mil veces el discurso y ahora no sabía cómo empezar.

Capítulo 36

Abrió la puerta, que estaba entornada, encendió la luz, nunca imagine que mi respiración podría acelerarse de esa forma. Cuando me vio se sobresaltó, no me esperaba allí, no esperaba a nadie, como siempre. Pero rápidamente se acercó a mí, a la cama y me obligó a tumbarme, en su cara podía notar la preocupación. Yo notaba como las manos se me acolchaban la vista se me nublaba y la respiración cada vez se aceleraba más, poco a poco notaba como mi cuerpo perdía la fuerza y la impotencia me hacía llorar. Veía a Paolo preocupado, él sabía lo que me estaba pasando, pero decidió llamar a una ambulancia para que me realizaran unas pruebas y poder certificarlo. Tenía los ojos cerrados y notaba como su voz sonaba cada vez más lejos, hasta que dejé de escucharla.

Cuando volví a abrir los ojos me encontraba en una habitación del hospital donde trabajaba Paolo, tenía una vía puesta en el brazo izquierdo, una mascarilla en la cara, algunas pegatinas pegadas alrededor de mis pechos, conectadas a unos cables que desembocaban en una máquina que media mi pulso y una pinza en el dedo índice de la mano derecha. Al darme cuenta de la situación me agobié y empecé a llorar sin control. Vi como Paolo se acercaba a mí para tranquilizarme y explicarme lo que había pasado.

- Cariño, estas despierta. – decía entre una mezcla de alivio y entusiasmo. – Has tenido una crisis de ansiedad, pero no estaba seguro al cien por cien de que solo fuera eso y he querido traerte al hospital para descartar que fuera otra cosa. – me acariciaba las mejillas para limpiarme las lágrimas. – Estamos esperando los resultados de la prueba que te acabo de hacer, y si todo esta como espero, nos podemos ir a casa.

- ¿De verdad esta todo bien? – le preguntaba asustada entre sollozos.

- Si, estate tranquila cariño, que no hay nada por lo que preocuparse. – mientras me intentaba tranquilizar con aquellas palabras me quitaba la mascarilla que ocupaba más de la mitad de mi cara. - ¿ Porqué te has puesto tan nerviosa? – aquella pregunta me hizo recordar lo que había desembocado esa situación y mi pulso empezó a acelerarse progresivamente, los dos lo podíamos observar en la maquina conectada a mi pecho.

- Es que tenía que hablar contigo de algo importante. – Seguía aumentando mi pulso, Paolo se empezó a preocupar sin dejar de observar la máquina. Se dirigió al gotero y aumentó la velocidad con la que entraba el líquido en mi cuerpo. Poco a poco sentía como me relajaba y mi pulso

disminuía. Empezó a entrarme sueño, pero necesitaba decirle lo que llevaba pensando toda la tarde. Me dirigí a él con la voz algo débil. – Paolo quiero adelantar la boda, me quiero casar contigo en 3 semanas.

- Como si quieres que nos casemos mañana mismo, cariño. – entre la pesadez de mis parpados pude apreciar su sonrisa cariñosa y su mirada dulce al emitir esas palabras.

Me dejé llevar por el sueño y cuando desperté ya estaba en mi cama con Paolo sentado a mi lado, observándome, sin perderse ningún detalle.

- Hola cariño, ¿cómo te encuentras? – decía mientas me acariciaba el pelo.
- Estoy mucho mejor. ¿Está todo bien de verdad? – la preocupación se presentaba de nuevo en mi rostro. - ¿no tengo nada raro? – Paolo no pudo evitar soltar una carcajada al escuchar esa última pregunta.
- Sí, tienes raro el humor, a días, solo eso. – Volvió a soltar otra carcajada. Lo miré seriamente y dejó de reírse, se dio cuenta que no me estaba resultando gracioso. – Estás más sana que una pera, cariño, no tienes por qué preocuparte de nada, ha sido solo un susto, un ataque de ansiedad debido a la presión a la que ha estado sometida tu mente todo el día.
- Gracias por cuidarme tanto. – Me incorporé para abrazarlo, pero él estuvo más rápido que yo, me volvió a tumbar y me abrazó.
- Túmbate, aún puedes marearte un poco. Yo estoy aquí para lo que te haga falta. – me besó la frente y se recostó a mi lado.

Aquella noche noté que durmió poco, era como si algo lo incomodara o lo preocupara, en mitad de la noche, al notar que se había levantado un par de veces en pocos minutos, me incorporé en la cama y al llegar a la habitación me encontró despierta y con la luz encendida.

- Oye, ¿Qué haces despierta a estas horas? – me dijo mientras se dirigía a mi lado de la cama para sentarse. – ¿te encuentras bien? – me preguntó preocupado.

- Sí, estoy genial. Pero veo que tu no, estas inquieto, ¿qué te pasa? – le cogí la mano mientras emitía mi pregunta, con la intención de que fuera sincero y no se escaqueara con cualquier excusa barata.

- Es solo que no sé cómo hacerlo para tenerlo todo listo si nos casamos en 3 semanas. – decía mientras se peina con los dedos nervioso.

- María y Hugo nos ayudaran, pero no hace falta que hagamos todo lo que tenías previsto. – intentaba justificar mi decisión. – podemos hacerlo todo

más sencillo, más pequeño.

- Tienes razón. – Me besó la frente y se acostó a mi lado.

Capítulo 37

Con la ayuda de María y Hugo todo resulto más fácil, las semanas siguientes fuero un caos o más bien una locura, íbamos de aquí, allá, nuestro teléfono sonaba a todas horas y no descansábamos ni para comer. Debido a esta rutina, tan estresante perdí más de 2 kilos, con la mala suerte de que el vestido me quedaba grande y no quedaba tiempo a penas para arreglármelo. Aunque he de reconocer que la costurera de la tienda del vestido de boda, fue un ángel, la mujer estuvo trabajando a contra reloj para tener el vestido listo un par de días antes de la boda.

Habíamos decidido irnos de viaje de novios a Cuba, pero al adelantar la boda, nos saldría por un pico, por lo que tomamos como alternativa irnos a Roma, así borraría los recuerdos con Leo y crearía nuevos recuerdos con el que ya sería mi marido. También habíamos complementado el viaje con 15 días en Amalfi, en la costa italiana. Era difícil ver Roma en 5 días, pero para cambiar recuerdos, eran más que suficientes.

Un día antes de la boda, Paolo y yo, decidimos que no nos volveríamos a ver hasta el momento de entrar a la iglesia, así tendríamos tiempo para prepararnos sin presiones, estar con nuestras familias y no contagiarnos los nervios. Aquel día la tila fue mi mejor aliada, no me había terminado una cuando ya me estaba calentando la siguiente, tenía los nervios a flor de piel y empezaron a surgirme las dudas.

"¿y si no es el adecuado? ¿y si estoy estropeándome la vida? Si estábamos bien sin casarnos, no entiendo porque nos teníamos que complicar la vida."

Mientras daba tumbos por la casa esperando la llegada de María y Hugo, mi teléfono recibió un mensaje, al principio pensé que podía ser Paolo que me echaba de menos, pero no, no era él.

"Hola Victoria.

Quisiera darte de la enhorabuena por el matrimonio que mañana será un hecho, te mereces lo mejor. Te envío mi leyenda favorita, para que la interiorices y la leas, espero que te guste tanto como a mí, la conserves y recuerdes siempre.

Cuenta una leyenda oriental que las personas destinadas a conocerse tienen un hilo rojo atado en sus dedos. Este hilo nunca desaparece y permanece constantemente atado, a pesar del tiempo y la distancia. No importa lo que tardes en conocer a esa persona, ni importa el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si vives en la otra punta del mundo: el

hilo se estirará hasta el infinito, pero nunca se romperá.

Este hilo lleva contigo desde tu nacimiento y te acompañará, tensado en mayor o menor medida, más o menos enredado, a lo largo de toda tu vida. Así es que, el Abuelo de la Luna, cada noche sale a conocer a los recién nacidos y a atarles un hilo rojo a su dedo, un hilo que decidirá su futuro, un hilo que guiará estas almas para que nunca se pierdan…La leyenda versa así:

"Hace mucho tiempo, un emperador se enteró de que en una de las provincias de su reino vivía una bruja muy poderosa, quien tenía la capacidad de poder ver el hilo rojo del destino y la mandó traer ante su presencia. Cuando la bruja llegó, el emperador le ordenó que buscara el otro extremo del hilo que llevaba atado al meñique y lo llevara ante la que sería su esposa. La bruja accedió a esta petición y comenzó a seguir y seguir el hilo. Esta búsqueda los llevó hasta un mercado, en donde una pobre campesina con una bebé en los brazos ofrecía sus productos. Al llegar hasta donde estaba esta campesina, se detuvo frente a ella y la invitó a ponerse de pie. Hizo que el joven emperador se acercara y le dijo: «Aquí termina tu hilo», pero al escuchar esto el emperador enfureció, creyendo que era una burla de la bruja, empujó a la campesina que aún llevaba a su pequeña bebé en brazos y la hizo caer, haciendo que la bebé se hiciera una gran herida en la frente, ordenó a sus guardias que detuvieran a la bruja y le cortaran la cabeza.

Muchos años después, llegó el momento en que este emperador debía casarse y su corte le recomendó que lo mejor era que desposara a la hija de un general muy poderoso. Aceptó y llegó el día de la boda. Y en el momento de ver por primera vez la cara de su esposa, la cual entró al templo con un hermoso vestido y un velo que la cubría totalmente… Al levantárselo, vio que ese hermoso rostro tenía una cicatriz muy peculiar en la frente."

Un hilo rojo al que no podremos imponer nuestros caprichos ni nuestra ignorancia, un hilo rojo que no podremos romper ni deshilachar. Un hilo rojo directo al corazón, que conecta a los amores eternos, a los profundos, esos que simbolizan el antes y por los que no hay después.

Espero que te haya gustado y verte pronto por Roma.

Un beso.

Mara.”

Capítulo 38

Aquel mensaje no me dejó indiferente, ¿cómo sabía que me casaba al día siguiente?, dando vueltas por mi casa, con la taza de tila a punto de desbordar, volvía alpensamiento que llevaba todo el día en mi cabeza, mis dudas se hicieron más latentes, hasta que por fin llegaron María y Hugo. El ruido del porterillo me había sacado de esa espiral sin fin en la que había vuelto a caer. Dicen que es normal que te entren dudas antes de casarte, pero yo no lo estaba viendo tan normal. Gracias a ellos desconecté de todo tipo de pensamiento sobre un futuro con Paolo y empezamos con la sesión de belleza y champán, previa a la boda.

Esa noche no fui capaz de dormir más de dos horas seguidas. Una y otra vez me despertaban mis dudas y los nervios.

Las 7:00 de la mañana, me había quedado dormida, me despertó María a voces entrando en mi habitación.

- ¡VAMOS! ¡VENGA, LEVANTA! ¡QUE SE NOS HACE TARDE! – abrí los ojos poco a poco, la luz de la ventana me molestaba. Al segundo vi como María se acercaba a mí, me agarraba del brazo y me sacaba a tirones, literalmente, de la cama.
- ¡TIA, RELAJATE! Que la que se casa soy yo y hay tiempo de sobra. – Le reclamé.

Hizo caso omiso a mis palabras, me llevo al comedor a rastras, allí estaba Hugo esperándonos con el desayuno en la mesa.

- Buenos días guapa, ¿cómo has dormido? – me preguntó desde su silla mientras untaba la mantequilla en el pan.
- La verdad, es que he dormido poco, los nervios no me dejaban, y encima ha llegado esta – señalé a María – a despertarme a voz limpia, pues imagínate. – Hugo reía al imaginarse la escena, que no había visto, pero sí escuchado.

Desayunamos con alguna presión por parte de María y quejas por mi parte. Comenzaron a prepararse ellos mientras yo me duchaba y esperaba a que llegara una amiga de Hugo, que era peluquera, para peinarme.

Las horas pasaron más rápido de lo que había imaginado y cuando me quise dar cuenta, iba en el coche de camino a la iglesia. Mis nervios brotaban hasta mis extremidades haciéndolas temblar, el tráfico estaba aumentando mi inquietud. Parados en un semáforo el teléfono de María sonó, alguien la llamaba.

- ¿Sí? – contestó al segundo. Al otro lado escuchaba una voz femenina, pero no sabía a quién le correspondía. Conforme la mujer iba hablando, a

María le cambiaba la cara, notaba como se ponía blanca y se le descomponía la cara, a la vez que mis nervios se hacían más acuciantes. – vale, no te preocupes. – Intentaba transmitir que no ocurría nada, pero su cara la delataba. Colgó el teléfono y me sonrió.
- ¿Qué pasa María? – le dije, mientras mi labio inferior empezaba a temblar. Hugo se giró desde el asiento del copiloto hacía atrás, donde nos encontrábamos nosotras, para comprobar lo que sucedía.
- No pasa nada, es solo que el cura está desesperado porque vamos tarde y dice que después tiene un bautizo. – Su cara seguía descompuesta, había algo muy gordo que me estaba ocultando, Hugo volvío a mirar al frente, sospechando lo que ocurría.

No me apetecía seguir con esa conversación, sabía que no me lo iba a decir y no llevaría a ningun lado, por lo que la ignoré y me dediqué a mirar por la ventana e intentar controlar los nervios. De la misma forma que el tráfico avanzaba, una sensación extraña recorría mi estómago, no sé si llamarlo miedo, nervios, pero no era una sensación agradable. En ese momento estaba tan bloqueada que no era capaz de contar lo que me ocurría, mi mente se había colapsado y reaccionaba mecánicamente, ni siquiera me estaba preocupando la conversación que María había tenido por teléfono minutos antes, no era capaz de pensar, mi mente estaba en blanco.

Al fin llegamos a la puerta de la iglesia. Al bajarme del coche y sentir el aire en la cara me alivie un poco, el estar encerrada en el coche, más de media hora, me había provocado agobio, sentía que me faltaba el aire, y al salir, esa sensación desapareció un poco.

Esperaba que mi padre estuviera en la puerta para llevarme al altar del brazo, pero en la puerta no había absolutamente nadie, pero seguía tan bloqueada que no me daba cuenta de que ese detalle igual tenía algo que ver con la llamada anterior en el coche.

María salió por la otra puerta y me agarró de la mano, en dirección a una puerta secundaria de la iglesia que culminaba en una de las habitaciones en las que impartían las clases de catequesis. Hizo que me sentara y le pidió a Hugo que se quedara conmigo mientras ella se esfumaba como una polvorilla por la puerta que conectaba a la iglesia. Era imposible que dejara de temblar, no podía articular palabra, sabía que pasaba algo, pero no era capaz de reaccionar, de gritar, de moverme, de preguntar, estaba en estado de shock y me resultaba imposible reaccionar ante nada.

A los poco minutos volvió María, su cara mostraba que la situación, de la cual yo estaba ajena, había empeorado. Se acercó mí con la intención de contarme lo que pasaba, me daba miedo, no sabía si quería escuchar lo que su boca iba a promulgar, intuía que algo le había sucedido a mi padre y ese pensamiento hizo que empezara a hiperventilar.

Capítulo 39

- ¿ Que está pasando? - le pregunté a María, medio mareada, por el exceso de aire que acumulaba mi cerebro.
- Antes de nada, quiero que respires hondo, que te relajes un poco. – Se agachó y me agarró las manos, me las acariciaba con sus pulgares tratando de tranquilizarme.
- ¿QUÉ COJONES ESTÁ PASANDO? – pregunté histérica, soltándome de las manos de María.
- A ver cómo te digo esto – se levantó y se sentó a mi lado, estaba visiblemente nerviosa, le temblaban las manos, casi tanto como a mí. – Paolo no ha llegado y no coge el teléfono, lo ha llamado toda su familia, pero no contesta a las llamadas ni a los mensajes. Han llamado a los hospitales y a la policía, pero tampoco hay noticias de él. – No podía dar crédito ante lo que estaba escuchando, no podía ser real, no me podía estar pasando a mí. Le tenía que haber pasado algo, era imposible que me hubiera dejado plantada, no había pasado nada entre nosotros para que se diera esa situación.

Empecé a sentirme peor, poco a poco sentía como mi cuerpo perdía fuerza, mi visión era borrosa y me hormigueaban las manos. No me había dado cuenta de que seguía hiperventilando y finalmente mi cerebro desconectó, dejándome inconsciente. Cuando abrí los ojos, estaba tumbada en el suelo de la misma habitación y a mi alrededor podía divisar, aún con la vista algo borrosa, a la madre de Paolo, tenía la cara descompuesta, supuse que era por el conjunto de circunstancias que se estaban dando, mi desmallo, la ausencia de Paolo sin noticias… Mis padres también estaban a mi alrededor, mi madre estaba llorando, imaginé que la situación la había superado, era muy susceptible y a la mínima, podías encontrarla llorando. Mi padre, tenía una mezcla entre preocupación y cabreo que, conociéndolo, era mejor que no aumentara, porque tenía un pronto bastante malo. María y Hugo estaba sentados, sin quitarme ojo de encima, y en cuanto vieron que abrí los ojos, se acercaron a mí.

- ¡VICKY! ¡Estás despierta! ¿Cómo estás? – dijo María preocupada, mientras me acariciaba el pelo y me ayudaba a incorporarme.
- Estoy bien. – dije nerviosa, mirando a todos lados, buscando a Paolo, como si se hubiera tratado de un sueño. - ¿Dónde está Paolo? – pregunté algo aturdida. Se miraron entre todos sin darme respuesta, creando un ambiente bastante tenso.
- A ver, cariño, Paolo aún no ha llegado, pero seguro que hay una razón para este retraso, es inusual en él. – me dijo la madre de Paolo, con una mezcla entre inseguridad y cariño en su rostro. Ni ella estaba, totalmente, segura de que su hijo fuera a aparecer por la iglesia.
- María, necesito mi móvil. – las palabras salieron de mi boca en un tono imperativo que asustaron a María, hizo que se pusiera más nerviosa de lo que ya estaba y, torpemente, buscaba mi móvil en su bolso. Tras tener

que sacar todo lo que llevaba en un bolso, que no era muy grande, encontró mi móvil y me lo dio.

Marqué el número de Paolo y todos me observaban expectantes mientras en mi oído sonaban los pitidos de la llamada. No obtuve respuesta, como los que ya lo habían intentado, no me rendí y volví a intentarlo al menos cinco o seis veces más, con el mismo resultado. Sin respuesta. Revisé el Whatsapp, con la intención de encontrar algo que no cuadrara en la conversación que había mantenido con Paolo los últimos días, algo que no se me había ocurrido antes. Cuando accedí a la aplicación tenía un mensaje de él, hacía solo un minuto que lo había enviado.

"No puedo casarme, te he vuelto a fallar. Me acosté ayer con Melissa. No podía ocultarlo y casarme contigo como si nada, no podía ser tan egoísta y hacerte más daño"

No lo podía creer, era imposible, no podía haberme hecho esto, no quería creerlo. María, al verme la cara de incredulidad, me quitó el teléfono de la mano y leyó el mensaje que me había destrozado por dentro, y que, no era capaz de asimilar.

- ¡HIJO DE PUTA! – Gritó, dirigiéndose a mi teléfono. Su grito fue tan alto que, posiblemente se escuchó en la iglesia. La miré y me desmoroné, empecé a llorar desconsoladamente. Me abracé a ella.
- Sácame de aquí, por favor. – Le susurré entre sollozos.

María leyó en voz alta lo que ponía en el mensaje y les pidió que acabaran con la boda que ella me iba a sacar de allí inmediatamente. La madre de Paolo, sorprendida por la actitud de su hijo, comenzó a palidecer. Mi madre, intentaba controlar a mi padre que histérico, estaba dándole golpes a todo lo que encontraba en su camino. Hugo me agarraba de la cintura y me acariciaba intentando consolarme, algo que, en ese momento, era imposible.

Capítulo 40

Hugo se encargó de sacarme de allí y María se quedó en la iglesia, supuse que anulándolo todo tras la noticia. Me llevó a su casa y me ofreció el cuarto de invitados para que me quedara todo el tiempo que quisiera.

Pasé un par de días metida en la cama, Hugo trataba, a todas horas, de que comiera algo, intentaba animarme, hablar conmigo, pero a mí lo único que me apetecía es seguir en la cama, a oscuras y llorar. Recordaba una y otra vez todos los momentos que había pasado con él y me dolía aún más su traición. Tras cuatro días en la misma situación, María y Hugo decidieron tomar las riendas de mi vida, ya que yo era incapaz de hacer nada por mí misma.

Aquella mañana llegó María con mi maleta hecha y bastante dispuesta a sacarme de mi refugio y de mi estado de depresión. Me sacó de la cama a rastras y me metió en la ducha con el pijama puesto. El agua estaba helada, eso me hizo espabilarme un poco, terminé quitándome el pijama empapado y duchándome.

Cuando salí, estaba María esperándome con la ropa preparada en el mueble que Hugo tenía junto al lavabo. No sabía que narices quería, pero yo no estaba para ninguna de sus tonterías.

- Vístete que en 3 horas sale nuestro vuelo. – dijo en tono imperativo mientras me pasaba la toalla.

- ¿QUÉ? ¿Qué vuelo y que tontería estás diciendo? – exclamé sorprendida por la noticia.

- Hemos ampliado tu “luna de miel” para 3 personas y nos vamos los 3 a crear nuevos recuerdos en Roma y en las playas de Amalfi. – decía mientras se contoneaba divertida.

- Yo no quiero ir a ningún lado, iros vosotros, yo me quedo aquí. – mi desgana y tristeza se hacía notable en esas palabras.

- ¿Qué dices? Te quiero vestida inmediatamente o si no te llevo al avión desnuda, tu verás. – me ordenó. Era capaz de hacerlo, la conocía y estoy segura que le daba absolutamente igual el que pudiera decir la gente ante una situación así. Una leve sonrisa salió de mi rostro al imaginar la

escena.

Me resigne y me vestí, sabía que si no lo hacía me sacaría de allí a rastras sin importarle nada ni nadie, la conocía y sabía que era capaz.

Una vez subidos en el avión, me cuerpo estaba sentado junto a la ventanilla, pero mi mente estaba en otro mundo, en Paolo, pensaba una y otra vez en las razones que podían haberlo llevado a traicionarme y no encontraba ninguna. Me martirizaba pensando que podía haber sido culpa mía, por no prestarle demasiada atención con los preparativos de la boda, o por adelantarla.

Me imaginaba la escena, él y ella en la cama, despertándose para enviarme el mensaje que me destrozaría y que desembocaría en que fuera el peor día de mi vida, y ella divertida por la situación esperándolo en la cama. Esa imagen hacía que doliera aún más la traición.

Poco a poco los recuerdos de los preparativos de la boda me devolvieron a la mente un recuerdo ya olvidado, Leonardo. Me dirigía a Roma, pero era otro capullo, al cual no quería ver. Me había mentido como un bellaco desde el principio. ¿Qué se pensaba? ¿que era una caza fortunas? Menudo gilipollas. De pronto sentí un ruido muy fuerte y un movimiento brusco en el avión, que me abstrajo de mis pensamientos, me asusté, pero al momento me di cuenta de que estábamos aterrizando. Salimos del aeropuerto y decidimos coger un taxi, yo no tenía el ánimo para pasar una hora de viaje hasta Roma en autobús. Nos dejó en la calle más cercana al hotel y desde allí andamos un par de minutos. Al instante reconocí esa calle, estabamos cerca de la Fontana di Trevi. Era Paolo el que había reservado la luna de miel, al menos se había encargado de algo más que de acostarse con la furcia de Melissa, y no tuve la menor idea de que hotel se trataba, hasta que llegamos a Roma. Había tirado la moneda a la fuente para volver, y allí estaba, de nuevo en Roma.

Capítulo 41

Mientras María y Hugo deshacía sus maletas, yo aprovechaba para ponerme el pijama y meterme en la cama, volvía a la rutina que había tenido estos últimos días en la casa de Hugo. María, al darse cuenta, no lo iba a consentir.

- ¿Me puedes explicar que haces en la cama? – me regañó.
- Déjame, he venido obligada y no tengo ganas de nada más. – le reproché.
- Vicky, cariño, yo tampoco iba a consentir que te quedaras en mi casa, y aquí tampoco voy a consentir que te quedes en la cama todo el día metida. – añadió Hugo.
- Si no le hago daño a nadie, dejadme en paz. – repliqué cabreada.
- Mira, te vamos a dejar la mañana tranquila, a las 13:00 estaremos aquí para ir contigo, ¿has escuchado bien?, he dicho contigo, a comer. Más te vale estar vestida o te saco en pijama a la calle. – contestó María.
- Vale, y ahora dejadme en paz. – insistí.

Al segundo, escuché como la puerta de la habitación se cerraba, dejándome de nuevo sola, inmersa en mis pensamientos y mi tristeza. Entre llanto y llanto me quede dormida, me despertó el cierre de la puerta al volver María y Hugo.

- ¿Aún estás así? – gruñó María.
- Me había quedado dormida. – repliqué.
- Mueve el culo. – contestó ella.

Sin mucho entusiasme me levante de la cama y me vestí, subimos al ascensor y realmente no me apetecía nada de lo que me estaban obligando a hacer, lo mucho que siempre he adorado Italia, parecía extraño, pero en ese momento no me apetecía absolutamente nada. Las puertas del ascensor abrieron y por un momento me pareció reconocer a Leo en la recepción del hotel, tenía un poco de barba y estaba bastante más delgado, llevaba un sombrero que ocultaba toda la cabeza, cuando se giró, se descubrió la cabeza a la vez, respiré aliviada al saber que no era el, no tenía los ojos azules ni el cabello rubio, además en cuanto me hubiera visto, habría venido a decirme algo, estoy segura.

Dimos algunas vueltas hasta llegar a la Piazza di Fiori, había estado ahí con Leo, por las mañanas ponen un mercadillo de comida. Cuando nosotros llegamos para comer, ya no había nada, eran más de las 14:00, era normal. Recordaba cada segundo que había vivido con Leo como si hubiera sido ayer, pero mi mente no le estaba prestando atención a esos recuerdos, se empeñaba en priorizar los recuerdos con Paolo, algo con lo que yo no estaba del todo de acuerdo. Aunque ambos recuerdos me provocaran rabia, prefería recordar a Leo antes que, a Paolo, al menos él,

no me había traicionado, que yo supiera.

Tras comer, se empeñaron en que paseáramos por el barrio de Trastevere, sabía que eso me traería miles de recuerdos, pero me daba igual, todo me resultaba indiferente, lo único que me resultaba importante en ese momento era la traición de Paolo, lo demás había pasado a segundo plano.

Los seguía calle tras calle, como un ente, movida por los empujones de María, hasta llegar a la heladería en la que hice mi helado. Por muy mal que estuviera no podía pasar por allí y no entrar a saludar a Roberto y comprarle un helado. María y Hugo se sorprendieron tras escuchar que había tomado la iniciativa en algo, no era gran cosa, era un simple helado, pero eso ya era todo un logro para ellos.

La ilusión que había sentido al recordar cómo cree mi helado y lo maravillosa que fue esa noche, se esfumó al ver que, tras el mostrador, no estaba Roberto, había una chica joven, morena, supuse que se habría jubilado y contratado a esa chica. Aun así, no perdí la oportunidad de tomarme uno de esos helados. Miré la vitrina y para mi sorpresa, encontré mi helado, el sabor que yo cree, en un cartel dorado, destacando sobre los demás, estaba mi nombre y justo detrás la tarrina del sabor que yo había creado. María alucino al ver que uno de los helados llevaba mi nombre, pedí tres conos para que ellos lo probaran también y salí de allí contándoles la historia de cómo había creado ese sabor. Aquella casualidad me había animado, al menos mi mente estaba en otro pensamiento.

Llegamos a la plaza de Santa María de Trastevere y allí, volví a ver al hombre que se parecía a Leo, estaba tomando un café en una de las terrazas de los restaurantes, se parecía tanto a él que mi imaginación empezó a brotar con una historia que nunca sería real. ¿Qué hubiera pasado si me hubiera quedado aquí, conociendo a Leo? ¿Me habría contado toda la verdad? ¿Habría funcionado?

Capítulo 42

Se nos hizo de noche callejeando por Trastevere y decidieron que era el momento de volver al hotel, ya habían tenido suficiente para ser el primer día, yo, los seguía fueran donde fueran, era un ente vagando tras mis dos amigos, inmersa en mis pensamientos. Unos pensamientos que, ahora eran una mezcla entre Paolo y Leo.

Los días se sucedían en Roma sin ningún tipo de variable, salíamos por las mañanas e íbamos a visitar lugares que yo había visitado con Leo, me dedicaba a seguirlos, mi mente seguía como una locomotora dándole vueltas al plantón de Paolo, ni siquiera le prestaba atención a los recuerdos que se sucedían en mi mente de todos los momentos vividos con Leo. Viendo que al tercer día no me había tropezado con Leo, deseché la idea de que me lo podría encontrar. El destino no estaba a nuestro favor, estaba claro que nuestro porvenir no era estar juntos.

De camino a Amalfi, cambié un poco de actitud, no me apetecía seguir amargada por un imbécil. Aparté a Paolo de mis pensamientos y me centré en un solo objetivo: disfrutar de unas vacaciones con mis amigos, en la maravillosa costa amalfitana.

Habían reservado una suite, así podríamos dormir los tres en la misma habitación y no se elevaría mucho el coste de las vacaciones. Mi pensamiento positivo se fue a la mierda cuando revisé el móvil y tenía un mensaje de Paolo.

"No sé de qué manera disculparme, no te merecías nada de lo que te he hecho, lo siento."

¿En serio? Contesté en mi mente al leerlo. María rápidamente me quitó el móvil y comprobó lo que acaba de leer.

- Se acabó. – Se dirigió a la terraza de la habitación y lanzó el móvil por el balcón, quedando inservible.
- ¿Estás loca? – le reclamó Hugo.
- Ese gilipollas no la va a volver a molestar más. ¡YA ESTÁ BIEN! – le contestó María. Mientras, yo seguía atónita por culpa del mensaje.

La rabia me volvió a invadir, no podía creerlo ¿cómo se había atrevido a hablarme de nuevo? ¿cómo había tenido la decencia de dirigirme la palabra después de lo que me había hecho? La impotencia afloró en forma de lágrimas, a las que María y Hugo reaccionaron abrazándome.

Sabía que ellos harían lo que fuera por protegerme, pero en ese momento me sentía tan desvalida que era bastante difícil cambiar esa emoción. Cuanto más me acordaba del desplante el día de mi boda, más

desconsoladamente lloraba, era tan increíble que pensaba que jamás superaría esta situación.

Un ruido nos sacó de ese momento de unión y consuelo que trataban de crean María y Hugo conmigo. Era la puerta, alguien llamaba. Nos miramos todos extrañados, ya que no esperábamos a nadie, ni nada, pero igual nos habíamos dejado olvidado algo en recepción. Hugo se dirigió a la puerta y la abrió, desde la cama, veíamos como hablaba con alguien y al cerrar la puerta traía algo en la mano. Era una caja de bombones.

- La camarera me ha dicho que los han enviado para ti. – me dijo Hugo, avanzando hasta llegar a mí para dármelos.
- ¿No te ha dicho quien los manda? – Pregunté extrañaba, mientras me secaba las lágrimas y examinaba la caja buscando alguna nota.
- No, solo me ha dicho que eran para la señorita Hernández. – Me contestó.

¿Quién me había podido mandar esos bombones? Leo no podía ser, era imposible que fuera él, ni sabía que estaba en Italia y mucho menos en Amalfi. Paolo tenía muchas papeletas de ser el dueño de ese detalle, pero ¿para qué? No tenía sentido. ¿Estaba intentando que lo perdonara? No creo que pensara que con una caja de bombones obtendría mi perdón, pero por otra parte era una casualidad tan grande recibir a la vez, un mensaje y una caja de bombones sin emisor, que le asigne la autoría de los bombones a él, a Paolo.

Capítulo 43

Los dejé encima de una de las mesitas de noche, no quería tirarlos sin estar segura de conocer la autoría del detalle, la última vez la líe un poco siendo tan impulsiva. María y Hugo me obligaron, prácticamente, a salir del hotel, no hicimos nada extraordinario, bajamos a la playa, pero he de decir que no había visto una playa como aquella en mi vida.

El agua estaba tan limpia y cristalina que podías verte los pies sin ningún problema. Nada tenía que envidiarle esta playa a cualquiera del Caribe, y estaba ahí, al lado, en Italia, no hacía falta cruzar un atlántico para estar en una playa así.

Pasamos la mañana tomando el sol, yo me distraía concentrarme en el ruido de las olas rompiendo contra la orilla e intentando traducir la conversación de un grupo de adolescentes que estaban cerca de nosotros. Al menos así, no pensaba en Paolo. Pero me resultó algo inútil, no dejaba de imaginarme como hubiera sido nuestra luna de miel aquí.

Estaríamos jugando en la orilla, intentaría ahogarme más de una vez hasta que finalmente lo hiciera. Rodaríamos por la arena acabando rebozados como si fuéramos croquetas. Pero no, él tenía que elegirla a ella, después de todo lo que le hizo, después de que le falló, volvió a caer en sus redes. Y lo peor de todo es, que yo había confiado en él, había confiado en su amor, me había demostrado tanto en este tiempo, que me parecía increíble lo que había hecho. En ciertos momentos, en los que me sumergía en mis pensamientos, empezaba a pensar que estaba drogado cuando tomó esa decisión, no era lo más lógico viniendo de él, era imposible que en su sano juicio hubiera tomado esa decisión, me intentaba engañar a mi misma con ese pensamiento. Pero al momento me resignaba y volvía a realidad. Paolo me había engañado y esa era la única verdad.

Cuando volvimos al hotel, al recoger las llaves me entregaron un ramo con 9 rosas rojas. Mientras subía en el ascensor y oía a Hugo y María criticar a Paolo, pensando que el regalo podía ser de él, yo iba inmersa en mis pensamientos. No podía ser de Paolo, él nunca me hubiera regalado un ramo con solo 9 rosas, hubiera optado por una docena o incluso 2 docenas, lo conocía y solía hacer las cosas así, empecé a pensar que las 9 rosas tenían otro significado. Pero ¿cuál? Era imposible que fuera de Leo, porque me había perdido la pista desde que volví a España, y ahora estaba sin móvil, yo era la única que tenía su número, un número al cual le había cambiado el nombre para evitar que Hugo y María le avisaran de que estaba en Italia. Qué, por un lado, me hubiera gustado que lo supiera, pero, por otro lado, no estaba para ninguna conquista.

Cuando coloqué las rosas encima de la mesa del salón de la suite, me di cuenta que entre ellas había una nota.

"Te amo sin saber cómo, ni cuándo ni dónde. Te amo simplemente, sin problemas ni orgullo. Te amo de ésta forma porque no tengo otra forma de amarte."

Esa frase me sonaba de algo, recordé rápidamente que pertenecía a Pablo Neruda. Pero aquello no era lo más importante para mí en ese momento. ¿Quién me había mandado esas flores con esa nota? Se lo comenté a María y entre las dos excluimos a Leo y a Paolo, ninguno de los dos podía haber sido, no tenía sentido. Aproveché que Hugo se estaba duchando para bajar a recepción, le pregunté a la recepcionista sobre el emisor de las flores, pero no me daba respuesta, me repetía, una y otra vez, que no podía decírmelo, hasta que notó que mis ojos se inundaban de lágrimas, causa de la desesperación y la depresión de estos días, me ofreció un pañuelo, y con él, una nota escrita a bolígrafo.

"No es una persona con malas intenciones, puedes estar tranquila que pronto sabrás quien es"

La miré extrañada. No entendía el porqué de tanto secretismo. ¿Qué le costaba decirme lo que había escrito a la cara? ¿Sería por las cámaras? ¿Una política de empresa? Mil cosas me sucedían en la cabeza. Cogí la nota y subí a mi habitación, Hugo seguía en la ducha y le conté lo que pasaba a María.

- Solo queda esperar, esta vez, te prometo que yo no he tenido nada que ver. – Me dijo María excusandose.

- ¡Ah! ¿qué la de los bombones fuiste tú? ¿no? – Le repliqué algo molesta.

- No, te prometo que yo no he hecho nada de esto. – Se le veía sería, sincera, parecía decir la verdad, pero si ella no estaba detrás de todo esto ¿Quién era?

Capítulo 44

Dejamos aquel suceso apartado, y en cuanto estuvimos listos, nos fuimos a pasear por las recónditas calles del pueblo. Nos mezclábamos con los turistas chinos y los lugareños, que descaradamente, observaban el movimiento de la falda de María, esperaban verle al menos las bragas, pero conociéndola, si se hubiera dado cuenta de la situación, se hubiera plantado la falda en el cuello y les hubiera enseñado todo sin ningún tipo de pudor, algo que ellos agradecería pero yo hubiera buscado un hueco para esconderme tras pasar esa vergüenza. Por suerte, no se percató de que era el centro de todas las miradas y yo, disimuladamente, tiré de su falda un poco para abajo, pero eso no hizo que dejaran de mirar, por lo tanto, lo dejé como algo imposible.

El olor a membrillo inundaba la calle por la que paseábamos, un hombre con un carro de madera, ocupaba parte de la acera vendiendo unos membrillos recién recolectados. Justo al lado, había una tienda que me sedujo, vendían productos típicos de Italia.

Un recuerdo me vino a la mente al cruzar el umbral de aquella tienda, olía a mozzarella fresca, ese olor me transportaba automáticamente al día en que probé una pizza de verdad, de las manos de Leo. Ese recuerdo me conectó con el detalle que había recibido, las rosas, aún no sabía de quien eran, pero tenía claro que de Leo no podían ser, era imposible. Aunque supiera que estaba en Italia ¿cómo iba a saber dónde estaba? ¿y en que hotel me hospedaba? Al segundo de aquel pensamiento, Hugo me abstrajo con una botella de limoncello de dos litros. Siempre había pensado que esas cosas las vendían en botellitas pequeñas, y lo mejor de todo es que, cuando me quise dar cuenta ya lo estaba comprando. Hacíamos bromas de vuelta al hotel, gracias a la botella.

Al día siguiente, encargamos el desayuno a la habitación, pero no solo nos trajeron el carrito con el desayuno, éste iba acompañado de una cesta gigante de productos Kinder. Le dijimos a la camarera que nosotros no habíamos pedido eso y nos explicó que era un regalo para mí, otro más, sin remitente. Aunque me imaginaba de quien podía ser, me lo hizo cuando nos conocimos, querría recordarme tiempos mejores. María me miraba extrañada por la recepción de este último regalo.

- No me mires así que todos sabemos de quien es. – dije despreocupada y sin mostrar ningún tipo de interés en la cesta.

- Yo estoy espesa porque no se de quien me estás hablando. – contestó María asombrada.

- ¡No me jodas, María! Me hizo esto mismo cuando nos conocimos. – hice una pausa para ver si lo adivinaba, pero viendo que no, retomé mi teoría. – Tía, todo esto lo ha montado Paolo, está tratando de que lo perdone con detallitos absurdos que me hacen recodar algunos momentos vividos con él.

- Ahora que lo dices tienes razón, ha podido ser él. – Dijo pensativa. - ¿Y tú? ¿qué opinas? – le pregunto a Hugo.

- Puede que sea lo que dice Vicky. – Contestó sin darle más importancia. En aquel momento me estaba dando la sensación de que le resbalaba un poco el tema, algo que no era muy típico de él.

Últimamente, Hugo estaba más cariñoso de lo normal conmigo, bastante pendiente de mí, evitaba a toda costa el tema de Paolo, me extrañaba bastante porque él era el que me había animado para que adelantara la boda, estaba actuando de una forma bastante inusual, pero tampoco le había dado importancia hasta ese momento.

Zanjamos el tema y desayunamos. Habíamos pensado en ir a buscar un móvil para mí, con una línea nueva, aunque fuera italiana, pero necesitaba estar conectada con el mundo, por si necesitaban comunicarme algo importante. Por suerte, los números de mi familia me los sabía de memoria y los más importantes los tenía apuntados en mi agenda.

Capítulo 45

Una vez avisados los 20 contactos del trágico y aparatoso suceso que había sufrido mi antiguo móvil, tuve la tentativa idea de echarle en cara todos los regalos al supuesto autor, reprochándole lo que aún no había podido reprocharle, pero me contuve. Nos fuimos a la piscina del hotel y mientras Hugo se bañaba, nosotras tomábamos el sol como dos lagartos.

- He notado que Hugo está muy raro conmigo últimamente. Más cariñoso de lo normal, más atento, creo que incluso se pone celoso y a la defensiva cuando nombramos a Paolo. – le comenté a María.

- Yo también he notado algo, pero pensé que sería producto de mi imaginación y por eso no te quise comentar nada, bastante tenías ya con lo de la boda, como para añadirte un problema que tampoco estaba segura de que fuera real. – me contestó.

- ¿Y si ha sido él el de los detalles? – me incorporé en la tumbona y me quité las gafas de sol para observar mejor la reacción de María, que abría la boca sorprendida. – Tiene sentido, él es la única persona que sabe que estoy aquí, a parte de mi familia. Pero ni Paolo ni Leo tienen idea de donde estoy.

- Yo lo he pensado más de una vez. Creo que este no es tan gay como creíamos. Igual es bisexual y se ha enamorado de ti. O simplemente ha tenido una crisis de sexualidad y ahora ha vuelto a ser heterosexual. – la miraba incrédula, pero podía llevar la razón, no era tanta locura ni tontería lo que acababa de decirme.

Cambiamos de tema rápidamente cuando vimos que Hugo salía de la piscina y se dirigía a donde estábamos nosotras.

- ¿Queréis que pida algo de beber? Os vais a deshidratar. – nos propuso animado, mientras se secaba un poco con la toalla.

- Vale, tráenos dos mojitos. – contestó María divertida, intentando quitárselo de encima y que pudieramos retomar la conversación.

Se fue a por ellos al bar de la piscina, mientras nosotras seguíamos con la conclusión sobre él.

- De esto ni una palabra a él, a ver cómo sigue actuando estos días, y dependiendo de lo que haga o diga, pues ya vemos. – Le susurré a María,

pensando que nos podía escuchar Hugo, aunque era difícil porque estaba bastante lejos de nosotras y si a eso le sumas el ruido y la música de fondo, era imposible que me escuchara.

- Vale, no te preocupes, seré una tumba. – me aseguró ella.

Seguimos tomando el sol como si tal cosa, como si aquella conversación no hubiera sucedido nunca. Al poco tiempo llegó Hugo con los dos mojitos y se sentó al lado de mis pies, en mi tumbona.

- ¿Qué haremos luego, chicas? – preguntó.

- Después de comer, podemos alquilar un coche e ir a Positano o a Nápoles, en recepción nos indicarán el camino o nos darán un mapa. Creo que no queda muy lejos. - propuso María.

- Espera, que lo busco en mi móvil italiano, aquí tiene que salir todo mejor que en los móviles españoles. – bromee. Tras unos segundos haciendo varias búsquedas encontré algunos resultados. – Nápoles nos queda a 1 hora y 18 minutos y Positano a 42 minutos. Hay poca diferencia. Pero creo que podíamos ir esta tarde a Positano y mañana pasar el día entero en Nápoles. – expuse.

- Yo creo que es la mejor opción. – dijo Hugo. – Ahora preguntamos en recepción por el alquiler de coches. – añadió.

- No hay más que hablar. Pero, ¿Qué quiere decir que estés tomando decisiones para divertirte? – me preguntó María curiosa.

- Estoy ya harta de pasarlo mal y estar depresiva por una persona que no me merece, y mucho menos, merece mis lágrimas. He decidido vivir la vida y aprovechar cada segundo. – contesté. Hugo sonrió al escuchar aquellas palabras. María me abrazó y siguió bebiendo de su mojito.

Hugo cogió una tumbona, la acercó a la mía y se tumbó a mi lado a tomar el sol mientras me acariciaba la mano y el brazo que estaba cerca de él. Era agradable, pero a la vez me resultaba incómodo, tras la conversación que había tenido con María y haber sacado ciertas conclusiones, no podía verlo de la misma forma. Aunque si quitaba el brazo o le decía algo iba a resulta un tanto violento y raro, así que dejé que siguiera acariciándome.

Capítulo 46

Una vez estábamos en Positano pude apreciar que había poca diferencia entre Amalfi, era un pueblo algo más grande, pero tenía muchas similitudes.

El mismo ambiente marinero, calles estrechas, que estaba invadidas de, una mezcla entre turistas y residentes. Yo no me sentía parte de los turistas, aunque fuera una de ellos, me veía como alguien extraído de la realidad, observando el lugar desde un punto externo.

Me fijaba en las ventanas de cada casa, en cada arco, cada escalera que llevaba a alguna casa inundada de flores, cada enredadera que decoraba las paredes, era un lugar con un encanto extraordinario, te invitaba a quedarte, a vivir allí. Los vecinos tenían una relación tan cercana que parecían familia, y no solo con la gente que allí residía, sino que tenía un agrado especial con los turistas, nunca había imaginado que la gente pudiera ser tan amable con un extraño.

Nos anocheció paseando por las calles de Positano y decidimos buscar un lugar para cenar y así volver con el estómago lleno al hotel.

Siempre me habían gustado ver los atardeceres en la costa, aunque aquel día me sentí un poco sola, a pesar de estar con Hugo y María, era como si Paolo me hubiera abandonado, que, realmente era así, pero era como si hubiera estado protegiéndome durante todo el viaje y me dejara sola en ese momento, en ese preciso momento, cuando el sol estaba muriendo en el mar, era como si mi amor por Paolo muriera a la vez que ese sol. En ese momento me estaba dando cuenta de que estaba sola, de que Paolo no me iba a cuidar nunca más, de que la persona en la que más confiaba me había fallado, era tan real como aquella puesta de sol.

De camino a Amalfi no dejaba de pensar en los detalles que había recibido, ¿serían de Hugo? No quería contemplar esa idea, sería complicarme más mi vida amorosa, la cual, ahora mismo no estaba para complicaciones. Ese pensamiento me llevó a otro ¿habrá otro detalle esperándome en recepción? Esa idea me intrigaba, pero a la vez me asustaba, si no era Hugo el que estaba detrás de todo esto, era alguien que se había dedicado a espiarme y seguir cada uno de mis pasos, o por otra parte era el imbécil de Paolo tratando de que lo perdonara. No sé cuál de las hipótesis era peor. Todas las ideas se esfumaron al llegar a recepción y comprobar que no había ningún detalle nuevo.

Al día siguiente, habíamos previsto el viaje a Nápoles, pero decidimos posponerlo ya que María no se encontraba del todo bien, la cena en Positano no le había sentado muy bien, no porque la comida estuviera en mal estado, sino porque se atiborró de comida, y su cuerpo no aceptó

tanta cantidad, desembocando en un empacho.

La dejamos en la habitación y nos fuimos a la piscina, tampoco queríamos alejarnos mucho por si nos necesitaba.

Pensaba que, Hugo, se iría a la piscina a nadar un poco, para no perder la forma física, y me dejaría tranquilamente tomando el sol, pero no, se mojó en la ducha y se tumbó a mi lado.

- ¿Qué tal te encuentras? – Me preguntó. No sabía muy bien a que se refería con esa pregunta y me puse algo tensa.

- Yo estoy bien, no me atiborré de comida como la loca de María. – contesté. Esperaba que esa fuera la respuesta correcta y que no se estuviera refiriendo al tema de Paolo.

- No me refería a eso, sino a tu corazón. ¿Cómo está? – Lo sabía, intenté salir airosa de la situación.

- Bien, bueno, está en ámbar, así que no se si cruzar a la otra acera o no. – Cuando terminé de pronunciar lo primero que se me había ocurrido, me di cuenta de que no era lo más apropiado para zanjar una conversación, sino para todo lo contrario.

- Yo creo que deberías cruzar, a lo mejor en la otra acera te encuentras con alguien estupendo que no te falle, como lo ha hecho ese capullo. - ¿Se estaba refiriendo a él mismo? Trate de cortar la conversación de la mejor forma que se me ocurrió.

- Voy a ir a por un mojito, ¿quieres algo? – Le dije intentando escapar de la situación.

- Ya voy yo, me traeré otro para mí. – contestó mientras se levantaba de la tumbona.

Me estaba metiendo en terreno pantanoso, la teoría a la que habíamos llegado María y yo el día anterior cada vez cobraba más fuerza y sentido.

Capítulo 47

Cuando apareció con el mojito, traté de buscar una excusa mental para salir airosa del tema, en el caso de que lo volviera a sacar.

- Gracias, eres un sol. – Le dije agarrando el vaso, teniendo un leve contacto con su mano, el cual, en otro momento me hubiera resultado indiferente, pero en ese instante era más que un simple contacto. Nuestras miradas se cruzaron a la vez, noté como en ese segundo mis mejillas se tornaban amapola, sin ningún motivo. Durante unos segundos permanecimos mirándonos, hasta que mi vergüenza afloró y terminé retirándole la mirada.

- No tienes por qué dármelas. Por cierto ¿Cómo estará María? – Preguntó mientras se sentaba en su tumbona, tratando de quitarle importancia a nuestro contacto y cruce de miradas.

- En cuanto me tome esto, iré a echarle un vistazo, a ver qué tal se encuentra. – Contesté sin mirarlo.

- Vale. Yo haré algunos largos en la piscina, así podéis hablar tranquilas. – Me replicó.

Continué bebiéndome el mojito sin hacerle mucho caso a esa última coletilla de la frase. Pero no pude evitar preguntarme si ¿sabría la teoría a la que llegamos María y yo? Me convencí de que esa idea era fruto de mi imaginación, y que era imposible que sospechara algo.

- Voy a la habitación, a ver qué tal se encuentra María. ¿Te quedas aquí? -Pregunté deseando que la respuesta fuera afirmativa, ya me había dicho antes que no vendría, pero consideré que, por educación, era necesario formular esa pregunta.

- Sí. No te preocupes, no me moveré de aquí sin ti. – Mis mejillas cobraron vida propia, de nuevo, cmabiando de color rápidamente como si de un semáforo se tratase. En otras circunstancias no me lo habría tomado así, y sé que todo esto era fruto de la charla que había tenido con María, el subconsciente me estaba traicionando.

Solté el vaso vacío junto a mi tumbona y me incorporé lo más rápido posible, dándole la espalda a Hugo, intentando evitar que se diera cuenta

de que parecía un tomate.

- ¿Nos vemos ahora no? – Me preguntó, mientras él también se levantaba.

- Sí, ahora vuelvo. – Contesté de espaldas, haciéndome la entretenida extendiendo la toalla, para que no viera el color que poseía mi cara en ese momento.

Finalmente me encaminé con paso firme hacia la puerta que conectaba con el interior del hotel, mientras escuchaba el ruido del agua al zambullirse Hugo en la piscina, me giré para comprobar que había sido él y lo sorprendí observándome desde el borde de la piscina.

- ¡Vicky! Ponte crema protectora en la cara, que estás como un tomate. – Gritó desde la piscina. Aquella frase a voz limpia, hizo que mi rubor aumentara. Se había dado cuenta de que me había avergonzado, y posiblemente, sabía cuál era el motivo. En aquel momento cualquier agujero, donde esconderme, me habría venido como anillo al dedo.

Reí, y continué mi camino, dándole a entender con esa actitud que, no me había importado lo que me había dicho.

Una vez en la puerta de la habitación, toqué y esperé a que María me abriera, me había dejado la llave de la habitación en la bolsita de los bronceadores, que estaba junto a mi tumbona, y no iba a volver a por ella.

Cuando abrió estaba visiblemente mejorada, algo más animada. Me alegró esa primera impresión al volver a verla.

- ¿Vienes sola? – Me preguntó nerviosa, comprobando el pasillo, mirando de un lado a otro, como si estuviera ocultando algo.

- Si, idiota. ¿Tú ves a alguien más conmigo? – Le vacilé.

- Corre, entra. – Me agarró del brazo y me impulsó a entrar con prisas.

- ¿Qué pasa? ¿A que vienen todas estas prisas? – pregunté extrañada.

- Han traído algo, y es para ti. No te he podido avisar porque te has dejado el móvil aquí y tampoco quería que se enterar Hugo, aunque si es

suyo, lo sabrá de sobra. – Me estaba quedando atónita.

Avancé hasta la mesa, en la que había un paquete de color marrón que sobresalía ligeramente de la mesa. Una pegatina blanca indicaba el destinatario, sujetaba una nota en la que se podía leerse *"Con este regalo espero que deduzcas quien soy".*

Capítulo 48

Mi corazón latía acelerado en mi garganta, la boca se me estaba secando más de lo habitual, tragaba saliva contantemente. Ya no se trataba de una simple caja de bombones o un ramo de flores, algo que cualquier persona haría, esto era algo más grande y me daba la sensación de que me desvelaría quien era el autor de todos y cada uno de los detalles recibidos.

- O lo abres ya, o lo abro yo. – Me replicó María.

- Ábrelo tú. – Le contesté nerviosa.

Ella, al escuchar esas palabras, no se lo pensó dos veces, le había dado vía libre y estaba encantada, le picaba la curiosidad, incluso más que a mí. Por una parte, yo no quería saber de quien se trataba, estaba estable y no quería volver a caer en la depresión o complicarme con problemas que no me harían ningún bien en mi situación.

Cerré los ojos y escuchaba como María rasgaba el papel, arrancaba el celo y lo tiraba al suelo, junto a mis pies, no quería mirar, no quería saber de qué se trataba, tenía miedo, no quería que me hicieran daño de nuevo. Si se trataba de Paolo, era volver al mismo punto en el que ya nos habíamos cruzado, si se trataba de Leo, me daría miedo, me habría estado siguiendo como si se tratase de un acosador y, por último, si era Hugo, no sabría cómo mirarlo a la cara, ni que decirle, y mucho menos sabría cómo comportarme con él.

- ¿Un cuadro? – Dijo María extrañada. Yo abrí los ojos como dos platos cuando escuché esas palabras.

Era imposible, era él cuadro. Se lo quité rápidamente a María de las manos y comencé a observarlo, incrédula por la situación. Era el mismo cuadro que tanto me gustó en Roma, en la Piazza Navona, el cuadro que desembocó en la visita, apresurada, de la Piazza del Popolo y de su mirador. Era el mismo cuadro, los mismos colores, el mismo atardecer, la misma composición. Era él cuadro.

Detrás de todo esto estaba Leo, aquel pensamiento me congeló.

De pronto todo cobró sentido. Las piezas encajaban. Él sabía que me encantaba el chocolate y que cuando estaba mal, era mi mejor antidepresivo. Nos conocimos un día 9, de ahí el número de las rosas. Tenía que averiguar la conexión que había entre Mara y él, cómo sabía que estaba aquí, como había sabido que no me había casado, porque si no, supongo, que no habría enviado nada. No podía quedarme más tiempo

paralizada con el cuadro en las manos, no podía perder más el tiempo.

Solté el cuadro en la mesa, y me dirigía hacia la puerta cuando María se interpuso en mi camino.

- ¿Qué pasa? ¿Quién es? – Preguntó. Por un momento me había olvidado de que ella también estaba allí. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que se me había olvidado que no estaba sola.

- Es Leo. Me enamoré de este cuadro cuando iba con él. Necesito saber cómo sabe que estoy aquí y he pensado que igual en recepción tienen su número de teléfono o algo. – Estaba nerviosa, hablaba atropelladamente, alterada, necesitaba salir de allí, ya.

- Bajo contigo. – Dijo mientras se apartaba de la puerta.

Llegué a recepción, respiré hondo un par de veces antes de acercarme al mostrador, y finalmente avancé.

- Buona sera. Che cosa volevi? – Dijo en italiano, la recepcionista.

- Sí, me gustaría que me facilitara el número de teléfono de la persona que envió el paquete a mi habitación. – No había ni una media sonrisa en mi rostro, quería zanjar el tema lo antes posible, y eso no me estaba haciendo gracia. Vi que la reacción de la recepcionista era sonreír, estaba alucinando, parecía que ella también estaba compinchada con él.

- Se lo puede pedir usted misma. Es ese caballero que hay sentado en el sofá de la entrada. – Leo estaba allí, en el mismo lugar que yo. Mi pulso se aceleró al cruzarse ese pensamiento por mi cabeza.

Me dirigí hasta el hombre que había sentado, pero conforme me acercaba no le encontraba parecido, si era él estaba muy distinto. Cuando levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo comprobé que era el mismo tipo que había visto en Roma un par de veces, el que pensé en un primer momento que era Leo, pero luego me certifiqué de que no lo era.

- Victoria. – Enunció mi nombre con dulzura.

- ¿Leo? – Pregunté nerviosa.

- Sí, soy yo. Estoy un poco diferente, pero es una historia larga de contar.

– Me quedé inmóvil, no daba crédito. Las palabras no salían de mi boca. Por dentro sentía una mezcla de emociones, impotencia, rabia, cariño, ternura, exasperación, anhelo.

Me di la vuelta y comencé a correr por el pasillo, sin mirar atrás, sin pensar en que María se había quedado ahí con Leo, sin pensar en que podría venir detrás de mí. Quería huir de ahí, de esa situación y no enfrentar el problema, al menos ahora no.

Capítulo 49

Al final del pasillo vi una puerta de emergencia y salí por ella a un patio trasero junto a la piscina. El aire exterior me aliviaba, poco a poco me sentía liberada, la presión que había sentido en el pecho con la mezcla de emociones, iba desapareciendo.

Cuando conseguí relajarme decidí volver a la piscina. No podía entrar y volver a encontrármelo, aún no estaba preparada. No sabía si tirarme a sus brazos o echarle a la cara lo mentiroso que había sido conmigo.

Hugo, al verme, salió de la piscina. Percibió al instante que estaba pálida, pareciera que acababa de ver a un fantasma.

- ¿Qué te ha pasado? ¿María está bien? – Preguntó mientras me acariciaba la cara con sus manos húmedas.

- María está bien. – Contesté sin poder contarle lo que realmente pasaba.

- Entonces ¿qué te ha pasado? – Volvió a insistir preocupado.

- Es que he recibido otro regalo y al abrirlo me he… - Justo en ese momento María gritaba mi nombre desde el marco de la puerta que conducía al hotel. - Hugo, no puedo ir, de verdad llévatela dentro, ahora mismo necesito que me dé el aire y aclarar mis ideas.

- Vale, no te preocupes, llévate mi móvil, y cuando estés lista para hablar me escribes al tuyo y voy a buscarte. – Se acercó a su mochila, cogió su móvil, me lo dio y no dijo nada más, se fue a hablar con María mientras yo buscaba una salida del hotel que no fuera la principal.

Le pregunté al socorrista y amablemente, me indicó que había una en la parte trasera del patio. Salí por ahí y caminé hasta perderme por las calles del pueblo. ¿Qué iba a hacer con todo esto? No sabía cómo gestionarlo, me estaba viniendo grande esta situación.

Lo único que se me ocurrió fue llamar a Hugo.

Le supliqué que dejara a María en el hotel, que le contar cualquier excusa, no quería que viniera, la conocía y no iba a dejar de insistir en que, al menos tuviera una charla con Leo, y seguro que había estado hablando con él y le había contado lo que él quería que supiera, seguro que no le había contado que es un millonario que me había engañado todo el tiempo

que había pasado con él.

A los pocos minutos de la llamada, apareció solo. Lo abracé y rompí a llorar en sus hombros. No me encontraba bien, no me había recuperado de la ruptura con Paolo y ahora había llegado Leo, como si no pasara nada, para seguir mintiéndome.

- ¿Estás más tranquila? – Preguntó mientras me separaba de su hombro y me secaba las lágrimas.

- No, Hugo, no estoy bien, no sé que hacer con toda esta situación. – Le expliqué entre sollozos.

- María me ha contado lo que ha pasado. Creo que no ha hablado con él. Tan solo le ha dado esto. – Me ofreció una carta que llevaba guardada en el bolsillo trasero del pantalón. – Creí conveniente traértela porque igual, lo que haya dentro de ese sobre te aclara alguna de las dudas que tengas. – Cogí el sobre y lo abrí.

Había una carta, estaba escrita a mano.

"Hola Victoria.

Quiero disculparme contigo, por todo este asunto. Por ocultarte mi identidad en los detalles que has recibido estos días.

Conocía donde te hospedabas porque soy el dueño de este hotel. Dicho esto, también quería disculparme por no haberte dicho toda la verdad en Roma cuando nos conocimos.

Es cierto que vivo en un apartamento en Roma, solo, y que trabajo en el restaurante en el que nos conocimos, pero no trabajo como camarero, sino como director, el restaurante también es mío, bueno, es de mi padre, pero lo gerencio yo. Aquel día teníamos una baja en la plantilla y les tuve que echar una mano. Te vi en aquella mesa y no pude evitar ir a conocerte.

No te conté quien soy en realidad por miedo a que salieras corriendo o que fueras una caza-fortunas, espero que esto último no te ofenda, pero ya me ha pasado.

Realmente, yo no soy rico, el dinero y la mayoría de las posesiones son de mi padre, aunque alguna ha puesto a mi nombre, para que aprenda poco a poco el negocio. Yo lo único que pretendo es crear mi vida desde cero, como cualquier persona. Si es cierto que he tenido siempre un colchón económico y una ayuda extra que no la tiene cualquier persona, pero trato

de que no sea así y sacar mis negocios a flote con mi esfuerzo.

No he dejado de pensar en ti en todo este tiempo. Cuando supe que te hospedabas en mi hotel y que previamente estarías en Roma, no pude evitar hacer uso del poder y posibilidades de mi apellido para encontrarte.

Seguí todo tu paso por Roma, sé que parezco un acosador, pero era la única forma de verte y tenerte cerca. Ibas por Roma vagando como si de un espectro se tratase, al ver tu estado de ánimo supe que no estabas bien, hice un par de llamadas y averigüé lo que había pasado con Paolo.

Decidí mandarte detalles para ver si te animabas y recordabas los momentos que habíamos compartido. A pesar de mi apellido y mis posibilidades he de decirte que me costó trabajo encontrar el cuadro que tanto te gustó, pero finalmente lo conseguí. Esa sería la pista definitiva para que supieras quien estaba detrás de todo esto.

Para finalizar esta carta quería proponerte que nos viéramos y poder hablar todo esto tranquilamente en persona, si finalmente aceptas solo tienes que avisarlo en recepción, yo me encargaré de todo.

Por supuesto, estas invitada a pasar todos los días que te apetezca en el hotel con tus amigos, todo incluido, sin ningún coste.

Gracias por leer la carta. Lo siento mucho.

Te quiero.

Leonardo."

Capítulo 50

Una y otra vez leía la carta. Se la di a Hugo para que le echara un vistazo mientras yo no dejaba de darle vueltas a si aceptar la cita o no. Finalmente, a pesar de ver la cara de desaprobación de Hugo al leer la carta, decidí aceptar la cita. Volví al hotel y le comuniqué que aceptaba la cita. Cuando regresé a mi habitación a los pocos minutos el ruido de la puerta me sobresaltó. Alguien me había pisado los talones hasta llegar aquí, Hugo y María estaban la terraza de la habitación comentando el suceso, tenía que ser él. Abrí la puerta como pude, las manos me temblaban, un sudor frío recorría todo mi cuerpo, ni siquiera había tomado la precaución de preguntar quien era antes de abrir, el miedo y los nervios no me permitían pensar en ese momento, así que solo actué.

Respiré aliviada al ver que no era Leo la persona que había llamado a mi puerta, sino una camarera del hotel. Tenía ante mis ojos a una muchacha bajita, de tez oscura y cabello moreno, con unas facciones muy dulces y tiernas, llevaba el uniforme del hotel y sujetaba una caja bastante grande de color azul.

- Me manda el director, esto es para usted, señorita Hernández. - Dijo con acento latino. Cogí la caja entusiasmada, esta vez si sabía de quien era el regalo y quería conocer que se le había ocurrido tras saber que mi respuesta era afirmativa.

- Gracias, ¿ Tiene alguna información que darme más? - Pregunté intentando saber algún dato de la cita.

- No, señorita, al comunicarle la afirmación nos ha dado las instrucciones que debíamos seguir y si necesitaba algo más que solo tuviera que llamar a recepción sin ningún tipo de coste para nada que desee. - Iba a quedar con él por quitármelo de encima, pero por otra parte, la ilusión y el entusiasmo estaba haciendo eco en mi persona .

- Muchas gracias, si necesito algo más avisaré a recepción. - Mientras cerraba la puerta veía como la camarera iba perdiendose por el pasillo.

Abrí la caja y me encontré un vestido azul eléctrico , corto, por encima de la rodilla. Se ajustaba al torso, culminandolo un escote con forma de corazón. La falda del vestido tenía algo de vuelo aunque, por la tela con la que estaba hecho se dejaba caer con unos pliegues poco marcados. Lo contrastaban y decoraban unas flores blancas que caían por la espalda y el pecho a la vez formando un tirante, en la etiqueta pude reconocer que el vestido era de una conocida marca italiana. Justo debajo del vestido, envueltos en un papel de seda del mismo color que el vestido y la caja, encontré unos tacones blancos, sin ningún detalle, con la punta algo

afilada. Estos llevaban un par de notas pegadas en la suela.

En el tacón que correspondía al pie derecho decía : *"Gracias por aceptar mi cita"* y en el zapato que correspondía al otro pie ponía: *"Nos vemos en recepción a las 7 de la tarde, creo que te quedará bien todo, sería un honor que lo llevaras puesto"*.

Eran las 5 y media de la tarde, tenía tiempo suficiente para ducharme y arreglarme un poco. No iba a darle el gusto de verme con el vestido, bastante había accedido quedando con él como para encima darle este gustito, estaba entusiasmada pero a la vez, no terminaba de convencerme del todo la idea de quedar con él.

Opté por guardar el vestido y los zapatos en la misma caja para devolvérselo y me puse un vaquero rasgado, un top ajustado, liso, amarillo, que dejaba al descubierto mi ombligo y decoraba mi espalda con las cintas que ajustaban y ceñían la prenda a mi cuerpo, y para los pies, elegí unos tacones negros, parecidos a los que él me había enviado.

Intenté ocultar mis ojeras y palidez con un poco de maquillaje, pero poco pude hacer, ya eran las 6 y cuarto de la tarde. Intentaba de todas las formas que se me ocurrían ocultar mis ojeras y una y otra vez terminaba desmaquillándome e intentándolo de nuevo. Cuando al fin estaba consiguiendo algún efecto en mi rostro, entré María al cuarto de baño.

- ¿Dónde vas? - me preguntó animada, para que yo le confirmara lo que ya sabía por boca de Hugo.

- He quedado con Leo. - contesté de una manera que me resultó demasiado fría incluso para mi, a pesar de que sabía que no había hablado con Leo. Intenté ser algo menos brusca en mi tono de voz. - Me ha enviado un vestido y unos zapato, para quedar con él, encima de la cama esta la caja por si quieres echarle un vistazo.

Salió del cuarto de baño y cuando regresó, a los pocos segundos tría la caja en las manos, la dejo apoyada en la encimera que había junto al lavabo y la abrió. Se había emocionado ella más que yo al ver el contenido de la caja.

- Es precioso. ¿ No te lo piensas poner? - Preguntaba mientras se lo probaba encima de su ropa y se miraba de mil formas diferentes en el espejo.

- Bastante ha conseguido con que acepte la cita, no voy a concederle otro de sus deseos, no soy otra de las tantas chicas que habrá pasado por su vida que le consiente todos sus caprichos. - Contesté mientras terminaba

de usar el delineador.

- Además, en cuanto lo vea, le estoy devolviendo el vestido, eso tiene que costar una pasta, y no quiero más regalos, ya he tenido suficiente. - Dije, mientras agarraba el vestido que seguía sujetando María, para guardarlo.

- ¡Nooooo! - Grito imitando a alguna actriz de drama o tragedia. - Si tu no lo quieres me lo puedes regalar a mi, si no me queda bien, le haré algún arreglillo y listo. - Siguió añadiendo.

- Lo siento mucho, pero este vestido va a ser devuelto. - Le comenté mientras lo volvía a guardar en su caja.

Capítulo 51

Un poco de perfume antes de salir de la habitación y lista. Noté que me temblaba el pulso al abrir la puerta, intenté relajarme en el tramo de pasillo que conducía hasta el ascensor. Caminaba decidida pero nerviosa, respiraba hondo una y otra vez intentando relajarme y lo único que estaba consiguiendo era, empezar con una hiperventilación difícil de controlar. Me paré en seco antes de pulsar el botón del ascensor y centré mi mente en un único pensamiento : *"Te ha mentido, y lo seguirá haciendo"*. Sabia que era envenenarme más aún pero era la única forma de transformar mis nervios en rabia y que dejara de hiperventilar.

Volvió a mi mente el recuerdo del accidente, en mi cabeza retumbaban una y otra vez la voz de esa presentadora, como si la estuviera escuchando en ese mismo instante, de la mano de esa voz, dulce pero seria y directa, pasaban por mi mente las fotos y los vídeos de su familia, mi rabia aumentaba gradualmente. Sujeté la caja con una mano y pulsé el botón del ascensor con decisión. Estaba creando un diálogo en mi cabeza de como sería la primera conversación que tendría de nuevo con él, de todas las cosas que tenía que echarle en cara, no quería que se me olvidara nada.

Salí del ascensor y allí estaba, de pie en la recepción, esperándome, con una rosa roja en la mano. De pronto todos los pensamientos que había creado se esfumaron como el humo, volvió el temblor a mi cuerpo, mi respiración se entrecortaba conforme lo observaba.

Estaba guapísimo, se había afeitado y lucía impecable un traje azul marino, los pantalones dejaban ver sus tobillos. Cuando se giró me observó de abajo arriba como si no hubiera visto nunca nada igual, se fijó en cada detalle, hasta que decidió avanzar hasta mi. Se percató de que no llevaba el regalo que había enviado pocas horas antes, pero sin embargo si llevaba la caja entre mis manos, su gesto se torció, noté la disconformidad en su rostro.

- ¿Hay algún problema ? - Pregunté intentando saber el significado de su gesto.

- No es un problema como tal, pero esperaba verte con el vestido que había en esa caja. - Contestó sin tapujos.

- Creo que puedes conformarte con que haya aceptado la cita. - Repliqué sin miedo. Esperaba que me impondría hablar con él, por el hecho de saber quien era, pero no, tenía muy claro que tenía que reprocharle muchas cosas y esa idea me hizo perder todo tipo de vergüenza o tapujo. - Aquí lo tienes todo, tal y como lo enviaste, no

puedo aceptarlo. - Le dije mientras le entregaba la caja.

- No, no, no. No voy a consentirlo, es un regalo para ti, no pienso devolverlo ni mucho menos aceptaré que no te quedes con él, tíralo, quémalo o haz lo que quieras con el, pero no me lo devuelvas. - Contestó devolviendo el paquete a mis manos.

- Esta bien.- Acepte, a regañadientes. - Entonces, tengo que subir a dejarlo en la habitación. - Dije mientras me giraba para volver a coger el ascensor, creando una excusa para librarme de él, aunque solo fueran cinco minutos, su presencia seguía poniendome nerviosa y necesitaba volver a mi mantra " *Te ha mentido y lo volverá a hacer*" y su sonrisa me distraía.

- No te preocupes, Mónica te lo guardará en recepción. - Miró a la recepcionista mientras pronunciaba esas palabras, esperando la aprobación de esta.

- Por supuesto. - Añadió la recepcionista con una sonrisa amable.

- ¿Ves? Problema solucionado. - Dijo él risueño, mientras clavaba su mirada en la mía.

- Ya veo. Tienes soluciones para todo, por lo que veo. - Esa frase iba con segundas intenciones y tanto él como yo lo sabíamos.

Dejé la caja en el mostrador de recepción y la chica rápidamente la coloco debajo, donde no se podía visualizar desde ningún ángulo.

- ¿Nos vamos ? - Me preguntó mientras me ofrecía la mano que tenía libre.

- Se caminar solita, no me hace falta tu mano. - Refunfuñé.

Justo al dar tan solo tres pasos, tropecé con la alfombra que estaba colocada en la entrada del hotel, rápidamente, Leo, me sujeto para que no me diera de bruces contra el suelo, si no llega a ser por él, mis dientes hubieran adornado aquella bonita alfombra.

- Ves, como necesitas mi mano. - Me dijo, ayudandome a incorporarme por completo, mientras sonreía de manera pícara y se mostraba orgulloso, cual principe azul al salvar a su princesa en apuros.

- No estoy yo muy segura de que esta alfombra no este puesta ahí con mala intención para propiciar este momento, de ti me lo espero todo. - Contesté mientras levantaba la cabeza buscando una mirada de

complicidad y que continuaramos con el juego de tira y afloja en el que habíamos entrado.

Capítulo 52

Carcajeaba tras escuchar mi ocurrencia y salíamos del hotel escoltados por dos muchachos fuertes, altos y muy rubios, tanto que diría que no eran italianos.

En la puerta nos esperaba un Maserati Levante de color Yo estaba alucinando al ver el coche. Estaba impecable, parecía recién salido de fábrica. Era un coche que no dejaba indiferente a nadie. Me quede algo retraída, no me sentía cómoda subiéndome a ese coche tan lujoso.

Leo se adelantó a mí y me abrió la puerta del copiloto para que ocupara la plaza. Esto quería decir que iríamos solos en el coche, aún así seguía admirando el coche como un suceso increíble.

- ¡Vamos, sube! - Bramó Leo.

- Voy, voy. - Concluí nerviosa mientras subía a ese majestuoso coche.

Mientras Leo rodeaba el coche para ocupar su asiento, yo no dejaba de alucinar con la tapicería del medio de transporte en el que estaba subida. Una combinación de rojo y negro invadía el interior del coche, botones que indicaban diferentes funciones y, ante las cuales yo estaba ajena. Lo único que conseguí identificar era el volante y la palanca de las marchas, no llegué a encontrar ni el freno de mano, por mucho que lo busqué.

Me sentí algo ridícula subida en ese coche, no terminaba de encajar, era demasiado lujo para mi. Quizás él estuviera acostumbrado a todo eso, pero yo, solo llevaba subida en ese coche unos minutos y me sentía patética "¿Qué hacía yo en este mundo ? Sé que no terminaría de encajar entre tanto lujo. ¿Porqué había aceptado esa dichosa cita?" Me estaba arrepintiendo cada vez más y cuando me disponía a bajarme del coche, entró Leo y se sentó a mi lado. Parecía increíble, pero su presencia me relajaba, me sentía más cómoda con él allí. Algo que no estaba dispuesta a reconocer y mucho menos ante él.

Me miró y sonrió, yo le mantuve la mirada, no quería que pensara que estaba avergonzada o algo por el estilo. Volvía a tener esa mirada gélida, intensa y cariñosa que tenía en Trastevere y que me volvió loca.

- ¿Vamos solos ? - Pregunté mientras dirigía mi mirada a los dos muchachos que se habían quedado en la puerta del hotel.

- Si, hoy si. Step y Bruno se quedan. Vamos a un lugar... - Se quedó pensativo al intentar describir el lugar, eso me provocó miedo. - ...diría que es un tanto inaccesible para cualquier persona que no sea yo, o

alguien de mi familia. - Más lujo y ostentación, pensé.

- Me estás asustando. - Le confesé finalmente, sin dejar de tocarme el pelo.

Era una manía, un tic, se le puede poner el nombre que sea, pero cada vez que mi miedo y mis nervios se fusionaba, mi mano el pelo actuaban como un mecanismo de defensa, continuamente me cambiaba de lugar el pelo, me hacía trencitas, deshaciéndolas segundos más tarde. Esa manía llegaba a ser algo molesta a veces para los demás, porque les provocaba nerviosismo, el hecho de que no dejara mi pelo en paz, a veces alteraba a mis acompañantes.

- No tienes porqué asustarte, conmigo no te pasará nada malo. - Contestó tratando de tranquilizarme mientras agarraba la mano que tenía más cercana y me la acariciaba.

- ¿Cómo no voy a asustarme, si estrellaste un coche como este hace un tiempo? - Exclamé algo histérica, recordando las imágenes y la voz de la presentadora informando de la noticia.

- Eso no fue culpa mía, me cortaron los frenos. - Se justificó.

Yo no había escuchado la noticia por completo, al conocer la identidad real de Leo, me quedé tan perpleja que apagué la tele y no escuché nada más sobre la noticia. Pero al escuchar lo que había pasado se me heló la sangre, alguien quería matarlo, alguien había aprovechado un descuido para manipular su coche e intentar asesinarlo. Ese pensamiento hizo que recorriera un enorme escalofrío por mi cuerpo. Él, al verme paralizada y pálida, debido a mis pensamientos, me agarró la nuca y me acercó hasta su boca, dándome un beso casto en la frente. Aquel gesto me transmitió protección, aunque no dejaba de darle vueltas a la idea de que alguien quisiera deshacerse de él.

- No te preocupes, tengo a un ejercito de gladiadores que, desde entonces, revisan hasta el último detalle de mi vida. - Dijo intentando tranquilizarme.

Acto seguido arrancó el coche y comenzamos a descender, camino de la playa.

Capítulo 53

Mi ingenuidad me la jugó, por un momento pensé que iríamos a algún restaurante en el paseo marítimo, o incluso a algún bar típico de la zona, nada retirado del hotel, algún lugar para darnos la intimidad y neutralidad que el hotel no nos proporcionaba, pero no, estaba equivocada. Avanzamos hasta llegar a un pequeño puerto. Uno a uno revisaba todos los barcos amarrados en ese puerto y, cuando estaba centrando mi vista, en el yate más destacable, el coche se detuvo. Lo último que imaginaba era que, nuestro viaje continuaría a bordo de ese lujoso yate, pero fue así.

Bajamos del coche y, automáticamente, un chico se lo llevo, sin ni siquiera darme cuenta, mientras, nosotros avanzamos hasta el ostenso yate, en el cual, nos esperaba un par de jóvenes vestidos con el uniforme del hotel.

- ¿Ves como no tenías de que preocuparte? - bromeó.

- Qué graciosillo estas hoy ¿no? - contesté añadiendo a mis palabras un gesto de burla.

- Vamos, sígueme. - Me dijo, mientras cruzaba la pasarela que llevaba al yate, divertido por la situción.

Una vez subidos en el transporte, veía como dejábamos a nuestras espaldas el pequeño pueblo italiano. Por una parte tenía miedo, no tenia ni la más remota idea de dónde iba, estaba sola en su mundo, su mundo de lujos y riqueza, que acababa de descubrir, y en el que yo no me sentía muy cómoda, pero por otra parte, estaba segura de que no me pasaría nada malo, tenía la certeza de que iba a protegerme ante cualquier suceso.

Tras treinta minutos navegando, y observando como Leo se movía cómodo en el barco para un lado y para otro, realizando llamadas, estábamos en mitad del mar, sin nada a nuestro alrededor pero continuábamos moviéndonos, el azul de sus ojos destacaba mucho más con el reflejo del mar, cada vez que los miraba me parecían más bonitos y me quedaba mucho más eclipsada con ellos.

Algunos minutos después empecé a divisar una especie de isla a lo lejos. Cuando nos íbamos acercando me daba cuenta de que solo había vegetación y arena. “¿Dónde me había traído este?” Pensé.

Rodeamos la isla, un lugar realmente bello, un paisaje que era difícil encontrar por esta zona del mundo. Abstraída por la belleza del lugar, cuando me quise dar cuenta, el yate estaba amarrado y Leo me estaba

ofreciendo su mano para bajarme. En la playa nos esperaba un Quad rojo, junto a un joven que llevaba el mismo uniforme que todos los anteriores, imaginé que todos formaban parte de la empresa de Leo.

Tras atravesar un par de caminos de tierra y vegetación llegamos a una reja que, Leo abrió con un mando que llevaba en el bolsillo de la chqueta. Yo permanecía agarrada a su cintura, percibiendo el olor de su ropa, de su cuello, observando como el degradado de su pelo estaba perfectamente marcado,memorizaba cada detalle de su cuello, cada lunar, cada pelo fuera de lugar y cada poro de su piel descubierto, era tan perfecto, pero había sido tan idiota mintiendome que no se si llegaría a perdonarlo algún día.

Las puertas se abrieron y aparecieron 10 guardias de seguridad, 5 a cada lado del camino, a los que Leo saludo educadamente.

Me sorprendió que tuviera tanta vigilancia un lugar tan apartado del mundo y la civilización. Avanzábamos, por un camino asfaltado, adornado por palmeras y flores de diferentes tipos, hasta llegar a un mansión de color blanco, resaltaba entre la vegetación que la rodeaba. Cada vez estaba más incrédula, “¿cómo podía haberme engañado de esa forma tan rastrera? ¿cómo podía ocultar toda la ostentación con la que había vivido toda su vida? ¿Cómo podía ser tan mentiroso?”

Capítulo 54

Al fin llegamos a la entrada esas espectacular mansión. Él me ayudo a bajar del quad, un gesto que agradecí. Pero no pude evitar reclamarle lo que llevaba en mi pensamiento unos minutos ya.

- Menuda primera cita ¿no? - dije con ritintín. - Nada que ver con la primera que tuvimos de mentira . - Añadí . Él se pasaba la mano por la cabeza y la nuca intentando dar respuestas a mis palabra. Al fin exclamó.

- Nada que no pueda arreglar con el tiempo ¿no? - se le notaba avergonzado, como si se arrepintiera de tener toda esa fortuna, como si fuera algo malo.

- No se que Leo prefiero, la verdad. - Hice una pausa para contemplar toda la fachada de la mansión y reflexionar. - No se si prefiero al Leo, asquerosamente rico, del que no conozco absolutamente nada, o al Leo atento, amable, cariñoso, humilde, sencillo... que conocí en Roma.

- Soy una mezcla de los dos. - contesto cuidadosamente, intentando salir airoso de la situación.

- Sinceramente, me quedo con el Leo de Roma. No se si podría acostumbrarme a esto algún día. - repliqué decepcionada.

- Déjame demostrarte que soy el mismo, pasa al menos un día conmigo, aquí, por favor. - me suplicaba con la mirada que me quedara de la misma forma que su tono de voz se había hecho más débil y frágil.

Tras unos minutos en silencio, finalmente interrumpí.

- Esta bien, te doy 24 horas, ni una más. - dije un poco insegura de mi decisión. Me agarró las manos y esbozó una sonrisa enorme. Parecía un niño pequeño el día de la cabalgata de los Reyes Magos.

- Te prometo que será como en Roma. Es más, te contaré toda la verdad sobre todo, sin dejar ni un solo detalle. - contestó risueño.

- No me prometas nada, ya no me creo las promesas. - respondí decepcionada recordando a Paolo. - Tendré que avisar a Hugo y a María. - añadí mientras me disponía a sacar el móvil del bolso.

- No te preocupes, avisaré para que se ocupen de eso. - dijo mientras me ayudaba a guardar de nuevo el smartphone. - Vamos para dentro, quiero que veas algo. - añadió mientras me agarraba de la cintura y me conducía

a la entrada principal.

El principal elemento del recibidor era una escalera de mármol oscuro, contrastaba con el color blanco de las paredes. Unos techos altos dejaban pasar la luz por las cristaleras que los cubrían. Junto a ella había un sillón de estilo francés de color blanco. Cerca de la puerta una mesa de madera oscura que, portaba un precioso jarrón chico con lirios blancos. Continué caminando tras Leo por el pasillo, que conducía a un precioso salón con vistas a una playa, sin quitar la vista de todos los detalles de esa espléndida casa.

En el salón destacaba, entre el contraste de muebles blancos y negros, un piano de cola negro, parecía que alguien había estado tocando recientemente, porque no estaba perfectamente colocado como los otros muebles de la sala.

- Por ahí . -Me indicó Leo, señalando a las puertas que se encontraban detrás del piano.

Unas puertas, que nos conducían a una terraza con una piscina enorme, a ras de suelo, un suelo que era de una madera más clara que la del interior de la casa. Me estaba quedando boquiabierta, en esa casa estaba cuidado hasta el último detalle.

Sentí como unas manos cubrían mis ojos y dejaba de ver.

- ¿Qué pasa ahora? - Pregunté asustada.

- Nada, confía en mí. - contestó. Llamadme loca pero sentí que sonreía, no se como ni de que forma, pero notaba su energía y la alegría que esbozaba su cara, a pesar de estar tras de mí y yo tener los ojos cerrados.

Capítulo 55

De pronto escuchaba el ruido de las olas combinado con una balada italiana, cantada por una voz femenina muy dulce, que casi notaba como me mecía, lenta y suavemente.

- Si me prometes que no abrirás los ojos te retiro las manos – me susurró al oído.

- Lo prometo. - contesté suavemente.

Sentía como sus manos se retiraban de mis ojos e iban a parar a mi cintura, rodeándome por completo. Nos dejamos llevar por la balada y danzábamos estáticos, con un leve movimiento al mismo ritmo, meciéndonos, dejándonos llevar por esa voz tan dulce y sensual.

Me sentía a gusto, me estaba volviendo esa sensación que descubrí en Roma con él, me sentía tranquila, plena, no quería que le canción terminara nunca, me encontraba tan bien, que no quería que ese momento terminara nunca.

La canción terminó y comenzó otra parecida con la misma voz. Pero ya no danzábamos, al menos no juntos. Sentí como se separa de mi y me agarraba de las manos, guiándome, a ciegas al lugar donde quería que fuera. Unos 15 pasos y 6 escaleras me separaban de ese lugar, cuando ya estaba arriba, para no interrumpir el clima me susurró al oído :

- Puedes abrir los ojos cuando quieras.

Hice caso a sus palabras y abrí los ojos lentamente.

Estábamos en una terracita con unas vistas increíbles al mar, estaba anocheciendo y la estampa era única. Justo delante de mí, tenía una mesa de madera con un mantel blanco, impecable. Un par de sillones blancos y sobre la mesa un par de juegos de cubiertos, una vela y un par de copas.

- ¡Esto es precioso! - Exclamé.

- No tanto como lo que estan contemplando mis ojos ahora mismo. - Cuando lo miré incrédula por lo que acaba de decir, me percaté de que me estaba observando sin perder detalle, al segundo comencé a ruborizarme.

- ¡Calla! Que me vas a poner roja. - Le contesté bajando la mirada avergonzada.

- Está bien, ya paro. - Agarró el sillón de la derecha y lo retiró. - Por

favor, toma asiento. - Añadió.

Lo tenía frente a mí y se me había olvidado todo el enfado que tenía por la cantidad de mentiras que había conseguido que me tragara. Miraba su sonrisa, sus ojos, su nariz... y me perdía en ese triángulo perfecto. Solo era capaz de sonreír como un boba y observar cada detalle de ese maravilloso hombre. No había sido capaz de olvidar aquellos momentos y aquel sentimiento, lo había guardado en una cajita en el fondo de mi ser, pero no lo había sacado de mí.

Me sirvió vino, un vino tinto que esta en una cubitera junto a su asiento.El vino era el mismo que había comprado aquella noche que me cocinó, su sabor y su textura me transportaron a ese día, ese momento, casi lo podía volver a repetir gracias al vino.

Capítulo 56

- Bien, ahora que ya estamos tranquilos, quiero hablar contigo. - Dijo volviéndose algo serio y mirándome a los ojos. Eso me puso algo nerviosa. - El día que te vi por primera vez en mi restaurante, te juro que me enamoré de ti, y sé que suena algo exagerado, pero fue así, me enamoré de tu naturalidad, de tu sonrisa, de tu ingenuidad, de tu inocencia. Y no podía dejarte escapar, supuse por como eras que no querrías a alguien como yo, por que al segundo pensarías que te estaría utilizando para un polvo y nada más, por eso no quería quedarme a dormir en tu casa, porque me encantabas, porque me encantas, y sabía que si dormíamos juntos no podría resistirme y no quería eso contigo. Por otra parte, me he vuelto loco este tiempo sin ti, no quería saber de nada ni de nadie que no fueras tu. Mara, es mi tía y Roberto es su marido. - Estaba alucinando al escuchar aquellas palabras, abrí los ojos de tal forma que pensé que se saldrían de la cuenca. - Se que te lo tenía que haber dicho antes, pero nunca es tarde si la dicha es buena ¿ no dicen eso en España? - Asentí, no podía articular palabra, aún estaba asimilando toda esa información y aún me quedan cosas por saber. - Pues bien, es como mi segunda madre, y está al tanto de todo y sobre todo, de que estoy loco por ti. El mensaje que te envió con la leyenda del hilo rojo fue para que te planteases si querías casarte o no, si sentías algo por mí o ya no. No estoy casado, ni lo he estado nunca. Tampoco tengo hijos, a pesar de la cantidad de bulos que vas a encontrar en internet, sobre caza-fortunas. Me he hecho, religiosamente, todas las pruebas de paternidad correspondientes, y si no me crees, tengo todos los resultados en una carpeta. Yo no he querido vivir solo de mi apellido, estudié Cocina, Administración y Dirección de Empresas e Ingeniería Mecánica. - Hizo un pausa, respiró hondo, sonrió y dijo. - No me llamo Leonardo. - Cuando escuché eso se me paralizó el corazón por completo, ¿en serio? ¿hasta con eso me había mentido? - Mi nombre real, y por el que me puedes encontrar en google, es Julio Cesar Leonardo Maserati, mi madre me lo puso en honor a los antepasados italianos que tanto idolatra, Julio Cesar, por su fortaleza y Leonardo por su inteligencia. La gente me suele conocer como Julio Cesar o Julio, lo de Leonardo, aparece en alguna biografía y poco más. Mi familia aún conserva algunas acciones de la empresa de coches, mi padre no ha querido desvincularse por completo de la empresa como han hecho mis tíos y a parte, tenemos 48 hoteles por toda Italia y 62 restaurantes, pero eso son datos económicos en los que no me gustaría entrar. Aunque si tienes alguna pregunta, solo tienes que decirla y la contestaré encantado, con todo lujo de detalles.

- No se, estoy un poco... no se... ¿ esta casa es tuya? ¿ o es de tu familia? - pregunté insegura. No había asimilado aún toda la información, por lo tanto, igual me lo había dicho y yo no me había enterado.

- Esta casa es mía, y la isla también, por mi décimo octavo cumpleaños mi padre me regaló la isla y yo decidí construir esta villa aquí, pensé que era de los poco lugares que me daría intimidad real. - Se sinceró.

- Vale, pues no se. - Dije algo incomoda. - No se que preguntarte, aún estoy un poco alucinada.

- No te preocupes, cuando se te ocurran las preguntas me las vas preguntando, aunque no vengan al caso. - Me agarró las manos y aquel gesto se tradujo en una sensación de paz y tranquilidad en mi cuerpo. - Ahora vamos a cenar, ¿ o no tienes hambre?

- Si, si. - Contesté algo tímida. Haber escuchado quien era y todo lo que poseía me había intimidado, me sentía muy poca cosa para él.

□

Capítulo 57

Al minuto apareció un chico con un par de platos de ensalada Cesar, muy propias para el momento, pensé.

Cuando estábamos terminando, el mismo chico, nos sirvió un par de pizzas, iguales que las que él me había hecho en mi apartamento de Roma, bueno, el apartamento de su tía.

Y como postre, helado, un helado que me resultaba bastante familiar y conocido. Mientras yo saboreaba el helado intentando sacarle el sabor exacto, Leo reía divertido observando mi cara.

- ¿Qué te pasa ? - Dijo divertido. - ¿ No le encuentras el sabor al helado?. - Añadió riéndose.

- Si, no se de que es. - Contesté algo frustrada.

- Pues lo hiciste tú. - Dijo mientras soltaba una carcajada al ver mi cara. - Es más lo seguimos vendiendo. Aunque tu no supieras lo que le habías echado, mi tío se quedo con todo, lo anotó cuando nos fuimos y ha seguido vendiendo ese helado, y por supuesto, yo lo tengo en casa.

- Yo pensaba que habíais hecho uno parecido y le habíais puesto mi nombre, no se, porque os gustó, o yo que sé. - Intenté explicar mi incredulidad.

- En absoluto señorita, esta exactamente igual que usted lo hizo, aquella noche. - Suspiró tras terminar la frase.

Terminamos de cenar y la música nos estaba invitando a continuar bailando como lo habíamos hecho antes, pero esta vez de frente. Mis manos tras su cuello, las suyas en mi cintura y pocos centímetros de distancia entre nuestros labios, unos labios que suplicaban ansiosos besarse.

Me empezaba a perder en el azul de sus ojos, cuando esbozó una sonrisa y desvié la mirada ahí, a su boca, a sus labios, a su sonrisa, una sonrisa perfecta que hacía que me derritiera cada vez que la tenía cerca, unos labios que moría por besarlos de nuevo. Notaba como sus labios se acercaban a los míos, cada vez nos separaban menos centímetros, ya solo quedaban milímetros entre nosotros. Sus labios rozaron , al fin, los míos. Echaba de menos esa sensación, echaba de menos sus labios, su sabor, su textura, su dulzura, lo echaba de menos a él. Nos fundimos en un beso eterno, un beso dulce, profundo, en el que nos contábamos todo aquello

que no nos atrevíamos a decir con palabras.

A separarnos me quedé mirándolo fijamente hasta que no le pude sostener la mirada y la vergüenza se apodero de mis mejillas, dejándome caer en su pecho, incitándolo, así, a rodearme con su brazos, y así fue. Me encontraba en el mejor lugar del mundo, entre sus brazos, cerca de su boca, cerca de su corazón. Me agarró con fuerza, tanta que pude escuchar con claridad el latido de su corazón.

- Como te he echado de menos, Victoria. - Susurró, mientras disminuía la fuerza con la que me estaba abrazando y me separaba de él para volver a besarme.

- Yo también te he echado de menos. - Contesté dulcemente, tras el beso.

- Vamos dentro, te voy a enseñar tu habitación. - Dijo mientras me agarraba de la mano.

- ¿Pero no vamos a dormir juntos? - Pregunté extrañada.

- Hoy no, creo que es mejor así, no quiero que confundas mis intenciones, ni que te hagas más lío del que tienes en la cabeza. Cuando confíes plenamente en mí y conozcas mis intenciones, entonces, si te sigue apeteciendo, dormimos juntos y vemos que es lo que pasa.

- Está bien, como quieras. - Realmente, no me había gustado esa contestación, porque quería dormir con él, pero por otro lado, tenía razón, no quería aumentar mis problemas.

Capítulo 58

La habitación era tan grande como mi piso de España, tenía absolutamente de todo. Una cama de dos metros presidía la habitación, la combinación de blanco y negro seguía presente. Un par de sofás ocupaban parte del espacio de la habitación.

Crucé la habitación tras Leo, que dejó ver las vistas que había tras una cortinas de color gris perla, eran espectaculares, las mejores vistas que había tenido en mi vida. Cruzamos un arco que nos llevaba a un baño en el que había un jacuzzi en el centro de la habitación, justo detrás de él una puerta de cristal combinada con unos hierros de forja , Leo, se dirigía hacía esa puerta y justo antes de abrir, se giró me miró y me dijo :

- Todo lo que vas a ver aquí, esta comprado exclusivamente para ti, úsalo, no te cortes, todo esta nuevo. - Sonrió.

Finalmente abrió la puerta y encendió la luz. Era un vestidor enorme. Habría más de 200 pares de zapatos de todos los colores y estilos, vestidos, pantalones, faldas, blusas, camisetas, chaquetas, bañadores, bikinis... absolutamente de todo lo que te puedas imaginar y todo con marcas de alta costura. Quede alucinada, no sabía que decir, no podía aceptarle ese regalo, ahí habría miles y miles de euros.

- Leo, te lo agradezco muchísimo, pero no puedo aceptar este regalo, es demasiado. - dije algo incomoda por la situación.

- Nada es demasiado para ti, pero bueno, tómalo como un préstamo, que lo puedes usar y devolver a su lugar, ¿vale?

- Está bien. - Dije resignándome. Sabía que si seguía negándome, iba a encontrar la forma de que lo usara de todas formas, así que evité alargar el proceso.

- Te dejo tranquila, si necesitas algo en la mesita de noche tienes los números de los empleados y el de mi habitación, solo tienes que marcarlos. - Añadió dirigiéndose a la puerta. - Qué pases buena noche princesa, por la mañana nos vemos.

- Buenas noches a ti también. - Contesté tímida.

Al quedarme sola, me senté en uno de los lujoso sofás y revisé mi móvil, estaba segura de que tendría algún mensaje de María, maldiciéndome y contándome todo lo que me estaba odiando por no ser ella la que estaba en mi lugar.

Pero no, lo que encontré para mi sorpresa es un mensaje de Hugo, me daba miedo leerlo, no estaba acostumbrada a que fuera él, el que me escribiera cuando estaba con María, por lo tanto, pensé que podía ser alguna declaración de amor o algo por el estilo. Guardé el móvil en el bolso busqué un bañador en el enorme vestidor y me bajé a la playa.

Hacía una noche perfecta, la luna estaba llena, aquel lugar trasmitía paz, y la temperatura del agua y del ambiente incitaba a bañarse.

Tras unos minutos dentro del mar, me senté en la orilla. El agua mojaba mis piernas por completo, el agua casi llegaba a mi cintura, cubría parte de mis glúteos. Esa combinación me encantaba, la humedad del agua y la brisa cálida nocturna, eran el mejor contraste, me estaba relajando dejándome llevar, sin pensar en ningún problema. Nada me venía a la mente, solo disfrutar de la sensación y de las vistas.

Capítulo 59

A mis espaldas, a lo lejos, escuché que alguien gritaba mi nombre y me abstraía de ese estado de paz y tranquilidad. Me giré y comprobé que Leo venía corriendo hacia la playa, gritando mi nombre y con un teléfono en la mano. Me levanté y fui a su encuentro.

- Es María, está bastante alterada, me ha dicho que es importante, que sino no hubiera molestado. - Dijo sofocado. Aquella situación era muy extraña y me estaba empezando a asustar. Cogí el teléfono y contesté, mientras Leo permanecía atento a mi lado.

- María, soy yo ¿Qué pasa? - contesté nerviosa.

Al otro lado del teléfono escuchaba como María me relataba el problema y yo palidecía al escuchar sus palabras. Las únicas palabras que pude emitir fueron:

- Mañana a primera hora estoy allí. No te preocupes. - Susurré temblorosa, intentando ocultar mi preocupación. Colgué el teléfono.

- ¿Qué pasa princesa? - Dijo preocupado.

- Hugo ha desaparecido, se ha dejado el móvil en el hotel y se ha ido. Es raro, el no suele dejarse nunca el móvil atrás, es un adicto a las redes sociales y no puede pasar un segundo sin tiwttear, María lleva toda la tarde buscándolo y no tiene ninguna señal de él. - contesté preocupada.

- No te preocupes, aparecerá, el pueblo no es muy grande, avisaré para que peinen la zona y lo busquen durante toda la noche por todos los rincones. - Dijo intentando aliviarme.

- Gracias, de verdad.

Al momento recordé que el mensaje que me había enviado igual tenía alguna información. Subí corriendo a mi habitación, dejando a Leo en la playa haciendo llamadas, y comprobé el mensaje.

"Vicky, me estoy dando cuenta de que creo sentir algo por ti, no se como definir este sentimiento, pero se que no es amistad. Necesito pensar y aclararme, no puedo imaginar que estés con otro hombre. Lo de Paolo lo tenía un poco asumido, pero esto, no puedo digerirlo, creo que te quiero. Estaré bien, llevo dinero y la tarjeta, el móvil se quedará en el hotel, no quiero tener la tentación cerca, así evitaré poder hablarte. Estaré bien, no te preocupes por mi, no tardaré en volver."

El mensaje hizo, por una parte, que me quedara más tranquila, pero por otro lado, se me acababa de sumar un problema a los que ya tenía.

Copié y pegué el mensaje en la conversación que tenía con María para que así ella también se quedara más tranquila. Su respuesta llegó al segundo.

- Lo qué no entiendo es ¿porqué no me ha avisado a mi ?

- No se, pero al menos sabemos que no lo han secuestrado, ni nada por el estilo.

- Eso es un alivio. Pero ahora tu tienes un marrón.

- Si hija, en cuanto vuelva, no se con que cara lo voy a mirar.

- Yo creo que deberías sincerarte con él. Decirte que te encantó cuando lo conociste pero que ahora sientes algo por otra persona y que te fascina tenerlo como amigo, que no quieres perder esa amistad. ¿O no es así?

- Si, bueno... Creo que yo no lo hubiera dicho mejor.

- Ea, pues ya tienes un problema menos. Y ya no hace falta que te vengas mañana a primera hora. Disfruta de tu príncipe azul.

- Vale, cielo. Me voy a dormir, mañana hablamos. Descansa y avísame en cuanto aparezca.

- Descansa cariño. Yo te aviso de todo.

Me puse uno de esos pijamas de seda que había en el vestidor y me dejé llevar por Morfeo.

Capítulo 60

"Buenos días princesa" Me abstrajo del sueño una voz familiar. Al abrir los ojos estaba allí, tumbado a mi lado, tan guapo como siempre. Sonreí.

- Vamos, dormilona. El desayuno nos está esperando.

- ¿Pero que hora es? - pregunté aún medio dormida.

- Las 11 de la mañana. - Contestó acariciándome el pelo.

- ¡Madre mía! Es super tarde – Dije mientras salía de la cama a toda prisa. - ¿ Porqué me has dejado dormir tanto? - Le pregunté mientras entraba al baño para espabilarme con un poco de agua fría.

- Ese pijama te queda muy bien, muñeca. - Contestó desde la cama jugueteando con las sábanas.

- Tengo que volver al hotel, en serio, ¿ porqué no me has despertado antes? - Pregunté molesta. Al mismo tiempo que veía por el espejo, como Leo se dirigía al mismo lugar donde estaba yo.

- Porque ya he encontrado a tu amigo y he hablado con tu amiga, y no es necesario que vuelvas hoy. Hugo está de camino al hotel y María esta encantada con la idea de que te quedes al menos 24 horas más. La decisión es tuya. - Dijo mientras se apoyaba en el marco de la puerta del baño.

Me giré para poder mirarlo de frente.

- Eso es jugar sucio. Dijimos que solo serían 24 horas. - Le repliqué intentando ocultar que me había divertido el hecho de que se tomara tantas molestias para que me quedara más tiempo con él.

- Un poco sí para que vamos a engañarnos. Pero, no he tenido suficiente. Piénsalo mientras desayunamos. - Contestó haciendo una mueca para darme pena y al segundo desapareció.

Elegí uno de los vestidos que me había prestado, porque me seguí negando a aceptar el regalo. Cuando bajé, estaba sentado en la terraza donde habíamos cenado, la imagen era perfecta para una postal. La luz del sol hacía destacar todo lo que lo diferenciaba de los demás, el rubio dorado de su pelo, el azul intenso de sus ojos, sus facciones, sus músculos y sobretodo, su sonrisa. Unas mariposas revolotearon en mi estomago al contemplar la estampa.

Quería quedarme, quería pasar todo el tiempo del mundo con él, me daba igual el resto del mundo, pero yo quería estar con él. Ese fue el momento en el que tome la decisión.

- ¿Qué haces ahí parada? Ven a desayunar – Gritó desde la mesa.

Me acerqué a él y le susurré al oído.

- Sí. Me voy a quedar. Todo el tiempo que haga falta. Me encanta estar contigo.

No me dejó ni tomar aliento cuando ya tenía sus labios besándome, una sonrisa combinaba con una sucesión de besos dulces y tiernos. Me agarró de la cintura y me sentó en su regazo. Me retiró lentamente el pelo de la cara y continuó besándome. Cada vez que sus labios rozaban los míos, me sentía en el séptimo cielo.

Terminamos de desayunar entre besos y roces, y nos fuimos a la playa. Mis pies tocaban la arena que, ya estaba algo caliente.

Corrí hasta la orilla, para evitar quemarme los pies y él, divertido, seguía mis pasos. Cuando me alcanzó, me abrazó con tal fuerza que caímos rendidos en la orilla. Entre el agua, la arena y nuestra ropa completamente empapada, no solo por el agua.

Poco a poco íbamos siendo el objetivo visual de más de un trabajador, aunque la pasión seguía creciendo entre nuestros cuerpos. Mi espalda se arqueaba al notar su mano subir por mis muslos, nuestras respiraciones se acompasaban, cada vez más veloces. Rastros de besos iban dibujando mi piel. Notaba como sus dedos, fuertes y decididos, se abrían paso por mis bragas, llegando hasta lo más íntimo de mi cuerpo. Sentía como sus dedos me acariciaban, lentamente, y sin dejar de hacerlo sus besos cobraban más fuerza con el paso de los minutos. Sus dedos comenzaron a descubrir mi interior, mi respiración se entrecortaba y el sonreía pícaro porque sabía que me estaba haciendo estremecer. Deje de sentir ese placer para notar como su miembro tropezaba con el borde superior de mis bragas, jugando con mis zonas más sensibles.

Tras un par de maniobras, decidió que seria más fácil por el mismo recorrido que previamente había hecho su mano. Apartó las bragas, y sentí como su miembro iba entrando en mi, poco a poco, lentamente. Notaba como me iba abriendo a su paso, como el placer aumentaba. Comenzamos a danzar, unidos, al compás de las olas, estás chocaban en nuestros cuerpos aún cubiertos por la ropa empapada.

Capítulo 61

El séptimo cielo se había quedado muy abajo para mí,pude alcanzar una altitud que ni yo la hubiera imaginado, he de confesar que incluso tuve vértigo. Sentía como poco a poco el placer era más intenso, sus brazos, ejercían más fuerza sobre mí, al igual que su miembro. La frecuencia aumentaba. Noté como acariciaba el pelo y al segundo estaba enredado en su mano. Cada vez que su virilidad llegaba a los más profundo de mi ser, me agarra más fuerte del pelo, y yo, sentía cada vez más y más placer, un placer que me resulta difícil explicar. Un par de minutos después, sintiendo como Leo conocía los rincones más oscuros de mi cuerpo, caí rendida en la arena.

Había palpado el calor que, minutos antes recorría mi cuerpo. Disminuía mi respiración. Respiraba profundo, recuperándome de toda la actividad y el placer que me había dado es hombre. El hombre con el que quería pasar el resto de mi vida, que en ese instante me sonría y me miraba de esa forma que solo él sabía hacerlo. Quería que fuera él, con el que compartir mi vida y tener una familia, pero sin vivir en su mundo, algo complicado.

- Esperame aquí, vuelvo en un minuto. -Me dijo mientras se levantaba y acomodaba la ropa. Me dió un dulce beso en la frente y comenzó a caminar.

- No pensaba moverme de aquí. - Le grité sentada en la orilla, donde minutos antes nos habiamos fundido.

Volvió hasta la casa, dejándome sola con mis pensamientos. No podía creer que alguien que me había mentido hasta la saciedad, me podría gustar tanto, y no solo gustar, sino que estaba completamente enamorada de él. Pero, ¿de quien estaba enamorada? ¿Del Leo que conocí en Roma? ¿ O de Julio ? ¿El dueño de media Italia? Sí, suena exagerado, pero todo era demasiado para mi. ¿Y si no se comportaba de la misma forma conmigo? Estaba hecha un lio y necesitaba pensar las cosas sin que nadie ni nada me condicionara.

Justo en ese momento llegó Leo con un par de muchachos que había visto previamente por la casa trabajando. Portaban una caja bastante larga, que cuando llegaron a mi altura, la abrieron y empezaron a sacar unos hierros y un trozo de tela.

Mientras observaba como montaban una carpa bastante grande y amplia, Leo me abrazaba por la espalda y me besaba el cuello y cabeza, alternativamente. Antes de que terminaran de montar la carpa llegaron

otros dos chicos y traía tumbonas de madera.

Poco a poco fueron creando un espacio perfecto para los dos. Una mesita, una nevera, un mueblecito con 20 cremas y aceites diferentes, toallas... Pasamos un día perfecto en la playa, no tuvimos que movernos para nada, cualquier cosa que quisiéramos, nos las traían, algo con lo que yo no estaba totalmente de acuerdo. La casa no estaba lejos de la playa y yo podía ir a por lo que necesitara, pero Leo se empeñó en que su trabajo era ese, y que lo que necesitará solo tenía que pedirlo. Así que procuré solo pedir lo justo. A la hora de la comida y poco más, no quería hacer a esas personas caminar más de lo que debieran por mis caprichos.

Vimos como el sol agotaba sus últimos minutos, en la orilla, sentados, mezclándonos con la arena que se llevaban y traían las olas. Dejé caer la cabeza en su hombro y al segundo, ese hombre me estaba abrazando, sin dejar de mirar el sol. Nos acariciábamos y nos besábamos esporádicamente, sin perder de vista el horizonte. Volvimos a la casa y decimos duchárnos juntos.

Entró en la ducha y ver como le caía el agua por todo el cuerpo me abstrajo de la realidad, solo podía concentrarme en ese cuerpo perfecto, mojado. Como, cada gota que caía de la ducha iba recorriendo paso a paso cada poro de su piel. Una piel perfectamente dorada por el sol. Su cuerpo era un espectáculo por sí solo.

Capítulo 62

- ¿ Me puedes explicar que haces ahí parada? ¡Vamos, entra a la ducha! - Exclamó mientras me metía a la ducha con la ropa puesta.

- ¡Estás loco! Al menos deja que me desnude. - Repliqué saliendo de la ducha para desnudarme.

Una vez tenía la ropa completamente quitada, entré en la ducha y esta vez no era yo la que estaba embobada, sentía como sus ojos se clavaba en mi. Me sentí observada. Algo que me hizo pasar vergüenza.

- Deja de mirarme así, vas a conseguir que me ponga roja. - Dije mientras me daba la vuelta.

- ¿ Y si te miro así? - Contestó mientras me giró y me acercó a él. Pude notar como todo su cuerpo sentía mi presencia. Su frente estaba pegada a la mía, nuestros labios casi se tocaban. Y nuestros cuerpos, empapados, no dejaban pasar el agua hasta nuestros pies. Nuestra piel se había fundido y poco a poco nos dejamos llevar por la pasión hasta terminar exhaustos.

Tomamos la decisión unánime de no bajar a cenar, de que nos dejarán la cena en la habitación en la que yo había dormido. Allí cenamos, desnudos, el uno frente al otro. Aquella noche volví a dormir acompañada, me resulto extraño, volver a compartir la cama con un hombre, y sobretodo con un hombre que no fuera Paolo. Pero la sensación era muy agradable, por lo que caí rendida a los pocos minutos de que Leo, me rodeara con sus brazos y me acariciara el pelo.

Por la mañana me desperté sola, supuse que habría bajado a hacer ejercicio, pero cuando mire al otro lado de la cama vi una nota, escrita con su letra, pude identificarla porque era la misma letra de las notas de los regalos y la carta.

"Victoria, he tenido que irme a Milán por cuestiones de trabajo, pasaré allí unos días. Desayuna y cuando quieras le dices a cualquiera de los empleados de la casa que te lleven hasta el hotel.

Prometo compensarlo. Cuando vuelva iré al hotel a buscarte. Te quiero preciosa y sonríe. Un sonrriso non può cambiare il mondo. Ma un sonrriso può cambiare il modo di vedere il mondo."

Aquella noticia me sentó como si me hubiera caído un jarro de agua helada por la cabeza. Resignada por la situación busqué un folio y un bolígrafo y me dispuse a escribirle una pequeña notita para dejársela en

su habitación, a modo de sorpresa.

"No tienes que compensarlo con nada, estos días contigo han sido perfectos. Espero que todos los días de mi vida sean así, no por el lugar ni el entorno, sino porque los pase junto a ti. Gracias por aparecer en mi vida. Yo también te quiero"

Salí entusiasmada de mi habitación, caminé algunos metros por el pasillo hasta llegar a su habitación. Entre allí, olía a él, su perfume estaba aún en el ambiente. Me dirigí a su almohada y coloqué la nota, pero no me podía ir de allí sin curiosear un poco. La habitación era bastante similar a la que yo tenía pero en tonos más masculinos, algo más oscuros. Me dirigí a su vestidor y encontré alrededor de 20 trajes de marca, colgados junto a camisas de color blanco, un blanco impecable. Al final del vestidor había un pequeño armario que llamó mi atención.

Al abrirlo encontré ropa de mujer, esta, no tenía etiqueta, revisé la talla y ninguna prenda podría servirme, por lo tanto aquella ropa no era para mi, ni por casualidad. Aquello me dejó un poco pensativa. Olí la ropa y conservaba el perfume de alguna mujer que me resultaba familiar. Salí del vestidor intentando recordar que recuerdo era el que relacionaba con ese olor, pero no lo logré identificar.

No podía dejar ese hecho aislado, tenía que encontrar algo que me explicara a quien pertenecía esa ropa. Busqué en los cajones, en el cuarto de baño, en los armarios que había en la habitación, pero no encontré nada nuevo. Como último recurso , miré debajo de la cama.

Un maletín plateado estaba oculto tras un par de zapatos. Una vez encima de la cama, no me atrevía a abrirlo. Me daba miedo lo que pudiera descubrir. Pero era algo que no estaba muy escondido, si hubiera sido algo importante, no estaría allí, estaría bajo llave. Me armé de valor y lo abrí. Algunas cartas escritas a mano cubrían unas fotos en el fondo del maletín. Cuando descubrí de quien se trataba mi mundo se desmoronó. Sentí como se rompía algo dentro de mi, en mil trocitos, tan pequeños, que sería imposible arreglarlo.

Capítulo 63

Se trataba de unas fotos de boda, una boda entre Leo y Melissa. El había sido con el que había engañado a Paolo. Leo era con el extranjero con el que se casó. Dejé el maletín abierto sobre la cama y rompí la nota que le había dejado. Sobre el suelo de su habitación quedaron esparcidos los trocitos de papel y de mi corazón. Había vuelto a confiar en él y me había mentido de nuevo.

Me puse mi ropa y bajé gritando por las escaleras.

- ¿ Quien coño es el que me va a llevar a el hotel? - No pude ocultar las lágrimas en mi cara.

Justo en la puerta había un chico esperando.

- Yo soy el que la llevará al hotel. - Me contestó el chico con voz temblorosa, vi en su cara el miedo al ver mi rostro, sabía que había descubierto algo que no debería saber.

Una vez en el hotel, pedí mi llave en la recepción, en la cual me avisaron de que mis amigos no estaban. Pensé que sería mejor para todos. Una vez en la habitación hice la maleta sin dejar de recordar aquella maldita imagen. La cual trajo a mi recuerdo el momento de mi boda. Y el día que los encontré en mi apartamento. ¡Claro! De eso me sonaba en perfume de mujer. Llamé a recepción y para que pidieran un taxi. Cuando llegué al hall dejé la tarjeta en recepción y la chica no pudo evitar preguntarme.

- ¿Se encuentra bien? - Dijo preocupada.

- Perfectamente. - Contesté con voz firme mientras me dirigía a la puerta para esperar el taxi.

No podía creerlo. Los dos hombres que había querido y en los que había confiado plenamente me habían engañado, y para colmo, con la misma mujer. Me estaba agobiando y sentía que todo se volvía pequeño, necesitaba salir de allí, lo antes posible, no quería ver a nadie, solo quería estar sola y salir de allí.

En cuanto me subí en el taxi me di cuenta de que no sabía a donde quería ir, lo único que quería era salir de allí, me daba igual a donde ir. Por lo que le dije que me llevara al aeropuerto más cercano.

Una vez allí pregunté en una de las taquillas a donde eran los siguientes vuelos. Y cuando la chica me dijo París. Se me iluminó la cara. Nadie sabría que estaría allí, y sería el mejor lugar para aclararme y saber que hacer con mi vida. Compré el billete y me subí a ese avión sin que nadie

lo supiera, ni siquiera yo misma sabía lo que estaba haciendo con mi vida.

Reservé un par de noches en un hotel en el barrio de Montmartre. Solté la maleta y me salí a pasear por sus pequeñas callejuelas. No podía dejar de pensar en todo lo que esa mujer había causado en mi vida. Pero la culpa no era solo de ella. Ambos me habían engañado. Había perdido toda la confianza en ellos de un plumazo.

Sabía que no podía volver a España porque, seguramente Paolo vendría a pedirme perdón o, incluso Leo podría presentarse en mi apartamento. Mi móvil permanecía apagado, para evitar cualquier tipo de rastreo, no me fiaba en absoluto de Leo, era capaz de todo con tal de encontrarme.

Cené una ensalada en un restaurante cerca del hotel y subí a mi habitación. Me tomé un par de relajantes que traía de España tras lo de Paolo y caí rendida, sin deshacer la cama.

Por la mañana, amplié mi reserva una par de noches más, porque aún no sabía que hacer con mi vida.

El metro me llevó hasta la Torre Eiffel, pasé la mañana algo distraída visitando el monumento y sus alrededores, pero París no me estaba quitando de la cabeza nada de lo que había pasado en Italia. Decidí volver al hotel y pasar la tarde en la piscina. No me apetecía seguir dando vueltas por París sola. Antes de subir a la piscina, que se encontraba en la terraza. Encendí la televisión para poner música mientras me cambiaba de ropa y ordenaba un poco la maleta. Con la mala suerte de tropezarme con un canal italiano, en el que en ese momento estaba saliendo Leo. Cuando me disponía a cambiar de canal salió una foto mía. Me sorprendí tanto que el mando terminó por los suelos.

¿Qué hacía yo ahí? Me paré a intentar leer el titular y entendí algo de que estaba desaparecida y que me estaban buscando por todo el país.

Capítulo 64

No me lo podía creer. Esto superaba mis expectativas sobre Leo, en el fondo pude distinguir a María y a Hugo. Ambos lloraban preocupados. Empecé a sentirme mal. Necesitaba avisar de que estaba bien, al menos a ellos dos.

Encendí el móvil y me llegaron varios mensajes de llamadas perdidas. Escribí un mensaje a María diciéndole que estaba bien, que no se preocuparan por mi y sobretodo que dejaran de buscarme, que necesitaba estar unos días sola, había descubierto algo y necesitaba pensar.

Las imágenes eran en directo. Ya que vi como María miraba el móvil y se tranquilizaba poco a poco. Sin hacer ninguna mueca le enseñó el móvil a Hugo, él que también se relajó al leer mis palabras. La conexión terminó con unas palabras de Leo en español.

- " Vuelve, te necesito. Te quiero. "

- ¡Y una mierda! - Le grité a la tele.

Indignada, apagué la televisión y me subí a la piscina del hotel, como había planeado. Ni el sol parisino ni el chico moreno que estaba frente a mi, que no me quitaba ojo, me hacían olvidarme de todo lo sucedido. Mi memoria volvía atrás, una y otra vez, a la conversación que había tenido con María sobre Melissa, al día de mi boda, a todos los momentos vividos con Leo, toda mi vida estos últimos años. Quizás la mejor opción era olvidarme de Leo, volver a España, ignorar a Paolo e intentar algo con Hugo. Igual era la mejor opción, pero también era la más fácil. Y a mí, no me gustaban las cosas fáciles.

Mientras tomaba el sol y degustaba un mojito de fresa, tomé la decisión de quedarme, de comenzar una nueva vida, lejos de todo lo conocido. Tomé la decisión de huir de todos los males que habían abordado mi vida desde hacía años.

Cogí el móvil y llamé para pedir un traslado a París, sabía que esta opción era posible, ya que Juan me la había planteado más de una vez, pero yo era muy rutinaria y no era una opción que pudiera barajar, sacarme de la rutina, para mí, era como cambiarme de planeta.

Encantado aceptó. El traslado tardaría un par de días, los que aprovecharía para buscar un apartamento.

El día siguiente lo utilicé para ver algunos apartamentos, cerca de la Torre Eiffel, ya que era el barrio en el que se encontraba mi trabajo. La mayoría de los apartamentos eran ridículos, aunque ¿para que quería más? Si solo

estaría yo, no iba a compartirlo con nadie, por desgracia.

Aquel pensamiento me entristeció. Hace unos meses, tenía un futuro, una vida programada, y ahora, ahora ya no tenía nada, no tenia planes de futuro, no tenía ilusión, no me quedaba nada.

Descansé para comer y poder pensar un poco, aclararme las ideas. Si de verdad quería mudarme a París y olvidarme de todo, o al menos intentarlo. Me contesté a mi misma con un sí rotundo, al recordar aquellas fotos y el maldito día de mi boda.

Completé el día con más visitas a diferentes apartamentos de la zona. Al llegar al hotel escogí entre los 15 apartamentos que había estado visitando durante todo el día. La elección no fue difícil,ya que había uno que me había enamorado por completo.

Tenía un salón grande, una parte del salón estaba compuesta por algunos muebles de una madera clarita, que los usaban a modo de estantería. En mitad de la sala, una mesa de cristal y unas sillas blancas ocupaban la mayor parte del espacio. La otra parte de la sala estaba formada por un sofá blanco, una chimenea y, justo encima de esta, una televisión bastante grande. Las paredes eran color crema y el parquet del mismo color que los muebles. Los dos balcones que iluminaban el salón, daban a una hermosa terraza con vistas a la Torre Eiffel.

Las demás habitaciones seguía el mismo patrón que el salón, combinándolos con electrodomésticos metálicos.

Le escribí al propietario aquella misma noche para que redactar el contrato. No tenía nada que llevarme, tan solo mi maleta, por lo que la “mudanza” la podría hacer al día siguiente y comenzar con mi nueva vida en París.

Capítulo 65

Las 15:05, al fin salía del trabajo. Lizy, una compañera del trabajo, con la que había congeniado bastante bien, me acompañaba. Íbamos haciendo planes para salir aquella noche, cuando lo ví a lo lejos, poco a poco se iba acercando a mí, me reconoció y en su rostro dibujó una sonrisa de satisfacción, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Era imposible que aquello fuera una casualidad, pero era imposible que me hubiera localizado. Sí, ese hombre perfecto que me había engañado, y no solo una vez. Ese hombre, tan mentiroso, como perfecto. Si, era Leo.

Noté que mi cara se estaba desencajando, cuando Lizy me sacudió para comprobar que estaba bien. Salí de la espiral de recuerdos y volví en mí en una de sus sacudidas. Al mismo tiempo que él estaba a un par de metros de nosotras. Llegué a sentir como aumentaba mi dificultad para tragar saliva, como la respiración se me entrecortaba, no estaba preparada para este encuentro. Aún no, no había pasado el tiempo suficiente para poder enfrentarme a él.

Me armé de valor y me despedí de Lizy a la vez que Leo estaba esperando que lo saludara. Me dio la sensación de que estaba esperando un saludo cariño. Que por alguna extraña razón creía que mi enfado había sido solo una rabieta y que cuando lo volviera a ver, me lanzaría a sus brazos, como en una telenovela.

- Hola. - Dije cortante.

- Hola, pequeña. Te he buscado por todo París, llamé a tu trabajo para preguntar por ti y me informaron de que habías pedido el traslado. Pero en la oficina de España me dijeron que trabajabas por la tarde. Y supuse que estarías paseando por París, como cuando lo hacías por Roma. - Contestó tratando de agarrarme la mano. Gesto que rechacé rapidamente.

- Le cambié el turno a una compañera que le venia mejor trabajar por la tarde. ¿Qué coño quieres? - dije molesta. No quería verlo, no quería que me buscara, por algo cambié de vida, ¿eso no le indicaba nada?

- Necesitaba pedirte perdón, necesitaba contarte toda la verdad.

- ¿Toda la verdad? ¿Cómo la última vez? ¿Esa “verdad absoluta”? No, gracias. No quiero ni tus explicaciones ni tus verdades. Te las puedes meter por el culo, gracias. - Dije tratando de irme. Pero me agarró del brazo impidiéndome avanzar. - ¿ Me puedes soltar, por favor? - Aflojó su mano y pude liberarme. - Gracias, majo. - Emprendí de nuevo el camino,

pero él volvió a colocarse delante de mi, impidiéndome el paso.

- Por favor, perdóname. Sabía que iba a ocurrir algo así y quería recuperar la confianza para poder contártelo.

- Leo, hazme un favor. Olvida que existo, olvida que he pasado por tu vida. Busca otra tonta y cuéntale la misma historia, te funciona bien, así que puedes aprovecharla. Pero esta vez investiga bien, y certifica que la chica no tiene relación con ninguna de tus ex, y si la tiene, no le mientas. - Le respondí mientras lo apartaba para seguir mi camino.

- ¡No, no quiero a otra persona en mi vida que no seas tu. Estoy enamorado de ti Victoria! - Gritó mientras yo me iba alejando.

- ¡Eres un mal ejemplo para Romeo y Julieta! - le contesté a gritos, sin volverme para verle la cara.

Y avancé, aceleré el paso. Estaba destrozada, se me había quitado el hambre por completo, el parque más cerca me sirvió de pañuelo. Me senté en un banco y saqué todas las emociones que había contenido delante de él. Lloré, lloré como una niña pequeña, angustiada, desolada, impotente, indignada. No podía perdonarlo, una relación se basa en la confianza y mi nivel de confianza con él era negativo.

Ya sabía donde me encontraba, por lo que mi nueva vida se había ido a la mierda en tan solo dos semanas.

Continué en París un par de meses después del encuentro, sin tener más noticias de Leo. Pensé que a lo mejor había entendido lo que le había dicho y se había desecho de la idea absurda de que algún día lo perdonara, de que todo volviera a estar como si nada, que iba a recuperar mi confianza. Aquella idea, en parte, me entristeció, porque sentí que lo había perdido por completo, algo que no me terminaba de gustar, a pesar de sus mentiras, pero por otra parte, me sentí aliviada, si llevaba un par de meses sin saber de él, era porque ya no me iba a buscar y no tenía que andar escondiéndome lejos de mi rutina y de mi familia y amigos. Por lo que decidí volver a España y coger de nuevo las riendas de mi vida.

Capítulo 66

En el momento en que puse un pie en el rellano de mi bloque, el olor me trajo miles de recuerdos, uno tras otro iban pasando por mi mente como si se tratase del trailer de mi vida. Llevaba bastante tiempo sin entrar en aquel lugar y me supuso un reto. Abrí la puerta de mi apartamento y todo estaba como siempre, las cortinas como yo las había dejado, la cafetera en su lugar, el ambientador casi gastado, todo estaba completamente como yo lo recordaba, eso quería decir que Paolo no se había pasado a por sus cosas. Aquel nuevo pensamiento me desconcertó. Había tenido tiempo de sobra para recoger todas sus pertenencias y no creía que pudiera plantearse que yo lo fuera a perdonar esta vez, sería bastante ridículo y patético por su parte pensar en otra oportunidad, por lo que no entendía porque seguían sus cosas en casa.

Comprobé que su ropa seguía en el armario y llamé a María con la intención de sacarle algo de información y con la excusa de que estaba de vuelta.

- ¿Hola? - Preguntó extrañada al otro lado del teléfono. Supuse que sería por el hecho de no haber reconocido el número.

- Cariño, soy yo. Ya estoy en casa. - Contesté entusiasmada al escucharla. La había echado mucho de menos.

- ¡DIOS MIO, VICTORIA! ¿Estás en casa? Voy para allá. - Exclamó.

- Si, pero... - No me dejó acabar la frase cuando escuché comunicar.

¿Porqué no me lo había imaginado? Era bastante obvio, llevamos sin vernos un par de meses, y ni siquiera sabe porque me marche y los dejé solos, era de esperar.

Intenté deshacer la maleta antes de que llegara María y abrir las ventanas para ventilar la casa y con una segunda intención, que salieran todos los problemas que se habían cruzado por mi vida en este tiempo y que habían empezado aquí, en este apartamento.

El telefonillo de la puerta me sobre saltó. Abrí sin preguntar, supuse que era María, nadie más sabia de mi vuelta, por lo que no había miedo alguno. Dejé encajada la puerta de mi apartamento y continué abriendo ventanas y persianas.

Justo cuando me disponía a sacar ropa de la maleta unas manos cubrieron mis ojos. Al tocarlas noté que no eran las manos de una mujer, no eran las manos de María. Era un hombre, solo de pensar que podía ser Paolo se me aceleró el pulso de una manera exageradamente preocupante. Sentí

que un sudor frío recorría mi cuerpo. No pude reconocer su perfume, lo que hacía que mi estado empeorara. Comencé a temblar, me convertí en un jodido flan. Torpemente traté de apartar las manos de mi ojos, pero ejercían presión, ese alguien que cubría mi cara no quería que fuera fácil. Mi fuerza no estaba al 100% por lo que me rendí al poco tiempo. Traté de alcanzar su pelo, y con la punta de mis dedos pude rozarlo. Parecía él, parecía Paolo, en ese momento me besó la cabeza y pude tocar mejor su pelo, cada vez estaba más segura de que era él. Esa forma de besarme, tan dulce, tan delicada, tan protectora, era propia de Paolo. Liberó una mano y la otra era lo suficientemente grande como para cubrir mis dos ojos. La mano que dejó libre fue a parar a mi cintura, me rodeó con el brazo, pudiendo sentir su cuerpo en mi espalda, un cuerpo perfecto, creí reconocer sus medidas, creí reconocer la firmeza de su cuerpo.

¿Pero porque no trataba de liberarme?¿Porqué estaba ahí plantada, dejándome abrazar por él? Pues bien, es bastante sencillo, porqué estaba en estado de shock, no era capaz de reaccionar, no podía moverme, mi cuerpo estaba bloqueado, era su “defensa” ante una situación de “peligro”.

Sentía como me abrazaba dulcemente, tratando de mostrarme que me había echado de menos, que era importante para esa persona.

Al fin sentí como la presión de sus manos disminuía, como dejaba de estar oscuro y poco a poco, la claridad en mis parpados se hacía notable, al fin pude abrirlos, pero me daba miedo, me daba pánico llevar la razón, girarme y encontrar a quien llevaba un rato imaginando.

Capítulo 67

La tensión en mi cuerpo disminuyó en cuanto lo vi. Era Hugo, a él también lo había echado de menos, a pesar de todo el enredo que hubo en Italia.

Me abracé a él y sentí como sus brazos me rodeaban, me apretaban, me besaba el hombro, el cuello, la cabeza, la cara y en un desliz, los labios. Un beso que paralizó nuestra emoción. Nos quedamos los dos, el uno frente al otro sin saber muy bien que hacer o que decir. El sintió vergüenza, lo noté al ver que no volvía mirarme a los ojos, que su mirada estaba perdida en sus zapatos, en el suelo. Supuse que habría sido fruto de la emoción por lo que trate de quitarle hierro al asunto abrazándolo. Eso funcionó.

- ¿Cómo sabías que había vuelto? - Pregunté tratando de recuperar la normalidad.

- Me lo contó María. En cuanto te colgó, me llamó y me dijo que me viniera para tu apartamento que ella tenía que hacer unas compras antes. - Contestó algo tímido. Seguía avergonzado por haberme robado ese beso.

- Mmmm si, no me ha dejado terminar de hablar cuando ya me había colgado. Pero en fin, ¿que vamos a hacer? Es María, es así. - Reímos a la par al acordarnos de ella.

- Siento lo del beso. - Dijo pasando su mano por el pelo.

- No te preocupes, no tiene importancia, tonto. - Dije sonriendo y agarrándole la mano para que mis palabras tomaran más fuerza. - Oye ¡estoy de vuelta! Habrá que celebrarlo ¿no? - Traté de cambiar de tema.

- ¡Claro que sí! Esta noche tenemos que salir hasta que amanezca. - Respondió divertido.

- Hombre, tampoco ha sido para tanto, no hace falta ver el sol, que ya tengo una edad y las resacas no son iguales ahora que con 18 años. - Mi respuesta hizo que los dos estalláramos de la risa.

A los pocos minutos llegó María con un par de bolsas llenas de comida alcohol. Sobretodo alcohol. Les actualice la historia de Leo ya que estaban ajenos a todo lo que había pasado.

Hugo se marchó para ducharse y cambiarse de ropa y en ese momento, aproveché para contarle a María lo que me había pasado con Hugo. Traté de quitarle importancia y María no quiso hablar mucho del tema, supuse que sería porque ella tenía más datos sobre todo lo relacionado a Hugo y

no quiso amargarme la vuelta. Ya había tenido suficiente con Leo y Paolo como para que añadiese un tercero a la ecuación.

Nos duchamos, cambiamos de ropa y nos fuimos al bar de siempre. A los 20 minutos apareció Hugo, impecable, con una chaqueta de cuero negra, unos jeans y una camiseta bicolor. La verdad es que estaba guapísimo. Parecía que el beso me había cambiado la percepción que tenía de Hugo. Por un momento empecé a pensar en él como algo más que un amigo. Pero rápidamente me quite esa idea absurda de la cabeza.

Llevaba tres copas cuando me pareció verlo entrar por las puertas. Pero estaba tan animada y ebria que no llegué a tensar ni la lengua. Hice como si no me hubiera dado cuenta. Iba con ella, de la mano. Imaginé que estarían juntos de nuevo. Mi omisión no sirvió para nada, ya que él si me vio y vino a buscarme a la mesa en la que nos encontrábamos, dejando a Melissa sola en la entrada.

Avanzaba hacia nosotros con paso firme, sin apartar la mirada de mi, olvidando que Melisa estaba allí, plantada en la entrada. A los pocos segundos estaba frente a nuestra mesa desafiante. Me retaba con la mirada.

Capítulo 68

Cuando María y Hugo se dieron cuenta de quien se trataba se levantaron y comenzaron a insultarlo.

- HIJO DE PUTA, YA ESTÁS FUERA DE AQUÍ SI NO QUIERES QUE TE REVIENTE LA CABEZA. - Gritó Hugo.

- CABRÓN DE MIERDA, ECHAME HUEVOS A MI, ECHAMELOS A MI. Y PENSAR QUE YO TE LA PRESENTÉ. QUE ASCO ME DAS. - Continuó María.

Él estaba parado frente a María y Hugo, que ejercían de "barrera". Me miraba fijamente entre el hueco que separaban los cuerpos de mis amigos. No decía nada, tan solo me desafiaba con la mirada, pero su boca no se abría ni siquiera para defenderse de los insultos. Melissa estaba callada, observando la situación, no entró en la discusión, ni para defender a su novio.

- ¡Dejadlo pasar, esto va a ser divertido! Veamos como tiene los cojones el señor doctor. Vamos a comprobar si sigue siendo un trozo de mierda o ya ha florecido. ¿Que quieres Paolo?

Hugo y María se apartaron y lo dejaron pasar. Contemplaban la escena de pie, mientras, Melissa a lo lejos, hacía lo mismo.

- Quiero pedirte perdón, de mil formas si hace falta. No he conocido en mi vida a nadie como tú y te echo muchísimo de menos. Mi vida sin ti no tiene sentido. Por favor dame la oportunidad de demostrarte que te quiero, a ti, y que podemos ser felices, que nunca más tendré un mínimo error. Por favor Victoria. Te necesito. - Me suplicó.

Melissa al escuchar esas palabras se quedó de piedra, y al segundo vi como se lanzaba hacia la puerta para salir de allí lo más rápido posible.

Yo, por el contrario no pude evitar reírme, me había echo gracia lo patético que había sonado, o era eso o la culpa de aquella risa era del alcohol. La cuestión es que no pude parar de reir en un buen rato, mientras todos me miraban extrañados, esperando que tuviera otra reacción más propia de la situación. Cuando me recuperé de aquel ataque de risa contesté a la propuesta absurda de Paolo.

- ¿Realmente crees que es suficiente? ¿De verdad crees que tienes alguna posibilidad de que te perdone? Analiza todo bien y me contestas a esas

dos preguntas. - Contesté sonriendo. Algo que tranquilizó a mis amigos.

- No, no se porque te estoy pidiendo perdón. Porque lo que hice no tiene nombre. Si algún decides que puedes perdonarme u olvidar lo sucedido, te estaré esperando. Ya has visto que no me ha importado en absoluto la reacción de Melissa, porque me da igual. La que me importas eres tu. - Dijo con lágrimas en los ojos dirigiéndose a la puerta.

- No quiero discutir, estoy realmente a gusto con mis amigos y no me apetece en absoluto amargarme la noche, por lo que me voy a guardar mi opinión. Adiós Paolo, que te vaya bien. - Respondí sin mirarlo, terminando lo que quedaba de bebida en mi copa.

Cuando salió por la puerta mis amigos comenzaron a aplaudirme, como si hubiera hecho algo heroico.

- ¡Por Dios, parad ya, que nos están mirando! - Dije avergonzada

- ¡Eso es tener los ovarios bien puestos! - Contesto María mientras se sentaba a mi lado.

- Estoy super orgulloso de que al fin has tomado las riendas de tu vida. - Añadió Hugo abrazándome.

- Tampoco ha sido para tanto, chicos. Además, el alcohol ha ayudado bastantes. - Me excusé mientras reía.

Sabía que todas esas felicitaciones eran debido a que nunca había tenído narices de enfrentarme a situaciones difíciles, simpre había huído y por fin estaba cambiando ese aspecto de mi vida.

Nos pasamos la noche repasando cada momento del encuentro y riéndonos de Melissa y Paolo. Fue una noche estupenda, llena de risas de recuerdos, de buenos momentos, fue una noche inolvidable, de las que llevábamos tiempo sin pasar.

Capítulo 69

Retomé mi rutina, mi vida en España, tomé las riendas de mi vida de nuevo. El gimnasio se convirtió en visita diaria obligada. Hugo ayudaba a distraerme, me lo pasaba con él genial, empecé a tomar tanta confianza con él que había pasado a ser mi confidente, algo que a María le molestó bastante. Pero fue inevitable, pasábamos muchas horas juntos, tras un par de horas en el gimnasio, bajábamos a la cafetería a tomarnos algo y allí pasábamos algunas horas más.

Un jueves, tras un una hora de spinning y otra de bodyjump. Bajamos a la cafetería, como siempre hacíamos y comenzamos a comentar las clases de aquel día, pero la conversación fue torciéndose de tal manera que acabamos hablando de "nosotros".

- ¿Porqué me declaraste tus sentimientos?

- Porqué llevaba tiempo queriendo confesártelo y sabía que allí no tendrías escapatoria y deberías resolver el asunto sin poder escapar. Pero no me servio de nada, terminé huyendo yo . - dijó sorbiendo el café, sin darle más importancia.

- ¿Llevabas? ¿ Ya no sientes nada por mi?

- Puede ser, pero no quiero estropear esto de nuevo. Lo único que quiero es que seas feliz.

- Hugo, eres muy especial para mi, y tu formas parte de mi felicidad. Pero ahora mismo, me encuentro en una etapa, en la que no quiero saber absolutamente nada de ningún hombre. Ya he tenido suficiente. - contesté entristeciendo al recordar ambas decepciones.

Se levantó y sentó junto a mí, dejábamos de estar cara a cara. Su brazo pasó por mi espalda y me abrazó, me apretó contra su pecho y susurró:

- Lo sé pequeña, se lo mal que lo has pasado, pero yo no te haré daño, ni consentiré que nadie te lo haga. Se por lo que has pasado y no iba a permitir que volvieras a pasar por una cosa así. Pero puedo esperar todo lo que haga falta, solo quiero hacerte feliz, tesoro.

- Gracias Hugo. - Contesté separándome de él.

Realmente estaba empezando a sentir algo más que una amistad por él, aunque no tenía muy claro que era. Era probable que mi dolor viera a Hugo como un escape, como una luz al final del túnel y estaba confundiendo sentimientos. Pero, por otro lado, a mi me había gustado ese chico, igual estaba viendo la verdad en sus palabras y lo que sentía

por él era real.

La verdad era que no quería pensar en eso y complicarme de nuevo la vida con un amor que fracasara. Por lo que cambiaba de tema cada vez que veía que la conversación se acercaba precipitadamente a nuestros sentimientos.

Esa misma semana tuve que ir a Barcelona, tenía que pasar una semana en la ciudad debido a una conferencia en la que tenía que representar a mi empresa.

Echaría de menos a Hugo, habíamos pasado tantos momentos juntos últimamente que se me hacia raro no pasar las tardes con él. Trató de mil formas posibles que le dieran los días libres en el trabajo para poder venir a Barcelona conmigo, pero no pudo ser. Esta vez tenía que volver a viajar sola.

Una de las tardes, desesperada por el aburrimiento que me causaba la conferencia sobre los cambios en el turismo, algo de lo que se llevaba hablando ya, tres días, decidí salir a tomar el aire y dar una vuelta por la manzana.

Mientras caminaba entre turistas acordándome de Hugo y de que podría estar aquí, conmigo, y que ahora mismo me estaría soltando una de sus bromas haciendo referencia al bigote del profesor que estaba dando la conferencia en ese momento. No pude evitar llamarlo para ver que estaba haciendo, y así hablar con él un rato. Pero mi llamada no obtuvo respuesta, comprobé la hora y supuse que estaría en el gimnasio, así que dejé el segundo intento para más tarde.

Continué caminando cuando me pareció ver a Leo, iba con una chica, rubia, alta, estilosa, agarrados del brazo. Parecía que ambos disfrutaban mucho juntos, se reían continuamente sin importarle si la gente los miraba, iban absortos en su mundo, por lo que, cuando me crucé con ellos, y corroboré que se trataba de Leo, ni siquiera miró para atrás. No se dio cuenta de que yo estaba allí, de que nos habíamos cruzado.

Que rápido se había olvidado de mí, pero esa era lo que yo quería ¿no? Que se olvidara de mi y me dejara en paz, y parecía que lo había conseguido con esa chica.

Volví a la conferencia tratando de olvidar el encuentro, algo bastante difícil, pero finalmente, conseguí sumergirme en las palabras del ponente y olvidarme del resto de mi vida.

Cuando finalizó la conferencia subí a mi habitación, no tenía pensado salir hasta el día siguiente de allí. Un baño relajante, la cena en la habitación, hablar con Hugo por teléfono durante un rato y descansar para la

ponencia que me toca realizar al día siguiente.

Mientras la voz de Frank Sinatra inundaba la habitación, yo me sumergía en una bañera bastante grande, con espuma y sales de vainilla. Me perdí en mis recuerdos, la voz de Sinatra me estaba llevando a los mejores momentos que había vivido en mis últimos años.

Un par de golpes secos en la puerta me sacaron del estado de relajación en el que había entrado. A continuación un hombre gritó:

- ¡Servicio de habitaciones!

Si no había pedido aún nada, ¿como era que el servicio de habitaciones estaba en mi puerta?

Salí de la bañera, me puse el albornoz y me dirigí a la puerta. Un camarero del hotel sostenía una caja roja bastante grande. Le dí las gracias y me dispuse a abrirla sobre la cama, por un momento pensé que era algún detalle de Hugo, pero para mi sorpresa, no fue así.

Era el vestido que le había devuelto a Leo en Amalfi, lo acompañaba una nota que decía:

“Victoria, si crees en el destino en una hora te espero en el vestíbulo del hotel con el vestido puesto.”

Capítulo 70

Algo me decía que tenía que ir, me olvidé de todo pensamiento negativo que me venía a la mente he hice caso de la nota.

Cuando bajé, allí estaba él, impecable, con un traje azul, estaba radiante, tan guapo como siempre. Justo a su lado estaba la chica con la que lo vi esa tarde, algo que me reparó, pero él al darse cuenta, se acercó a mi, me cogió de la mano y me llevó hasta donde estaba la chica, reía por mi cara de poker, él sabía lo que estaba pasando por mi mente y se estaba divirtiendo con la situación. Nos presentó.

- Victoria, esta es mi hermana, Clarisa. - sonrió al ver mi cara de sorpresa.

- Hola, he oído hablar mucho de ti, encantada de conocerte. - dijo entusiasmada.

- Igualmente, aunque yo no he oído hablar de ti, lo siento.

- Lo sé, mi hermano es algo estúpido. - contestó mientras le tiraba de la oreja a su hermano.

- Vale, ya esta bien de charlas, nos vamos hermanita. - me agarró la mano con delicadeza y nos encaminamos hacia la salida.

- Dale recuerdos a papa y a mama. - gritó desde el vestíbulo.

- No te preocupes, se los daré. - contestó él.

Una vez subidos en la parte de atrás de un Mercedes negro, que nos estaba esperando en la puerta, me susurró al oído:

- Gracias por aceptar, estas preciosa con el vestido.

Sonreí y no contesté a su alago, continué mirando por la ventanilla, nos dirigíamos al aeropuerto.

- ¿Donde vamos?

- Es una sorpresa, tu déjate llevar, solo te voy a robar esta noche, mañana eres libre.

- Está bien.

Efectivamente, íbamos al aeropuerto. Allí cogimos un avión privado que

nos dejó en Fiumicino.

No tuvimos mucha conversación en el trayecto, ya que yo tenía muchas preguntas y sabía que cuando lanzara una, estropearía el momento y él tampoco quiso abrir la boca para evitar que yo empezara a preguntar.

En el coche, camino de Roma, Leo me tapó los ojos. Poco a poco escuchaba y sentía como nos adentrábamos en el tráfico romano, en su asfalto de piedras. Pasados unos minutos el coche se detuvo. Cuando bajamos del coche y me descubrió los ojos, me sorprendí al ver que estábamos en su restaurante, el lugar donde nos conocimos, donde nos vimos por primera vez.

Estaba cerrado para nosotros, había una mesa preparada con todo detalle. Una vez que estábamos sentados, Leo comenzó a hablar, parecía preocupado con lo que iba a soltar por su boca y aquello me dio miedo.

- Por favor te pido que no me interrumpas, llevo repasando lo que te voy a decir bastantes meses y es muy importante para mi que no se me olvide nada.

Aquello me hizo sonreír, la verdad es que todo esto que estaba haciendo era increíble.

- Por favor no me mires así que me pierdo en tu mirada y ya no sé ni lo que tengo que decir.

- Está bien, miraré al mantel y solo te escucharé. - dije agachando la cabeza.

- Gracias. Quería decirte, que yo no creo en el destino como algo que surge fortuitamente, creo que el destino hay que buscarlo y crearlo a nuestro antojo. Me enamoré de ti el primer día que te vi ahí sentada, despistada e intentando encajar en este mundo de locos. Y desde entonces no he dejado de seguirte, buscarte y crear encuentros casuales, que no eran tan casuales. Sé que mi mundo es complicado, y que te mentí, pero puedo arreglarlo y compensarte haciéndote feliz el resto de la vida. El primer negocio que fue mío, y no de mi padre, es este, por eso le dedico tanto tiempo y le pongo tanto interés, porque es mi ojito derecho y si te encontré aquí no creo que fuera solo por casualidad. Perdóname, quiéreme e inténtalo conmigo. Si decides quedarte y vivir una vida juntos, prometo que no habrá más dolor, ni mentiras, que te haré la mujer más feliz del mundo, que daré mi vida si hace falta para cumplir esta promesa, y si decides que no , desapareceré de tu vida para siempre y nunca más te volveré a buscar.

Había desnudado su alma, pero no terminaba de creerlo.

- ¿De verdad no me vas a seguir ni vas a contratar a nadie para que me busque?

- Te lo prometo, Victoria. Piénsalo un tiempo, esperaré lo que haga falta. Cuando tengas la respuesta envíala por correo a esta dirección. - dijo entregándome un papel con una dirección escrita a mano.

- ¿Esta es la dirección de tu casa?

- Si, aquí en Roma si. Ahora vivo ahí.

Su guarda espaldas había estado grabando algunos de nuestros momentos por Roma y tras la cena estuvimos viéndolos en la televisión del restaurante.

Cuando terminamos la velada, me regresó a Barcelona, a mi hotel.

- Piénsalo, por favor. Gracias por esta noche.

- Lo pensaré.

Se despidió con un cariñoso beso en la mejilla, se subió en el coche y se marchó.

Cuando volví a casa, traté de hacer vida normal, sin darle importancia a la cita. Ni siquiera le conté nada a Hugo y a María, pero no podía sacarme de la cabeza aquel hombre y sobretodo, aquella última cita. Tras un par de días madurando la idea, decidí que lo mejor era una negativa, mi vida funcionaba bien, ¿ para que iba a complicarme?

Escribe “NO” en un papel y lo envié a la dirección que me había dado. Ya, por fin, la decisión estaba tomada, y ahora si podría avanzar tranquilamente, sabiendo que nadie estaría vigilando cada paso que diera, podía respirar tranquila.

Al día siguiente, no me sacaba de la cabeza la respuesta que le había enviado, pero ya estaba en curso, ya no había vuelta atrás, no podía solucionar aquella respuesta, ¿o sí?

Lo quería, quería complicarme la vida con él, todo lo que hiciera falta, me había muerto de celos al verlo con aquella chica por Barcelona, no quería que me olvidara, no quería que me dejara en paz.

Desde el trabajo busqué el primer vuelo con dirección a Roma, y sin hacer maleta ni nada me planté en Roma, le di al taxista la dirección que me había escrito en el papel y me llevó a una mansión a las afueras de Roma.

Llamé al timbre de la puerta de la verja que daba a un jardín muy bien cuidad, lleno de flores y arbustos, una señora, uniformada, vino a mi encuentro cuando le facilité mi nombre. Me hizo esperar en el vestíbulo de la mansión. Un vestíbulo decorado exactamente igual que el de la casa en la isla, no había un solo detalle que fuera diferente. Aquello me hizo recordar cada minucioso detalle que tuvo Leo cuando me llevó a su casa en la isla, eran unos de los mejores recuerdos de mi vida. Al minuto de estar allí,recordándolo, Leo bajó por la escalera, algo sorprendido, por su cara intuí que no esperaba visitas y mucho menos mía, pero le agradaba mi presencia, se mostraba cercano.

- ¿Qué haces aquí? - preguntó mientras me abrazaba, sonriendo como un niño pequeño el día de reyes.

- Es que te había enviado la respuesta, pero me he arrepentido y la carta ya estaba en curso,la única solución era esta, sé que es una locura, pero bueno, aquí estoy.

- Y bien, ¿cual es la respuesta? - preguntó mientras me separaba de él para mirarme a los ojos, sin perder esa sonrisa de bobalicón que tenía en ese momento.

- Si estoy aquí no es precisamente para mandarte a la mierda, ¿no crees? - contesté molesta – Creo que podemos intentarlo, no perdemos nada.

En ese momento nos fundimos en un beso eterno, de esos que llevas esperando toda la vida, de esos de película, de esos besos en los que te dices todo lo que has callado durante tanto tiempo.

- Gracias por venir a Roma hace 5 años.